

LAS HISTORIAS GALLEGAS

ÍNDICE

Introducción	813
Louro de Parentes	815
Cosme de Paredes	817
Braulio Costas	819
Felipe da Ribeira	821
Freire de Rego	823
Novagildo Andión	825
José Regueira	827
Los nombres secretos	829
Piñeiro y las fuentes	831
Felpeto, loquero y músico	833
Marcelino Salgueiro	835
Sebastián de Cornide	837
Reinaldo Novo	839
Balbina, la Maragata	841
El tío de Pacios	843
Roque das Goás	845
Padín de Carracedo	847
Pedro Bravo	849
Paulino de Botas	851
Ermelina da Ponte	853
El enano del tesoro	855
El verdugo en A Cañiza	857
Rosa Martiño	859
Don Felicio escribe desde el Otro Mundo	861
Nacho de Cruces	863
La oreja derecha de Antón de Leivas	865
Félix Lourido	867
La tía Remedios	869
Ramiro da Barca	871
Florianio Páramo	873
Historia de un paraguas	875
Vitorio Lence	877
Pedro de Andeiro	879
Fuco de Pedrosa	881
María, a Peneireira	883

La zueca de oro	885
Los Lourenzo de Lousada	887
Otilia Paredes	889
El Murigante y el Velagujas	891
El <i>mouro</i> de Pena Amiga	893
Marcelino Pardo	895
Bustelo do Caínzo	897
Benigno Vello	899
El Bolimarte	901
Aurelio y la gitana	903
Sortes e resortes	905
Lomas de Pontigo	907
Tía Gervasia de Fontes	909
El señor Estanislao de Montes	911
Fulgencio Parada	913
El caballo de Alberto Merlo	915
El loro das Esmelgas	917
Felisa de Lonxe	919
Amadeo de Sabres	921
José Liñeiras	923
García de Mourente	925
Penedo da Silvosa	927
Manuel Suárez	929
Angelita de Prado	931
Jenaro Pedreras	933
Las viudas de Quintela	935
Una siria en Ribadeo	937
Justina Conde	939
Peleteiro da Bouza	941
La voladora de Serantes	943
Fabián Carballido	945
Tristán García	947

INTRODUCCIÓN

Estas estampas son retratos al minuto de diversos gallegos, en los cuales aparecen algunas de las condiciones esenciales de este pueblo del Finisterre, la región más occidental de España y del Viejo Mundo. Quizás esta extrema lejanía frente al Océano, le haya dado al pueblo gallego muchos de sus caracteres más propios. En estos pequeños retratos míos aparece el gallego tal y como es, a la vez creador y escéptico, mágico pero racionalista, supersticioso y espiritual. Una mezcla bastante compleja, pero que constituye un éxito humano. Este gallego ha vivido durante siglos rodeado de extrañas poblaciones invisibles, *os mouros*, *as fadas* protegido por un conjunto que sorprende a los antropólogos de *meigas*, sabias, adivinas, arresponsadoras; ha evitado con los cruceros el pavor de las encrucijadas, ha aprendido a hablar con los animales, a ahuyentar el lobo, a curarse sus enfermedades —muchas de las cuales no son de médico—, y ha sabido como obtener la ayuda de los santos patronos en las iglesias perdidas en los montes, en los valles, en la beiramar. El gallego tiene santuarios para la cura de todo mal, desde Nosa Señora do Corpiño que cura a los privados de la mente, hasta San Amaro, que libra del reuma a sus ofrecidos, Roque, Cosme, los Milagros de Saavedra o los Milagros de Amil...

Estos retratos son como un rompecabezas, y cuando lo hayan logrado, y compuesto el fresco de los gallegos, creo que tendrán una imagen del pueblo del que dichosamente formo parte, un pueblo humilde, que ha visto procesiones de difuntos, que ha buscado y encontrado tesoros, que más de una vez ha descubierto leyes secretas que rigen las relaciones entre el mundo y el trasmundo. Y todo esto lo ha vivido con vivacidad, en el trabajo cotidiano de la tierra y del mar. Cada una de mis

estampas supone una actitud ante un hecho de vida, pero también ante una ilusión o un sueño. Si seguimos los trabajos de los antropólogos —los del profesor Lisón Tolosana, por ejemplo—, vemos que todo el entorno mágico del gallego sigue vivo, y que el habitante del Finisterre resuelve los más de sus problemas dentro de aquel. Porque lo conozco bien, he podido inventarlo. Inventar es un método válido de conocer. Ahora tengo a toda esta tropilla gallega por muy amiga, y me parece que haya conversado con ella durante muchas horas, ya en el campo, a la sombra de un roble, ya en la casa al amor del fuego, que el gallego considera con el griego que es el animal más parecido al hombre.

En fin, estos relatos, además de distraer al posible lector, quieren dar noticia de los variados gallegos que van y vienen por su tierra natal y por el mundo, que otro talante de los gallegos es el viajar a lejanas tierras, muchas veces en busca del pan, pero otras por el gusto de correr y ver mundo. El gallego se acomoda en todos los climas, pero no deja de soñar con la pequeña patria lejana, verdes campos bajo la lluvia.

ÁLVARO CUNQUEIRO

Febrero, 1981

LOURO DE PARENTES

LOURO había hecho el servicio militar en Tetuán, y fue herido en una posición que se llama el Fondak de Ain Yedida, es decir, la Posada de la Fuente Fría. De esta herida quedó un poco cojo. En el hospital hizo amistad con un moro amigo, el cual tenía siempre debajo de la almohada un libro árabe que trataba de tesoros y cómo hallarlos. Estaban en el libro las señas de todos los tesoros de Marruecos, especialmente los de los alrededores de Fez. Según Louro, lo primero que hace un moro si encuentra un tesoro, es lavarse él, y luego lavar el tesoro. Después del lavado le pregunta al tesoro cómo se llama, y el moro dice al tesoro lo que pesa. Entonces el tesoro no tiene más remedio que entregarse y seguir al que lo ha hallado. Louro me decía que el moro amigo le aseguraba que el tesoro seguía al hallador como un perro.

—¡Mucho me gustaría ver a un perro hecho con monedas de oro seguir a un moro meneando el rabo!—, le decía yo.

A Louro de Parentes también le gustaría. Vaciaba su vaso de ribeiro en el mostrador de la taberna, me miraba y sonreía.

—¡Un perro de oro!—, repetía admirado.

Louro sostenía que los moros estaban pobres porque habían dejado sus dineros y joyas escondidos en Galicia, como se sabe por el *Legítimo Libro de San Cipriano*, más conocido por el *Ciprianillo*. Louro sospechaba que la propiedad en Galicia estaba mal garantizada, porque en cualquier momento podía llegar en el tren un moro con un papel, y hacer un retracto. Louro describía muy bien la llegada del moro a La Coruña en el tren correo de Madrid, y luego, como en el Castromil, viajaba hasta Órdenes, comía algo e iba con su papel en busca

de abogado para hacerse con fincas que fueron de sus abuelos, cuando la conquista de España.

—¡No habría quien identificase las fincas!—, le decía yo. Y Louro me contestaba:

—¡Menos mal que los abogados cristianos inventaron la prescripción! ¡Debían dar clase de ella en las escuelas!

En los últimos años de su vida, Louro, cojeando, iba al monte, y en toda peña, como si lo escuchase un tesoro escondido hace siglos por los moros, decía:

—¡Date, que te lavo! ¡Pesas cuarenta y siete libras gallegas!

No se atrevía a decir el peso en kilos, porque los moros aún no tenían el sistema métrico decimal. Pero nunca de las rocas del monte salió la menor respuesta. Se decía que quizás porque él no era moro, y un día le preguntó a un cabo de la Guardia civil del puesto de Lalín, que había estado en Ceuta, qué era lo que tenía que hacer un cristiano como él para pasarse a Mahoma. Lo de circuncidarse no le hizo gracia ninguna. Con todo, hasta pocos días antes de su muerte seguía cojeando por los montes, gritando el ¡Date, que te lavo! Llevaba ya en cama sin conocimiento cerca de un mes, cuando salió del soponcio, y con una voz que ya no era de este mundo, dijo:

—¡Date, hombre, que me muero!

Y se murió, sin que ningún tesoro le hiciese caso.

COSME DE PAREDES

EL señor Cosme de Paredes era albéitar aficionado, entendido en dolencias de cerdos y del vacuno. Algunas veces atendía a algún humano, al que casi siempre le recetaba zarzaparrilla y una copita de anís del Mono, con la recomendación de que si podía, que se distrajese viajando. A las enfermas les indicaba que fueran a Betanzos, y a los enfermos a Ribadeo. Cuando le preguntaban el porqué, se limitaba a decir que lo tenía muy estudiado. Si lo llamaban para que viese lo que tenía una cerda paridera, si estaba echada mandaba que la levantasen, y él se montaba en ella. Estaba así un par de minutos, y al apearse decía muy seguro:

—¡Tiene treinta y siete y medio!

Era la temperatura de la cerda. Lo primero que hacía al llegar a donde estaba el animal enfermo, era ordenar que lo lavasen con jabón de olor. Había comprado en La Coruña, en una tienda de la calle Real, un estetoscopio, y lo usaba poniéndolo en la cabeza del cerdo o de la vaca enfermos. Generalmente les encontraba soplos malignos. A veces, sacaba su lápiz tinta, mojaba bien la punta, y en la piel del animal dibujaba la enfermedad que tenía este. Si dibujaba una espiral, era leve la enfermedad, pero si dibujaba un cuadrado, la cosa era grave. Cuando había curado un cerdo o una vaca, mandaba que al sábado siguiente llevasen al animal al río más cercano, y que estuviesen atentos a que orinase en el agua, con lo cual se iban río abajo los restos de la enfermedad. Explicaba que eso se usaba mucho en Francia y que allí había balnearios para animales, no sólo para perros de lujo, sino para el porcino y el vacuno, y había leído de una señora muy principal, una duquesa, que se bañaba en el agua mineral con un perro que tenía, blanco con manchas azules. Lo de las man-

chas azules de la capa del perro, le costaba trabajo que se lo creyesen.

Cosme de Paredes cobró fama, y para ir de Guitiriz a la feria de Parga, o de Parga a la feria de Rábade, tomaba el tren. Cuentan que una vez, viajando a Rábade, en el andén de la estación de Baamonde estaba un cliente suyo con una cerda, para que el señor Cosme se la viese desde la ventanilla. El albéitar se asomó, le echó un vistazo a la cerda, y recetó inmediatamente, echando el papel por el aire, que el viento fue a llevarlo debajo del vagón. Cuando el tren arrancó lo recogieron, y en él Cosme había escrito. «Tiene mal aliento. Bicarbonato tres veces al día». La cerda curó, y la fama de Cosme de Paredes aumentó. Algunos clientes ya le llamaban don Cosme.

Un día unos de Teixeira dudaban si llevar una vaca a Cosme o a otro inteligente que había en Curtis. La vaca estaba en la eira, mustia y babeante, y de pronto levantó la cabeza, y echó un trote largo, que nadie pensó que pudiera hacerlo, hacia la carretera. Pues era que pasaba el señor Cosme de Paredes en su mula, camino de Xuanceda. La vaca se detuvo ante él, y el señor Cosme se apeó para atenderla. Ese fue, quizás, el momento más glorioso de su vida veterinaria.

BRAULIO COSTAS

ERA conocido por O Cazoleiro, porque era alfarero. Mejor dicho, lo fuera, que ahora, reumático, había dejado la rueda. Cuando le enfermó un nieto, hizo en barro una figura de niño, y fue a llevarla a los Milagros de Amil. El nieto curó. Con alguna frecuencia iban a pedirle que hiciese el favor de hacer una cabeza o una pierna para llevarle a un santo al que habían ofrecido un enfermo. El señor Braulio meneaba la cabeza negativamente y decía:

—¡Ese no es un caso desesperado!

Y no hacía el exvoto que le pedían. Otras veces se negaba por diferentes razones. Por ejemplo:

—¡Aun hice un brazo para llevar a san Cosme hace dos semanas, y no voy a estar cada día molestándolo con recomendaciones!

Porque el santo sabía que el exvoto era obra del antiguo cazoleiro, porque no hacía pieza que no firmase. Por ejemplo: «A san Roque. De parte de Braulio, seguro servidor que estrecha su mano». Ni más ni menos, con una letra redonda que hacía con un punzón antes de cocer la pieza. A veces la vidriaba con barniz de Linares.

Cuando le murió su mujer, la señora Casilda, hizo una figura de unas dos cuartas de alto, que todos decían que mismo era la señora Casilda con su pierna coja, adelantándola apoyándose en el bastón. Llevó la figura al camposanto, y la sujetó con unos alambres en la lápida del nicho. Cuando moría alguien en la aldea, le pedían una figura, pero él se negaba, diciendo que ciertas cosas solamente se hacen una vez en la vida. Y se echaba a llorar, recordando a su Casilda. Pero, un día, espontáneamente, hizo una figura, la figura de un niño, un ángel con abiertas alas en la espalda. Había

muerto el hijo de unos vecinos, un niño de unos siete años, morenito, muy despierto. Braulio fue personalmente a llevar la figura al camposanto, y la colocó con tanto cuidado como había hecho con la de su finada Casilda. Los padres del niño Manoliño le dieron las gracias, y el señor Braulio explicó que saliendo de la iglesia el día del patrón, que era san Martín, Manoliño estaba comiendo una rosca, y su tía Fermina le decía que le diese un bocado, a lo cual el niño se negaba. Manoliño viendo al señor Braulio a la puerta de la iglesia, corrió hacia él, y dándole media rosca, le dijo:

—¡A ti te doy! Y en recuerdo de aquel regalo, el señor Braulio hizo la figura de Manoliño. Fue la última que hizo. En los últimos días de su vida, encamado, con grandes dolores del reuma que le retorció los huesos, le confesó a su sobrino y heredero Marcelino:

—Cuando jugaba a las cartas, si me venía el caballo de copas, era seguro que ganaba aquel juego. Varias veces estuve tentado de hacerle una figura, pero como no es de la familia, ni nadie me lo pidió, no la hice. Y además, que llegaba a ser dueño de mi caballo de copas un jugador y se la llevaba a san Cosme, por ejemplo, y este al ver mi firma iba a decir: «*Mira en que cosas se pon a pensar o señor Braulio cando vai a morrer!*».

Mandaba que le secasen las lágrimas y lo sonasen comentaba que había que saber morir con señorío.

FELIPE DA RIBEIRA

FELIPE se crió con una tía abuela suya, la cual le contaba de un hada que había en un monte vecino, llamado Castelo, que algunas mañanas de sol salía al aire libre, y se sentaba teniendo delante de sí, en un paño de terciopelo azul, todo un tesoro de anillos, vasos y peines de oro. Felipe fue enseñado por su tía abuela de manera que si un día iba al monte y daba la casualidad que el hada estaba con su tienda al sol, y le preguntaba qué prefería, si la tienda o a ella, que a lo mejor, siendo como era muy hermosa, blanca y rubia, estaba disfrazada de fea y de morena, Felipe da Ribeira tenía que contestar que quería *a tendiña coa señorina*. Y así se encontraría dueño del tesoro, y de por vida, con la amistad agradecida del hada, quien se le mostraría con toda su belleza. Felipe debió nacer para soñador, y esta historia que le contaba su tía abuela debió ser la gota que colmó el vaso que llenaba el agua misteriosa de sus sueños. Felipe se levantaba temprano, e iba a esperar que saliese el sol en el lugar del monte donde se decía que ponía su tienda el hada. Si no había escuela aquel día, se quedaba por allí, sentado en unas peñas, atisbando el ir y venir de los conejos, que abundaban, o vigilando nidos, velando niñadas, en los zarzales. Llegó a los catorce años cada vez más obsesionado con el hada y la tienda de las maravillas. Un domingo de junio fue madrugador al monte, a ver si aquel día había suerte, y se tumbó en las peñas, como solía, pero en vez de montar guardia, adormiló. Y creyó que era verdad lo que estaba viendo sólo en sueños.

Una de las peñas del monte se volvió blanca, y apareció en ella una ventana, que se abrió. La abrió el hada, que era una mujer rubia, casi una niña, vestida con un manto azul. En la misma ventana, el hada puso la famosa tienda, extendiendo

el paño y ordenando sobre él los objetos de oro, que iba limpiando con una servilleta. Felipe se levantó de donde estaba tumbado y se quitó la boina, esperando a que el hada se dirigiese a él preguntándole qué quería, si *a tendiña ou señorina*. Pero el hada seguía ordenando el escaparate, sacándole brillo a los anillos, probando las peinetas en su largo pelo. Si el hada no le preguntaba, Felipe nada podía hacer. El hada parecía no fijarse en él. Felipe se dijo que había que tener toda la paciencia del mundo, y se dejó estar, con la boina en la mano. Y estando en esta espera, vio venir alguien a caballo, Castelo arriba, y era el maestro de Xove, un asturiano colorado, de pelo rizo, y que iba a casarse con la hija más joven del maragato, que la había conquistado haciéndole fotografías. El maestro se apeó del caballo delante de la ventana, cogió todo lo que había en la tienda y lo metió en las alforjas, y volviendo a montar a caballo entró por la ventana del hada, que ya no era una ventana, sino una puerta. El hada cerró tras el jinete, y puso un letrero en la puerta, que ahora tampoco era tal puerta, sino la oscura roca.

Felipe, ahora despierto, bien despierto, bajó a leer lo que estaba escrito en aquel pedazo de cartón. Decía, en buena letra: CERRADO POR DEFUNCIÓN.

Regresó triste y desconsolado del Castelo, y nunca más volvió a levantar la cabeza. No dormía ni comía. No hacía más que mirar hacia el monte. Murió a los quince años y seis meses, teniendo debajo de la almohada el cartón en el que estaba escrito: CERRADO POR DEFUNCIÓN.

FREIRE DE REGO

DURANTE unos años, allá por los veinte de este siglo, iba mucho por la botica de mi padre un tal Freire de Rego, Benito Freire, un menciñeiro que todo lo curaba con agua, guiándose, además, por la luna y las estrellas. Freire usaba mucha agua de alba, y se tenía por muy científico porque un médico de Santiago le había regalado un folleto con una conferencia de un alemán que se titulaba precisamente *El poder desinfectante del agua*. Pero, además, Freire pasaba por mágico. Se contaban de él historias como que, por ejemplo, cuando estaba curando un enfermo y lo llevaba al río Tambre para baños, Freire metía una vela encendida en el río, bajo las aguas, y la vela no se apagaba mientras Freire le hablaba. Si era cierto, era un gran prodigio, y habría que saber lo que Freire le decía a la vela, y si había truco, ¿de dónde lo habría sacado? Freire era de mediana estatura y pelo rojizo, lo que hacía, por la desconfianza antigua del gallego hacia los de pelo rojo, que algunas personas que iban a él de consulta, rechazaran, al verle la cabellera, sus servicios. Freire solía poner a sus enfermos a una dieta de leche de burra.

Freire tenía unos parientes cerca de Mesía o de Teixeiro, conocidos por los Leirado da Agoeira. Un tal Segundo Leirado fue a servir al rey cuando la última guerra carlista, y como era muy jinete estaba en la escolta de Primo de Rivera, el primer marqués de Estella. El rey Alfonso XII llegó al frente del Norte con un gran catarro, y los Leirado aseguran que el médico del rey, Sánchez Camisón, atendió las razones de su abuelo el señor Segundo y puso a don Alfonso a leche de burra. Segundo Leirado había encontrado una burra francesa, muy pacífica, en Puente la Reina, y que daba la leche muy gorda, que es lo pedido. Quisieron comprar la burra para llevarla a

Palacio, a Madrid, ya que los catarros de Alfonso eran tan frecuentes, pero mientras llegaban o no llegaban los dineros, unos desertores, o unos gitanos, que esto no está claro, robaron la burra. Una pérdida nacional.

Los Leirado hablan de aquella burra como si todos la hubieran conocido, y Freire do Rego su pariente, también.

—¡Era una burra *teixa recastada de bordelesa!*—, decía uno.

—¡Recortada, que son las mejores!—, decía otro.

—¡Sosegada!—, sentenciaba la abuela, hija del señor Segundo.

Alfonso XII, cuando se fue a casa desde el frente, le dio de regalo a Segundo un reloj de plata. Hizo la entrega el general Dabán, quien dijo solemne:

—¡Este reloj de plata para el lancero Segundo Leirado Pérez con la gratitud de Su Majestad el rey!

En la casa de la Agoeira conservan el reloj envuelto en un paño de terciopelo verde. Cuando muere alguien de la familia, le dan cuerda y se lo ponen entre las manos al difunto durante el velatorio. Lo que da ocasión para que se cuente de nuevo la historia de la famosa burra de leche, *recastada de bordelesa*.

NOVAGILDO ANDIÓN

LA verdad es que en la pila bautismal le habían puesto el nombre de Leovigildo, pero el del Registro y la familia entendieron Novagildo, y con este nombre anduvo por el mundo. Yo lo conocí cuando andaba por los cuarenta y era dueño de un viejo autobús con el que iba a ferias y mercados. Muchas veces llevaba tantos cerdos, lechones o de ceba, como pasajeros, y por las ferias de abril y mayo, cabritos y corderos. Cantaba mientras conducía por las carreteras que llevan a Lugo, a Mosteiro, a Meira, a Villalba. También era solicitado Novagildo para llevar gente a los entierros en las parroquias vecinas, y recogía en el camino a los señores curas que iban a officiar la misa o acompañar en el sepelio. Antes de emprender viaje, Novagildo tenía que esperar a que llegase un tal José Cabido, alias Reverte, con su armonium portátil. Novagildo subía con Reverte al coro, en la iglesia, y lo acompañaba en el canto. Reverte le enseñó a Novagildo un *De profundis* y un *Plorans, loravit*, que este cantaba en solo, con mucho éxito. Había gente en la Pastoriza luguesa que, antes de morir, recomendaba a los suyos que en su funeral no le faltase Novagildo. En las horas perdidas, Reverte, que ya iba viejo y quería retirarse, le enseñó algo de armonium a Novagildo, quien ciertamente tenía muy buen oído y disposición para el teclado. Así que retirado Reverte, Novagildo pasó a ilustrar musicalmente los funerales. Novagildo le daba a Reverte la tercera parte de lo que cobraba. Cuando un funeral coincidía con feria o mercado, Novagildo mandaba el autobús con los feriantes y sus puercos conducido por un primo carnal.

Aficionado, pues, a la música, y habiendo comprado el violín que fuera del ciego de Alvite, aprendió en él lo suficiente para acompañar unos romances de crímenes, algunos de los

cuales se los escribí yo, como uno sobre el crimen del correo de Andalucía, y otro la espantosa muerte de una viuda en Venta de Baños. Y así un día cualquiera, siendo feirón en Villalba, Novagildo se puso en una esquina con su violín y tocó lo mejor que sabía, y con su hermosa voz cantó los romances. Una sobrina suya vendía los pliegos y pasaba el platillo. Y desde entonces en toda feria o mercado, así que apeaba los pasajeros y descargaba el porcino, Novagildo cogía el violín, y seguido de la sobrina se iba a sus crímenes. Las ganancias fueron muy buenas con un relato de un crimen que cometiera en Barcelona un tal Ricardito, el cual fue descubierto porque en vez de escribir Zaragoza, escribía con S, Saragosa. En el crimen había un fulano que cantaba una jota, y Novagildo la cantaba como si fuera baturro. Un día, en el San Froilán de Lugo, fue al cine con su mujer, a ver una película sobre el hundimiento del *Titanic*, y me contaron que andaba como loco buscando quien le escribiese un romance sobre aquella catástrofe, pero no lo encontró. Se llevó un gran disgusto. Años más tarde me explicaba a mí el éxito que habría tenido, con el iceberg chocando con el *Titanic* en el cartel que mandaría pintar, y el mar lleno de mujeres enjoyadas, y un caballero buscando entre las olas, con una linterna de mano encendida, a su amante.

—Esto —me decía— no salía en la película, que era invento mío.

Hacía una pausa, meneaba la cabeza, y comentaba:

—*Ese da linterna faría chorar as pedras! Chorei eu cando o inventei!*

Y ahora mismo lloraba, al recordarlo.

JOSÉ REGUEIRA

DESDE los ocho o nueve años, tenía todas las noches el mismo sueño, salvo que cenase castañas cocidas con leche fresca, que entonces tenía otro. El primer sueño consistía en que aparecía junto a su cama un hombre con barba, el cual le hacía levantarse de la cama y lo llevaba a volar con él por encima de Sobrado dos Monxes, y alguna vez sobre Betanzos. Y cuando José Regueira iba más feliz en la máquina voladora del hombre de la barba, este lo empujaba y lo dejaba caer desde lo alto mismo encima de su cama. La caída era verdadera, pensaba José Regueira, porque el ruido que hacía al caer despertaba a sus padres que dormían en la habitación vecina, y porque en tres ocasiones rompió la cama, con la violencia del aterrizaje. Con el tiempo, José Regueira fue aprendiendo a no caer de golpe, sino planeando, con lo cual entraba muy suavemente en su cama, la que no volvió a romper. Eso sí, el planear le costaba lo suyo, porque después del planeo aparecía sudoroso y casi sin respiración. El otro sueño consistía en que José Regueira escuchaba un silbido y veía que por la puerta de su cuarto entraba una señora cubriéndose con un paraguas, porque estaba lloviendo dentro de la casa como fuera. De pronto escampaba, y la señora cerraba el paraguas. Sin saber cómo, José Regueira se encontraba dentro del paraguas, pugnando por salir, pero no lo lograba mientras no volviese a llover y la señora abriese el paraguas. La señora se iba, y José Regueira aparecía en el suelo, junto a un charquito de agua que había escurrido del paraguas. Los padres decían que José Regueira había orinado en el suelo, y le pegaban. Ya era José Regueira un mozo de veinte años, y seguía teniendo los dos sueños. Había crecido mucho, y era un tipo ensimismado y algo perezoso, muy espigado y preo-

cupado por su pelo rizo. Los padres suyos, previendo que el hijo iba a ir al servicio militar, estaban preocupados con el sueño de la señora del paraguas, que sería una vergüenza que José apareciese en el suelo en el dormitorio del cuartel, tumbado sobre un charco de agua. ¿Cómo convencer al coronel del Regimiento de que había una señora con paraguas, y que llovía dentro de la sala? José Regueira les decía a los suyos que era difícil que en el servicio tuviese aquel sueño, porque en el cuartel no dan de rancho castañas cocidas con leche, pero los padres lo ofrecieron a san Cosme, y lo llevaron el 27 de septiembre a la romería. José Regueira llevaba como exvoto un paraguas de cera, hecho de encargo en Santiago, y saliera bastante caro, que hubo que pagar el molde en la cerería. El paraguas fue depositado después de la misa mayor a los pies de san Cosme.

Aquella misma noche, José Regueira cenó castañas cocidas con leche fresca, y se metió en la cama a ver si san Cosme ya se había enterado de su petición y lo libraba de la señora del paraguas. Y así fue. En vez del silbido acostumbrado, golpearon la puerta del cuarto con los nudillos, y entró en la habitación Florita, una vecina muy lucida a la que José solía quedarse mirando, medio embobado. Florita le puso un dedo en los labios recomendándole silencio, y le dijo, cariñosa:

—¡Adiós, Pepiño! ¡Aquí te espero comiendo un huevo!

Cuando volvió del servicio, José Regueira enamoró a Florita y se casaron. Ella negó siempre que hubiese ido a la habitación de él a decir eso de «aquí te espero comiendo un huevo». José le ponía un dedo en los labios, y la hacía callar.

LOS NOMBRES SECRETOS

LES hablaba el otro día de una meiga, Felisa de Lonxe, conocida por la Viveiresa, y de cómo sabía toda la ciencia de echar el mal de ojo a personas y animales, y especialmente a estos últimos, y cómo lograba que unas gallinas dejaran de poner o una vaca de dar leche. Un tal Suso de Vila me explicaba una vez lo que él sabía hacer para evitar que sus vacas, por ejemplo, fueran malojudas. Es natural que entre gallegos, habiendo la acción que podemos llamar ofensiva de echar el mal de ojo, naciese en seguida la acción que podemos llamar defensiva para evitar que el mal de ojo lo alcanzase a él o a sus animales domésticos.

—Verbigracia —me decía el señor Suso de Vila—, yo voy a la feria de Monterroso a comprar una vaca. Y compro una vaca de la raza rubia gallega más o menos mejorada, una vaca que se llama como todas las vacas gallegas marela o teixa, según el color de la piel, o figueira, porque tiene cornamenta un poco rara, que recuerda las ramas retorcidas y desparrahadas de la higuera. En fin, compro la vaca, la compro bien, bastante arreglada, y me vengo para casa muy ufano con la compra, que ha sido muy decente. La vaca está preñada, y estoy seguro de sacarle lo suyo en la leche. Con ella ya en casa, vienen los vecinos a saludarla, y a averiguar lo que pagué por ella, y noto, mirándoles a los ojos mientras hablamos, que en algunos hay envidia. ¡Tate!, me digo, aquí hay un cabrito que le va a echar a mi vaca un malojo. Los vecinos, sólo con verla, ya saben como se llama si marela, si teixa, si figueira. Se van y yo me quedo solo en la cuadra con la vaca. Yo soy el dueño, y puedo llamarle a la vaca como quiera. Me acerco a ella, le paso la mano por el lomo, le doy algo de comer, le hago dar un par de vueltas, en fin, los actos de posesión, que vea que

soy el amo. Como soy el amo, puedo llamar a la vaca como quiera. Así que, poniéndome frente a ella, y tocando con mi mano derecha su cuerno izquierdo, le digo solemne:

—¡Tú no te llamas Marela! ¡Tú te llamas Teodora!

Y mi vaca así queda a salvo del malojo. Tan sencillamente. Porque el envidioso va de visita a la meiga, y le dice, dándole un par de duros:

—¿Y no podría hacer algo en la vaca Marela del señor Suso de Vila?

Y la meiga hace algo, pero no surte efecto, porque el mal de ojo va a la vaca Marela del señor Suso de Vila, y el señor Suso de Vila no tiene tal vaca Marela, la vaca comprada en la feria de Monterroso, se llama Teodora.

Y así, con esta práctica tan sencilla, una vaca puede verse libre de todo mal. El nombre que a la vaca le impuso el dueño, ha de conservarse secreto, naturalmente.

El señor Suso de Vila me miraba con sus ojos pequeños y azules, uno de los cuales era un poco chisco, pero aumentaba la gracia de su expresión cuando me contaba su ciencia anti-malojo.

PIÑEIRO Y LAS FUENTES

ESTE Piñeiro de Guitiriz era pariente lejano mío. Su mayor preocupación eran las fuentes, como si fuese don Felipe II o un erudito chino en manantiales. Piñeiro si tenía ocasión de hablar con un forastero, un viajante, por ejemplo, o el conductor de un camión de Zaragoza o de Palencia, que se detenían en el Maragato de Guitiriz a tomar un café o a comer un bocadillo de jamón, lo primero que preguntaba era qué tal de agua por allí, qué tal de fuentes. Y apuntaba lo que le decían en una libreta de propaganda del calcium Sandoz, que le regalaban en la botica de Labarta. Siempre tenía alguna novedad en fuentes. Por ejemplo, que en las Canarias había dos fuentes, con tales virtudes, que si bebías agua de una de ellas no hacías más que reírte durante veinticuatro horas, y si bebías agua de la otra, te echabas a llorar desconsoladamente. Si notaba que su noticia me causaba sorpresa, se frotaba las manos. Era un hombre alto, pelo blanco, huesudo, siempre mal afeitado, las manos largas y afiladas. Lo que quedaba de recuerdo de su figura es que toda ella era de hueso como si Piñeiro tuviese más hueso que los demás mortales.

Cuando alguien de Guitiriz salía para el servicio militar Piñeiro iba a la estación a despedirlo.

—¿De modo y manera que te me vas para Burgos? ¡Te voy a explicar las fuentes que hay por allá!

Y se las explicaba, las de Burgos propiamente dichas, las de las monjas de las Huelgas, las de Castrojeriz y las de Prádanos de Bureba... Si yo encontraba en los libros que leía una fuente rara, procuraba que me quedase en la memoria para contarle la novedad a Piñeiro. Una vez, un tal Puga, fue a Vich a comprar un garañón, y le trajo a Piñeiro la noticia de que allí había una fuente que llamaban de «los estudios» e iban a

beber a ella, con su chistera y sus capas, los seminaristas, a los cuales después de beber se les aclaraba la voz, como si hubiesen ido a tomar vahos a Caldas de Reises, y daban muy bien su lección de latín. Puga traía la noticia de un cura de allá, con el que había comido una excelente butifarra. Puga era muy burlón, y le dijo a Piñeiro que él había bebido de aquella fuente, pero como no sabía nada de latín, que no notara sus efectos. En cambio, dándole de beber al garañón, un catalán nervioso, en el pilón de la fuente, notó que después orneaba con un acento extraño.

Piñeiro calló, y aprovechó una feria de Parga para ir a la parada que tenía Puga, y donde no se hartaba el garañón de Vich de cubrir yeguas. Piñeiro esperó paciente a que la bestia rebuznase. El garañón rebuznó, y Piñeiro comentó:

—*Pois o acento éche ben galego!*

Cuando me contó el asunto, yo le expliqué que el latín exige acento claro, y no el nuestro oscuro, máxime el acento gallego de la gente luguesa, y que en puridad, acento latino quizás solamente lo tenga el papa de Roma.

Como Piñeiro tenía algún dinero, viajaba a fines de verano por Galicia para conocer nuestras fuentes. Le había sentado muy bien para el pulmón, decía él, una que hay en Santiago en la Virgen de la Cerca, y para la vista otra que hay a la entrada de Becerreá, viniendo de Piedrafita. Me decía que hay fuentes para todo, y la cuestión es dar con ellas, menos para la muerte. Y quizás tuviese razón.

FELPETO, LOQUERO Y MÚSICO

A Felpeto lo habían llevado a Conxo desde su Corme natal. Había navegado durante muchos años en el velero *San Antonio* y *San Ánimas* y lo tuvieron que desembarcar porque no hacía más que gritar que se retiraba al mar, que no se veían más que rocas, y echaba mano al timón para desviar la nave de las rompientes. Retirada del mar que no había, rocas imaginarias, rompientes inexisten. Pero, desembarcado, se pasaba el día y la noche corriendo por Corme, anunciando que venía el mar sobre la tierra, que las olas iban a cubrir las casas, y que había que ponerles velas en los tejados para salir navegando. Un médico amigo de la familia consiguió meterlo en Conxo, donde lo tranquilizaron algo, diciéndole que el mar estaba a doce leguas. Hizo amistad con otro interno, un cantero de Pontevedra, el cual tenía la obsesión de hacer instrumentos musicales de piedra. Le permitían tener en Conxo los útiles del oficio, y se pasaba el día picando en la cantería, intentando lograr una gaita, con el punteiro y el roncón, y el fol, y ya la llevaba muy adelantada, y parecía gaita para capitel románico. El problema principal que se le planteaba al cantero, el señor Avelino, era cómo llenar el fol de la gaita, porque nadie hasta entonces había estudiado la dilatación de la piedra por medio del sople de los pulmones humanos. Por este inconveniente el señor Avelino decidió suspender la obra de la gaita y se decidió por labrar una flauta, que esta no tiene fol. Hizo una hermosa flauta de piedra, la pulió, y cuando la encontró a punto, se la dio a Felpeto para que la probase. Felpeto soplaba, pero de la flauta de piedra no salía sonido alguno. El señor Avelino estudió aquel silencio de su flauta, y al fin cayó en la cuenta:

—*Olvidouseme furala por dentro!*—, dijo.

Y mientras el señor Avelino veía como agujerear la flauta, Felpeto se dio a sí mismo de alta como loco.

Pidió ver al director de Conxo, y le dijo que todo aquello de no ver mar desde el velero, y de ver el mar en tierra firme tragándose la villa de Corme, que fuera a consecuencia de una indigestión de congrio curado, y que en el año largo que llevaba en el manicomio que había aprendido como hay que tratar a los locos, y si lo metían de loquero, que había vacante, que lo agradecía. Solamente pedía alojamiento, comida y que le pagasen una clase de música. Le concedieron lo que pedía, y lo de la clase de música fue fácil, porque andaba por allí el que fuera director de una banda de música en una villa de la provincia de Orense.

Felpeto trataba muy bien a los locos furiosos, los calmaba, les hablaba de naufragios y de como era el puerto de Luarca, y les enseñaba algo de solfeo, del solfeo que le estaba enseñando el orensano. Al ver que de verdad tranquilizaba a los airados y sosegaba a los más furiosos, los otros loqueros le llamaban Felpeto Calmante.

Un día le dijo al director que quería ir a su casa, que debía haber muchas goteras, y que su mujer estaría preguntando por él.

—¡Seguro que no sabe que estoy embarcado en el *Conxo*!

Como si Conxo, el *Conxo*, fuese un velero cormeño, como el *San Antonio* y *San Ánimas*. Lo dejaron ir, y llegó a Corme solfeando. Y a poco murió en su cama, solfeando, y sin haber dicho a nadie, desde que llegó de Conxo, más que do, re, mi, fa, sol, la, si...

MARCELINO SALGUEIRO

UN día cualquiera, Marcelino Salgueiro, estando de pie en la puerta de su casa de Valongo, contemplando como empezaban a colorear los árboles del bosque declarando la presencia del otoño, se dio cuenta de que le giraba la cabeza, intentando cambiar su posición natural, de modo que si la dejase girar del todo, en vez de quedar vertical sobre su pecho, su cabeza quedaría vertical sobre su espalda. La sujetó como pudo, y al fin la cabeza cedió y se dejó estar en la postura acostumbrada humana. Pero la dichosa cabeza, cuando Marcelino menos lo esperaba, repetía sus intentos de giro, como si estuviese montada en tornillo. Menos mal que sus giros eran lentos, y le daban tiempo a Marcelino a echar ambas manos a las orejas. Como los intentos de giro se iban haciendo más frecuentes, Marcelino decidió ir a consultarse con el curandero de Pacios, el señor Estevo, un hombre misterioso que andaba por los campos a hora de alba buscando hierbas medicinales, o que él tenía por tales, y soplabá en el vaso de agua antes de beber esta, porque si el agua le sentaba bien, especialmente la de algunas fuentes, le sentaban mal los vapores húmedos que desprendían. Vapores invisibles para los demás mortales, pero bien visibles para él.

Llegó Marcelino a casa del señor Estevo, y precisamente aquel día, le notaba a la cabeza más voluntad de dar la vuelta y mirar para atrás, que en otros días. Lo primero que hizo el señor Estevo fue sentar a Marcelino Salgueiro delante de un espejo y mandarle que sacase la lengua. Mientras Marcelino se contemplaba en el espejo y tuviese la lengua fuera, la cabeza no intentaría movimiento alguno. El señor Estevo lo sabía por experiencia, que en Francia había habido un caso semejante, del que hablaban los libros. El curandero, para

comenzar el tratamiento, le aconsejó a Marcelino que estuviese moviendo constantemente la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, como si siguiese un partido de tenis, —esto del tenis lo digo yo, que no lo dijeron ni el señor Estevo ni Marcelino—, y que todas las mañanas hiciese una cura de plomada, que consistía en tener la plomada de albañil delante de la nariz, bien quieta, y estar mirando para ella fijamente una media hora. Las primeras semanas la cosa iba muy bien, pero pronto volvió la cabeza a querer girar, especialmente de derecha a izquierda. El señor Estevo le advirtió a Marcelino que estaba en peligro de muerte, porque si la cabeza tomaba impulso y daba una vuelta completa, lo que era previsible, se le apretaría por dentro la garganta, y vendría la muerte por asfixia. Hubo que llamar a un carpintero, el cual le hizo un casco de madera de abedul a Marcelino, que descansaba sobre los hombros, e impedía el giro de la cabeza.

El señor Estevo le comentaba a Marcelino que si se pudiese lograr que la cabeza diese solamente una media vuelta, y quedase de frente sobre su espalda, entonces Marcelino Salgueiro podía ganarse la vida exhibiéndose en los grandes teatros nacionales y extranjeros, que sería caso único en el mundo, estudiado por los médicos de París y de Río de Janeiro. Rico y célebre, igual conquistaba a la Chelito que era la mujer que más le gustaba de todas, desde que la vio muy escotada en una revista ilustrada. Y Marcelino comentaba:

—Igual me juego la vida un día, dejando a la cabeza que gire lo suyo. ¡O muerto o célebre!

Pero nunca se decidió a dejar que girase su cabeza lo que quisiese.

SEBASTIÁN DE CORNIDE

TRABAJABA en Barcelona en un taller de carrocerías y habiéndose comprado una chaqueta azul y pantalón gris, amén de media docena de corbatas se echó una novia murciana que se llamaba Fuensanta. Sebastián era alto y más bien flaco, y la novia era pequeña y regordeta. Era muy cariñosa y calladita, y siempre le estaba pidiendo a Sebastián que le contase algo. Sebastián era también más bien callado, y pocas cosas tenía que contar como no fuese de su aldea de Cornide, de su hermano cazador, de ir a bañarse en verano al río, de las vacas, de la feria de Monterroso, del pulpo, de un loco que había en Beade y que escupía lagartijas, y de las siembras y las cosechas, y de los pájaros del país, a los que imitaba muy bien, comenzando por el cuco y terminando por el mirlo y el ferreiriño. La murciana, por esto de la imitación de los pájaros por parte de Sebastián, andaba diciendo que tenía un novio músico. Lo que más sorprendía a Fuensanta de la aldea de Cornide, es que no hubiese sandías y no se fabricase allí el pimentón. Fuensanta, escuchándole a Sebastián como se preparaba el pulpo, sugirió que si ellos, ya casados, montaban un negocio de pimentón en Cornide, que surtían a Galicia toda y se harían ricos. Tanto pensaron en el pimentón y en lo solazadamente que vivirían, y lo que viajarían en vacaciones, y tanto se abrazaban y besaban cuando descubrían una nueva ventaja del asunto pimentonero, que tuvieron un niño. El niño nació cuando le habían mandado a Fuensanta desde su Murcia natal un catálogo de pimientos con las instrucciones para su cultivo. El niño nació con una mancha en la mejilla derecha. Una mancha rojiza, del tamaño de un duro, y en forma de pimiento morrón.

Sebastián dudó entre casarse o no con Fuensanta, porque él quería regresar a su aldea, que estaba cansado de Barcelona

y unos tíos suyos lo llamaban ofreciéndole la herencia, y ella no estaba dispuesta a venir a Galicia si no se montaba la fábrica de pimentón. Una manía como otra cualquiera. Sebastián considerando lo de la mancha de la mejilla derecha del niño, dijo que no era bueno que el crío creciese sin padre. Hubo boda, con mucha asistencia de murcianos, y mucha guitarra y canciones. Sebastián pasaba la mayor parte de su tiempo libre intentando convencer a Fuensanta de que lo mejor era que se fuesen a vivir a Cornide, y que ya allí verían si se daban los pimientos, y si era rentable el fabricar pimentón. Y al fin decidió la Fuensanta. A la murciana le gustó Cornide, que está en un alto, y por eso allí no podía haber inundaciones del Segura, que tanto le asustaron de niña en su pueblo de Murcia. Plantó pimientos, que no se dieron muy bien, y con lo que sabía del arte de hacer pimentón, logró así como media libra para el consumo doméstico. La murciana tenía una cierta disposición para el dibujo, y con lápices de colores dibujó y coloreó una especie de etiquetas, con las que envolvió el bote en el que guardó el pimentón casero. La etiqueta decía: «Pimentón dulce de Cornide. Marca El Niño del Pimiento». Y rodeado por el letrero, apareció el hijo, con su carita redonda, y en la mejilla derecha un pimentón rojo que llegaba desde la oreja hasta el mentón. En la fiesta del patrón, sacaba el bote a la mesa, y la murciana era muy felicitada.

REINALDO NOVO

REINALDO Novo era cazador de nutrias. Curtía las pieles y las iba a vender a Lugo a un tal Yáñez. Pero teniendo nutria fresca la comía asada, después de dejarla un par de días en adobo, con ajo, pimentón, vinagre y laurel. Y en tazas de barro guardaba la grasa de la nutria, que era remedio excelente para el reuma, y también servía para frotar con ella el pecho de los catarrosos, y aun de los tísicos. Reinaldo, al tiempo que cazador de nutrias, era meteorólogo y predecía en enero el tiempo para todo el año, por el sistema tan conocido por muchos labriegos gallegos de *as sortes e resortes*. La mayor satisfacción que podía dársele a Reinaldo Novo, era mostrarle el *Repertorio Zaragozano* o el *Gaiteiro de Lugo*, con los temporales corregidos por las predicciones de Reinaldo. Donde don Mariano del Castillo, en el Zaragozano, decía lluvias, los parciales de Reinaldo tachaban y ponían soleado. Algunos le llevaban cualquiera de estos almanaques, el *Zaragozano* o el *Gaiteiro*, y por siete pesetas, con su clara y grande letra, Reinaldo corregía. Un día en el que intentaba sujetar por la cabeza, con una horquilla de madera una nutria que había caído en el cepo, resbaló y la nutria lo mordió en una pantorrilla. Nunca más curó de los dientes de la nutria. Andaba con la pierna vendada y se-caba la mordedura de la nutria con polvos de regaliz. Era pequeño, ancho, cerrado de barba, muy ligero, casi felino de movimientos, y tenía el gesto de llevar la mano derecha al entrecejo mientras miraba para ti con sus pequeños ojos negros. Cuando le preguntaban por qué hacía ese gesto con la mano, respondía que lo había aprendido de los cazadores del Canadá, a los que había visto en una película en un cine de La Coruña.

Cuando ya andaba por los cincuenta, descubrió que el lobo sabía que el rayo solía, en el monte, buscar un árbol. Así que

si había tormenta, el lobo salía a descampado y se tumbaba pegado al suelo. Por eso, si en la sierra de la Corda alguna vez en sus caminatas de cazador había encontrado zorros y jabalíes muertos por la chispa, nunca había encontrado un lobo, como él decía «electrizado». Contaba que un día de San Pedro, a las tres de la tarde, caminando hacia Montouto, vio un lobo tumbado junto a una leira de centeno. Reinaldo se acercaba pero el lobo no se movía. Reinaldo no llevaba escopeta, y pensó que quizás dándose cuenta de esto el lobo, se dejaba estar. Era un hermoso día de sol, pero de pronto, Reinaldo se dio cuenta de que surcaban bajas, aparecidas súbitamente, unas nubes negras, que ya estaban encima mismo de él y del lobo, y surgían de ellas fúlguras terribles seguidas de espantosos truenos. Reinaldo contaba que el lobo hizo una seña, y el cazador se tumbó panza abajo a su lado, y allí se dejó estar golpeado por el granizo hasta que cesó la tormenta. Vuelta la calma, el lobo se levantó y se fue. Reinaldo también se levantó e hizo con la mano derecha el gesto de los cazadores del Canadá.

—Usted, don Álvaro, —me decía—, lo cree o no lo cree, pero el lobo, antes de meterse en la fraga, se subió a una peña y respondió con el mismo gesto, sólo que él lo hizo levantando la mano izquierda. ¡Sería zurdo!

BALBINA, LA MARAGATA

EL único hijo de los Pardos de Aceagrande, se enamoró de la hija menor del maragato de Puentes. No sé a quien había salido esta Balbina, porque su padre era corto de talla y su madre casi enana y redonda, y salió la chica tan alta y espi-gada, muy lucida de pierna, y siempre con peinetas de colores en el negro pelo. Muy remangada y reidora, servía copas y vasos en la taberna paterna. El de Aceagrande se enamoró de la Balbina y un día, a la vuelta del servicio militar se declaró a la muchacha, esta lo aceptó, y el novio reunió a sus padres y tíos para darles la noticia. El José era el último de los Pardo de Aceagrande y el único heredero de aquellas carballeiras, aquel praderío, aquellas veigas de Puentes. Cuando José anunció que quería casarse con la Balbina del maragato de Puentes, los padres se echaron a llorar, y los tíos amenazaron con desheredar al sobrino. ¡Jamás una maragata entraría en la familia! José alababa las virtudes de la Balbina, pero era inútil. Salió a relucir su abuelo, el señor Sebastián, que fuera vinculeiro de los Miranda y mayordomo de Santa María de Noste. ¡Una maragata en la familia era una deshonra! El José, con harto dolor de corazón, acató la decisión familiar, y aquella noche fue a decirle a la Balbina que de lo tratado, nada. Balbina se echó a reír, y por todo comentario, dijo:

—¡Ay, que ganas me entraron de un bocadillo de chorizo!

Y se lo preparó y se sentó a comerlo a la puerta de la tienda, desentendida de José Pardo, que no sabía qué hacer ni qué decir, y a quien se le llenaban los ojos de lágrimas.

Pasaron años. José no se casó. Murieron los suyos, y él vivía solo en Aceagrande, injertando manzanos, cuidando el frenal y atendiendo a las colmenas movelistas, patente *Richard and Sons*. Se había dejado la barba y el último sábado de mes iba

a Mellid, a que se la arreglase un barbero que se la recortaba muy de su gusto. La Balbina tampoco se había casado. Había tenido amores con un viajante de pimentón y con el cabo de la Guardia civil del puesto de Boimorto. Se conservaba muy buena moza y aquella risa alegre de la mocedad, la conservaba ya cuarentona. Un amigo de José Pardo decidió un día aconsejarle:

—Mira, José, la Balbina sigue estando por ti. Ni con el viajante ni con el cabo de Boimorto pasó nada de mayores. Si tú quieres yo preparo una entrevista, por ejemplo en Palas de Rei un día de feria, Ella está tratando unos pendientes con el platero, llegas tú, alabas el gusto, se los regalas, y volvéis a los cariños pasados. Hacéis una boda callada, y a esperar un heredero de la buena moza.

José Pardo meneaba la cabeza negativamente.

—¡Bueno —le decía el amigo—, unos pendientes, una pulsera o una cinta para el moño! ¡La cuestión es ponerse a hablar!

José Pardo seguía meneando la cabeza negativamente.

—Gustar, no digo que no me gustase acercarme a ella y regalarle los pendientes, o la pulsera, o la cinta para el moño, y casarme con ella, pero nunca podré olvidar que se puso a comer un bocadillo de chorizo cuando a mí se me saltaban las lágrimas. Desde entonces nunca volví a probar chorizo alguno, tan apetecido como era de ellos. ¡Si hubiese cogido unas galletas María o hubiese bebido un vaso de gaseosa, pase, pero aquel desprecio del chorizo en aquella hora tan triste!

José Pardo de Aceagrande murió soltero, enamorado de Balbina la maragata, a causa de un bocadillo de chorizo.

EL TÍO DE PACIOS

EN la barbería de Beloso, el sábado en la noche, quien llevaba la voz cantante era Romualdo do Pereno, un medio jorobado que tenía un bigote triste y lacio y prendía en las tes, tartamudeando algo. Presumía de conocer el nombre y apellido de todos sus antepasados.

—En la escuela —decía—, debían enseñarles a los niños todo su ramo familiar, padres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos, hasta donde hubiese memoria o papel.

Este era su tema favorito, y lo ampliaba contando de su familia materna, especialmente de sus tíos de Pacios. Por ejemplo, de su tío Domingo, que era tío trisabuelo, según sus cuentas.

—Mi tío Domingo de Pacios fue el primer hombre de la provincia de Lugo que fumó —dijo un sábado en la barbería, mostrando a los presentes una cachimba vieja, roída en la pipa—. ¡Casi doscientos años de antigüedad! ¡Del tiempo de Carlos III!

Los presentes curiosearon la cachimba y uno dijo que le parecía que era de palo santo.

—Mi tío Domingo se sentó en Lugo, en la plaza mayor, junto a la fuente, sacó la cachimba, cebó con el pulgar tras llenar el cazo de tabaco, y encendió. Echaba humo que parecía que ardía un pajar. Se juntó el público alrededor, y mi tío, sin decir palabra, echando humo por la boca y por las narices. Un policía corrió a dar parte al gobernador, quien mandó llamar a mi tío Domingo. Vino un alguacil a buscarlo, e iba apartado de mi tío, porque el humo le hacía toser. Mi tío, en el salón del trono del Gobierno civil, fumó media hora larga delante del gobernador y de todo el personal. Mi tío Domingo explicó que había tomado la costumbre de fumar en Puerto

Rico, y que le había enseñado la técnica un jefe indio que se llamaba Cristóbal, que se tapaba las partes con un paño en el que estaba bordada la figura de su santo patrono. Mi tío tenía, además, un diente de oro. El gobernador de Lugo le preguntó si el diente tenía algo que ver con el poder fumar. ¡Ignorancia que había en aquellos tiempos! Mi tío fue felicitado y el gobernador le pagó la comida. Creo que dieron parte del suceso a Madrid.

Otro sábado, Romualdo explicó que otro tío suyo, este por parte de los Meiregos de San Covade, estaba de asistente del general Weiler cuando llegó la fotografía a Cuba. El general quiso retratarse, pero antes mandó que un pirotécnico de la Real Maestranza de Artillería comprobase lo que había dentro de la máquina, que la manejaba un inglés. Para que saliese bien el retrato, el general tenía que estarse quieto media hora, y que nadie se moviese a su alrededor, no temblase el piso. El general salió muy favorecido, más alto de lo que era, y vista a la izquierda. La fotografía, rodeada con un ramo de laurel, la pusieron en un escaparate de una tienda, en la calle de Santa Clara, y le daban guardia constante dos soldados de caballería.

Romualdo do Pereno terminaba la historia, silbaba por su perro Colás, y se marchaba calle abajo, dejando estupefacta a la clientela del sábado de la barbería de Beloso.

ROQUE DAS GOÁS

ESTO acontecía allá por los años diez, cuando se hizo famoso Vedrines volando. Roque das Goás se puso a inventar una máquina voladora. La máquina le salía perfecta en su mente, y la dibujaba muy bien, con cinco asientos, para él, su mujer y sus tres hijos, y antes de ponerse a construirla, ya andaba buscando por los montes vecinos el lugar desde donde se lanzaría en vuelo sobre la Ulloa, viendo allá abajo a Mellid, a Palas de Rei y el castillo de Pambre, antes de virar para posarse en Santiago de Compostela. Roque hizo un viaje a Santiago para elegir sitio para el aterrizaje, y le pareció el más apropiado la plaza del Obradoiro. No comentaba nada de la máquina voladora con nadie, ni con su mujer. Cuando mejor le salía la máquina en su imaginación, era por la mañana, antes de levantarse, todavía medio adormilado. Entonces, todas las piezas encajaban perfectamente, pero ya bien despierto, y desayunando, notaba que se le olvidaba algo. ¡Si pudiera escribir todos los detalles de la máquina y dibujarla al mismo tiempo que dormía! ¿No habría algún método? Roque dudaba si el asunto era consulta de médico o de abogado. Como no lograba la máquina perfecta más que en sueños, por decirlo así, no se lanzaba a la construcción. Tenía abandonada la labranza y la carpintería, en la que era muy apreciado, y el más de su tiempo lo pasaba tumbado, con los ojos cerrados, inventando la dichosa máquina voladora. Volaba sobre La Coruña y lo saludaba el señor Viturro en el Cantón Grande. Tanto lo deleitaban sus ensueños, que llegó a pensar que mejor soñar que se volaba, a volar, y quizás no mereciese la pena construir la máquina voladora. Pero, ¿cómo iban a enterarse sus vecinos y amigos, y el público en general, que volaba, si no volaba? ¡Nadie le aplaudiría uno de sus famosos aterrizajes soñados!

Lleno de dudas, Roque das Goás se tumbaba a imaginar vuelos. Una tarde de verano, mientras toda la familia estaba en la siega, Roque echaba una siesta a la sombra de un castaño. Y lo despertó alguien que dio con uno de sus zuecos en los zuecos de Roque. Era un bobo de cerca de Ribadiso, que salía a ganar unas pesetas ayudando en las siegas y en las mallas, pero si no había de merienda bacalao con ajada, no ayudaba e iba a ofrecerse a otro lugar. Era alto y gordo, mofletudo y desdentado, y se llamaba Pastor. Roque le dio las buenas tardes, y Pastor se le quedó mirando fijamente, sin responder. Al fin habló:

—*Moito se viaxa, Roquiño!*—, dijo.

Roque miró al bobo Pastor estupefacto, porque efectivamente estaba imaginando que iba en vuelo con toda la familia a los baños de mar. Pastor estaba ante él, mirándole fijamente a los ojos. Roque podía decir que el bobo de Ribadiso lo estaba hipnotizando. Al fin, el bobo abrió los brazos y pegó un gran salto, un salto que lo llevó hasta la copa de castaño, primero, y al otro lado del camino después. El bobo se reía a carcajadas y se marchó corriendo hacia Mellid. Y desde aquel día Roque, se lo confesó a su mujer, nunca más pudo soñar que volaba y volvió al trabajo. No podía soñar que volaba porque, según él, el tal Pastor de Ribadiso le había robado del magín los planos de la máquina. Si no, ¿cómo iba a haber volado hasta lo alto del castaño y aterrizado en el camino, que estaba a cien metros? A Roque, en su interior, y recordando sus aterrizajes famosos, le entraban ganas de aplaudir.

PADÍN DE CARRACEDO

HABÍA quedado tuerto del ojo izquierdo, porque estando en el vareo de las castañas, le vino un erizo a él. Anduvo un tiempo con un parche negro de badana, y luego con uno de pasta, color de rosa. Un oculista de La Coruña le dijo que ya tenía el ojo bien curado, y que era cosa de pensar en uno de cristal, que los había alemanes, muy buenos y nada caros. Llegada la ocasión, habiendo vendido en su casa una mula de un año a un tratante de Palencia y teniendo en la cartera el dinero suficiente, Padín volvió al oculista a elegir el ojo de cristal. Los había de todos los colores, cada uno en su cajita, y el oculista indicaba uno que era, precisamente, del mismo color del ojo que le quedaba, castaño claro.

—¡Nadie va a darse cuenta del postizo!—, le decía el oculista.

Pero a Padín el que le gustaba era un ojo del color de la violeta.

—*Non me acaerá ben?*—, le preguntaba al oculista.

Este le explicaba que llamaría la atención con dos ojos cada uno de su color, y que el violeta era un ojo raro, que él había encargado especialmente para la viuda de un coronel, pero el ojo había llegado tarde. La viuda había muerto, insistiendo en preguntar, en la agonía, si había llegado el ojo. Se fue, por siete días de retraso, sin él al otro mundo.

—Entonces —le dijo Padín al oculista—, me hará una rebaja.

El oculista se la hizo, y Padín regresó a su casa con el ojo izquierdo del color de la violeta, o mejor dicho de la vinca pervinca, que era como decía un letrero en la tapa de la caja. Padín tenía ya treinta y cuatro años y estaba soltero. Con el ojo violeta tuvo un momento de popularidad en su aldea, y

lo aprovechó para pretender a la sobrina del señor cura, que siempre estaba leyendo *El conde de Monte Cristo* y nunca lo daba por terminado; mejor dicho, cuando iba por el medio de la novela ya no se acordaba del principio, y tenía que volver al primer capítulo. Hubo boda, y ella, al principio como chiste, pero luego se le fue imponiendo la idea en los adentros de su mente, decía que a ver si los hijos que tenían traían los ojos del color de la vinca pervinca del ojo alemán de su marido. Este se reía y la abrazaba. En definitiva, aquello era una prueba de amor.

Quedó en estado la sobrina del cura, y a su tiempo tuvo un niño con los ojos claros. Al año siguiente tuvo una niña con los ojos negros, pero un año después tuvo otra niña con los ojos del color de la violeta o de la vinca pervinca, como quieren. Y ella lo explicaba muy bien: por las noches, cuando Padín se echaba a dormir, metía el ojo de cristal en un vaso de agua, como le recomendara el oculista, y entonces iba ella, aprovechándose del sueño del marido, y cogiendo el ojo lo ponía sobre el vientre, justamente en el ombligo. Fue consejo de una meiga de una parroquia vecina. Todo se sabe en las aldeas, y esto se supo también, y la mujer de Padín que se llamaba Eulalia comenzó a recibir a mujeres en estado que querían tener hijos con ojos del precioso color del ojo alemán. Padín vio que era negocio y montó lo que el llamaba una «estación de servicio». La embarazada venía a ponerse en el vientre el ojo, y dormía en la casa. Por cada sesión nocturna, y desayuno, veinte duros. Algunas veces fallaba el experimento, pero otras no, y había jugando por allí niños con hermosos ojos color de la violeta. Misterios de los antojos.

PEDRO BRAVO

PEDRO Bravo era un tipo pequeño, algo picado de viruelas, y las orejas mordidas por los sabañones infantiles, que parece ser que lo afectaron mucho. Había vivido en La Habana y en Méjico, y trabajado en muchos oficios.

Cuando en la barbería o en la taberna contaba de sus viajes o de sus aventuras, en seguida se formaba a su alrededor un corro de atentos oyentes. Contaba muy bien, dibujando con ambas manos en el aire los raros personajes que había conocido. Por ejemplo, una húngara domadora de pulgas que se hospedó en la misma fonda en que él vivía en Veracruz: una mujer muy blanca, muy gruesa, con amplias curvas en las que las manos de Pedro insistían. Un día la húngara tuvo fiebre alta, y no se atrevió a dar de comer a las pulgas en su brazo derecho, como solía, porque temía que se intoxicasen y muriesen. La húngara, que se llamaba condesa Mistla, le rogó a Pedro que se prestase a darle a sus pulgas por lo menos el desayuno, y Pedro puso su brazo, y la húngara hizo pasar a él las pulgas desde su caja de cristal. Las pulgas eran veintiocho, entre las que tiraban como caballos de una carroza diminuta y las que sabían columpiarse, y todas comieron en el brazo de Pedro, quien anduvo dos días con una gran picazón en el lugar del banquete pulgar. Los vecinos de Pedro creían difícilmente esta historia de las pulgas domadas, pero un veterinario de Villagarcía dijo que se habían dado casos de domadoras de pulgas, y cuando fue de viaje de novios a Barcelona, se anunciaba una de estas, alemana, en una sala de fiestas. Pedro, en agradecimiento al veterinario por esta ayuda le hizo un regalo de vino de su cosecha.

Contaba también que en Méjico capital había estado empleado en una confitería que era de uno de Avión que se había

casado con una china. La confitería era famosa porque no había otra en la capital federal que hiciese tan sabrosos merengues de leche de burra como *La sonrisa de Pekín*, que así se llamaba la confitería. El de Avión se llamaba Marcelo Calviño. Muchas señoras le pedían la receta de los merengues, pero Marcelo se negaba, porque le había jurado a su mujer guardar el secreto. Los merengues encortezaban muy bien, con un ligero dorado, y el interior era casi líquido, blanquísimo. Pedro Bravo andaba muy curioso de la fórmula de los merengues, por si algún día, con sus ahorros, ponía una confitería en Pontevedra o en Sanxenjo. Y cuando menos lo pensaba, descubrió el secreto. La china, que se llamaba Li y era muy bonita y muy bien hecha, dentro de ser china, cuando iba a hacer la merengada, antes de batir las claras y añadir la leche de burra —que tenía en casa una muy pacífica—, traía al más pequeño de los niños de su familia —siempre había alguno que aún mamaba, y este era el elegido—, y lo ponía a mear en el batido. Ese era el gran secreto de los merengues de *La sonrisa de Pekín*.

Pedro dejó la confitería, que se le había puesto un punto en el estómago, para marcharse con un francés que hacía cometas de papel y las vendía por las fiestas del país. Pasados años, y cuando ya había decidido regresar a Galicia, se encontró su antiguo patrón de Avión, el confitero, adquiriendo un billete en la misma agencia.

—¡Voy a pasar un mes al Carballiño, comiendo pulpo!

—¿Y los merengues pekineses? —le preguntó Pedro.

—¡Era de lo más decente que se hacía en la casa!,—contestó el de Avión.

PAULINO DE BOTAS

ENTRE los cazadores más notorios del país de Portomarín, donde fueron los Caballeros de Malta, y de Chantada, sobresalía Paulino de Botas. Paulino era pequeño, delgado, picado de viruelas, arrubiado, los ojos claros y lucían en su boca cuatro dientes de oro, delanteros. El primer año que salió al monte con los dientes de oro, estos, según él, lo delataban. El sol daba en ellos, que brillaban, y las perdices lo veían de lejos, aquel relumbro, y se iban. Para poder cazar algo, tenía que taparlos con un papel de fumar de aquellos viejos librillos del *Rey de Espadas*, que no se fabrican o por lo menos no se encuentran en los estancos. Estaba Paulino del lado de fuera de una xesteira y su perro Marón le estaba dando unas perdices. Marón, que era un perdiguero de Burgos, paraba alargando el cuello, el rabo levantado, así como la mano derecha, cuando detrás de un chanto le habló una perdiz. Así como Suená: le habló una perdiz.

—¿En qué idioma?,— le preguntaban.

—¡Yo que sé! —, respondía Paulino— ¡Sería en perdicil! El caso que yo la entendí. La perdiz quería, en representación unitaria y democrática de todas las perdices de Asma y de San Fiz, que quitase el papel de fumar de los dientes y se los mostrase. Tenía que dejar la escopeta en el suelo, y ponerme cara al sol, con la boca abierta.

Paulino accedió a la petición de la perdiz, dejó la escopeta en las hierbas, y abrió la boca cara al sol. Acudieron dos o tres docenas de perdices a contemplar los dientes de oro. Alguna osó subirse a las rodillas de Paulino, sentado en el chanto.

—¡Muchas gracias! ¡Te sientan muy bien!—, dijo la perdiz que hablaba.

Y el bando perdiguero se fue volando monte abajo, hacia el río Miño.

Paulino me contó todo esto en secreto, porque quería saber de mí si había algún diccionario perdiguero–castellano, o mejor castellano–perdiguero, en el que él pudiese estudiar el idioma de las perdices, que ahora estaba seguro de que hablaban. Yo le expliqué que no había tal diccionario, y que lo que había eran tratados del reclamo con perdigón y caña hueca, y que yo sabía de uno muy célebre, escrito por el deán Arbolaza, del Cabildo del Priorato de las Órdenes Militares, libro en el que, además, había muestras de llamada con música. Pero, se trata de un libro del siglo XVIII, que ahora no se encuentra en las librerías. Paulino siguió cazando, pero cuando iba al monte, y su perro Marón paraba unas perdices, el gran cazador les preguntaba si querían verle los dientes de oro. Si no le contestaban y levantaban el vuelo, Paulino disparaba con rabia. Alguna vez una perdiz se acercaba, y pasaba un rato contemplando las piezas auríferas de la dentadura de Paulino de Botas.

—De todas formas —me aseguró—, como no me desairen abiertamente, ya no les tiro a las perdices.

ERMELINA DA PONTE

SU padre fue un curandero muy famoso y tenía clientela desde Allariz hasta Verín, y aun recibía enfermos de Orense. Quitaba las verrugas con siete palabras, y conversaba con los hígados enfermos. No es que hablase con el enfermo del hígado, sino con el hígado propiamente. Murmuraba algo, y pegaba la cabeza al cuerpo del enfermo, donde suponía que estaría el hígado, y escuchaba la respuesta.

—El eco—, decía.

Curaba el hígado porque obligaba a esta víscera a situarse fijamente en un sitio determinado del cuerpo, ya que todas las dolencias de hígado vienen de que este se pone a flotar, descomponiendo el orden del cuerpo humano.

Sabiendo que en el convento de Allariz las monjas guardaban un trozo de la piel de un dragón, iba por allí de visita, llevando de regalo unas libras de chocolate y algún queso, con la intención de que un día, por el turno, le fuese mostrada la misteriosa piel, que suponía era supermedicinal. Les propuso a las monjas montar un consultorio donde llaman *la barrera* en Allariz, frente al convento, frotando a los enfermos con el trozo de la piel del dragón. Pero las monjas rehusaron.

Este Manuel da Ponte tuvo una hija, a la que bautizó Ermelina. A los veinte años, era una hermosa mujer, muy alta, muy abundante, arrubiada de pelo. Por consejo del padre aprendió a poner inyecciones, y estaba siempre de pie, con la jeringuilla en la mano, en las consultas. Era una concesión de Manuel da Ponte a la ciencia moderna, y nunca se supo qué era lo que inyectaba intramuscular Ermelina a los enfermos.

Con el tiempo, Ermelina puede decirse que se estableció por su cuenta y era aún mucho más hábil que su progenitor en hacer desaparecer las verrugas. Ermelina, en Verín, llegó

a tener una buena clientela de portugueses, y más de una vez se acercó a las ferias de Chaves para atenderlas. Y resultó que un día Ermelina se dio cuenta de que tenía, además del poder de echar las verrugas, de hacer salir lunares en el rostro de las mujeres que lo deseaban. Y como eran moda entonces en Lisboa, especialmente entre la aristocracia y las cantantes de fados, el lunar en la mejilla o en el labio superior, Ermelina ganó bastante dinero haciendo aparecer, con palabras secretas, lunares azules allí donde las portuguesas lo pedían. Un día se le presentó en Verín un caballero lusitano, alto, elegante, con bigotito, grandes ojos negros. El caballero quería un lunar en la mejilla derecha, a la altura del lóbulo de la oreja. Ermelina lo sentó, le puso el dedo índice allí donde el portugués quería el lunar, dijo las palabras secretas por tres veces, y cuando retiró el dedo, ya el cliente tenía un hermoso lunar azul prusia en la mejilla. El portugués se miró en el espejo y se dio por satisfecho.

—Así —dijo—, si muero en accidente, o en la batalla de Alcazarquivir como el rey don Sebastián, mi pariente, podrán reconocerme.

Ermelina miró con admiración al caballero, que se marchó pagando en plata. Ermelina fue a Orense a hacerse unas tarjetas en las que se dijese que trabajaba para la casa Real de Portugal. Tras consultar el de la imprenta a don Vicente Risco, pusieron en las tarjetas «Alunadora patentada de los Braganza de Portugal».

EL ENANO DEL TESORO

UN tal Sergio de Moimenta, que hasta entonces había hablado bien y seguido, sin prender en consonante alguna, se puso a tartamudear, a tatejar, como decimos en gallego. Prendía especialmente en las emes y en las tes. La cosa fue que pasando por el camino de Camba vio en una roca a un tipo sentado, pequeño, envuelto en una capa amarilla.

—¡Bu...bu...buenas ta... ta...tardes!—, dijo el enano.

Y Sergio al responderle no tuvo más remedio que responderle tatejando como él:

—¡Bu...bu... buenas ta... ta... tardes!

Y así fue el pasar a parlante tartamudo. La mujer de Sergio que prendía algo en las pes, creía que el marido tartamudeaba por fastidiarla, pero la verdad es que Sergio era ya un perfecto tartamudo, y cada vez tartamudeaba más.

Se sabía que en las peñas de Camba, legua más o menos oeste, había un tesoro moro, y que lo guardaba aquel enano de la capa amarilla. Sergio decía que el tal enano no tenía por qué haberle hecho a él aquella faena, pues era de los pocos vecinos de Moimenta que nunca se había preocupado de buscar el tesoro. En la vecina aldea de Corbelle había un tartamudo muy conocido, que se había hecho un tipo iracundo, porque no podía parrafear con las mozas, que reían cuando lo veían con tantas dificultades de elocución. Preparaba *in mentis* piropos y declaraciones de amor, pero no le salían, que se retrasaba cinco minutos en soltarse en la primera palabra. Se llamaba Antolín Pardeiro.

Cuando se corrió por la comarca la tartamudez de Sergio de Moimenta, una curandera del país, que tenía la ciencia del sinapismo, lo sabía todo de hierbas y plantas medicinales.

Fue a casa de los Pardeiro de Corbelle a proponer un tratamiento para Antolín. La tesis de la curandera, la señora Jovita, era que el enano, que ya estaba aburrido de estar tantos años guardando el tesoro, le gastó una broma a Sergio, volviéndole tartamudo, y que por la misma razón le quería gastar una broma a Antolín abriéndolo a la parla. Decidieron los Pardeiro que Antolín se fuese a pasar unos días a los montes de Camba, paseando por entre las rocas, sentándose aquí y allá a merendar algo, para lo cual iba provisto de pan, queso, jamón, unos chorizos, huevos cocidos, y una bota llena de vino de Chantada. Ya llevaba dos días Antolín en el monte, y fueron días de niebla y llovizna insistentes, cuando amaneció un día de sol, el cielo limpio, y en la roca más alta, el enano tendiendo, para que se secase de las humedades pasadas, la capa amarilla.

Siguiendo los consejos de la señora Jovita, Antolín saludó al enano, que lo estaba mirando.

—¡Bu... bu... buenos días!

No pudo llegar a decir días. El enano se rió y contestó

—¡Buenos días!

Y Antolín se sorprendió a sí mismo respondiendo a su vez:

—¡Buenos días!

Y en el instante aquel mismo dejó de ser tartamudo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y le ofreció el vino que le quedaba en la bota al enano del tesoro. Regresó cantando a Carbelle, y el mismo día ya salió a parrafear con las mozas. El señor cura, don Rogelio, fue llamado a opinar:

—*Similis dimilinud vutsnyur!*—dijo. Y añadió en gallego—:
Ese enano o que é, é un coñón!

EL VERDUGO EN A CAÑIZA

ESTO pasó hace muchos años, quizás cien. Llegó a A Cañiza el verdugo que había de ajusticiar a un condenado a muerte, y no encontró en la villa quien le diese cama, y tuvo que ir a dormir a la vecina A Lamosa. A la ejecución asistió mucha gente, y entre los asistentes había uno de Melón o de Quines, no estoy muy cierto; a lo mejor era Covelo o de Ribadavia, llamado Agustín, el cual quedó prendado del arte del verdugo y de sus buenas maneras, y le siguió los pasos, escuchándole hablar con el elemento oficial y los guardias que habían asistido al acto, y por el acento, y la parla era notoriamente andaluz. Muy saludador, y poco saludado, pasó al Juzgado a echar unas firmas, y allí le llevaron un bocadillo de jamón y una botella de vino, y mientras reponía fuerzas contó de uno que ajusticiara en Salamanca, que era zamorano, al cual el cura que le recomendaba el alma le ofreció, ya el penado con la cuerda al cuello, un vaso de vino, que el zamorano rechazó diciendo que era blanco, y por eso no lo bebía, que a no tardar una hora le daría ardor de estómago, y que en cambio toleraba muy bien el vino tinto. Los presentes apenas rieron el cuento, quizás porque venían de ver ahorcar un hombre, pero rió su historia el propio verdugo, y el paisano nuestro, quien había logrado colarse hasta la habitación donde el verdugo repostaba. El verdugo se fue solo con su maletín a esperar la diligencia que había de llevarlo a Pontevedra.

Agustín se acercó al verdugo, y abrió su paraguas para cubrir a este, que comenzaba a llover, y le fue preguntando si se tardaba mucho en aprender el oficio suyo, si la paga era buena, si había que viajar, y como Agustín era soltero, no dejó de preguntar si una mujer tenía un pretendiente de gusto, y

llegaba a saber que este era verdugo, si lo dejaba o se casaba con él.

El verdugo le contestó a Agustín que él era un funcionario del Estado como otro, y que noapestaba, aunque creyesen lo contrario los ignorantes de A Cañiza. Que él era muy estimado por sus amistades en Valladolid, como antes lo había sido en Zaragoza, y que era, en cierto modo, un científico, pues había propuesto al Gobierno del rey Alfonso XII una máquina portátil más perfecta que la guillotina. Agustín no sabía lo que era la guillotina, y nunca oyera hablar de ella. El verdugo se la explicó, y luego la suya, que efectivamente parecía muy práctica muy práctica e indolora para el penado. En cuanto a mujeres, que él estaba casado con una de Cariñena, que era muy tierna con él cuando regresaba de un viaje profesional. Lo que menos le gustaba al verdugo era la horca, cosa primitiva y que exigía poca habilidad mecánica, aunque él había logrado un nudo corredizo propio, que en el ministerio de Gracia y Justicia no aceptaban, porque en España nunca se premia el verdadero mérito.

—Un nudo así —dijo, y sacándose la bufanda se la pasó al cuello a Agustín, el creyó que en aquel momento iba a ser muerto.

Se desmayó. Cuando volvió en sí estaba sentado en el suelo, y tenía alrededor del cuello una mancha roja, que le duró toda la vida...

—*Salveime de miragre!* —decía.

ROSA MARTIÑO

NO recuerdo si esta Rosa Martiño era de Noya o de Betanzos. Yo la conocí en el *Centro Gallego* de Buenos Aires. Frente a la casa donde nació y vivía con sus padres, había una relojería, y ella le tomó gusto a estar entre relojes, y a ver al relojero, un cojo algo pariente de ella, muy bigotudo, reparar los relojes averiados que le llevaban. Y le dio, cuando llegó a los diez o doce años, por aprender el oficio. Era entonces una mocita rubia, espigada, muy lucida de piernas y de sonrisas. La madre quería que fuese peluquera de señoras, o modista, y el padre pensaba que, tan lista como era, podía llegar a hacerse maestra. Pero Rosa, terque que terque, insistía en ser relojera.

—¡No se sabe que haya relojas!—le decía la madre.

—¡Pues será la primera mujer relojera del mundo!

Consultado un amigo cura, dijo que la relojería era un oficio muy decente, y que si la niña se daba maña, y el pariente aquel le enseñaba, y le dejaba en herencia la tienda, —que no tenía hijos—, Rosa tenía el porvenir asegurado. A Rosa ya todos la conocían por la Relojera. Pero la madre no cedía, no quería a la hija relojera, iba a la tienda del pariente a exigirle que expulsase a esta, y que nada de darle la relojería en herencia a la niña. Las cosas se pusieron tan mal para Rosa, que ayudada en secreto por el pariente relojero logró emigrar a Buenos Aires. Ya en la capital argentina no le fue fácil encontrar trabajo en una relojería, lo que al fin logró en la de un suizo viudo. Rosa demostró saber muy bien el oficio y fue muy apreciada. Ya era entonces toda una moza, arrubiada, metidita en carnes, sonriente, muy amiga de tararear mientras trabajaba, canciones gallegas. Todos los que trabajaban a su lado, y el patrón, el suizo viudo, querían casarse con ella. Y ella a todos muy

buenas palabras y dejándose invitar al teatro y a comer patatas a la inglesa.

Un día llegó a la tienda un general que se llamaba Borges, y que era hombre con mucho mando, y andaba el más del tiempo a caballo, vigilando las avenidas de la capital. Una sociedad italiana le había regalado un hermoso reloj, pero cuando el general Borges lo quiso poner en hora y darle cuerda, el reloj no andaba. El suizo viudo se lo entregó a Rosa Martiño para que lo reparase. Y tras un par de horas de trabajo con el reloj, Rosa le comunicó al patrón que aquel reloj no estaba hecho para andar, que por las piezas que lo componían no podía andar, ni andaría nunca. El suizo estudió el reloj, y tenía razón Rosa: toda la maquinaria consistía en dos ruedas, un pelo, una espiral y una campanita. Llegó el general Borges a caballo a buscar su reloj, y le dieron la noticia. Se irritó, y salió al galope a buscar a los italianos del regalo. No los encontró, y al día siguiente moría, que se le paró el corazón. Nadie vino a buscar el falso reloj, que tenía unas hermosas tapas de plata con una cierva en relieve. Una tarde, con el reloj en la mano, le olió a quemado. Lo abrió, y estaba ardiendo el pelo, y toda la maquinaria al rojo vivo. Lo tiró sobre la mesa, y el reloj explotó. Un trozo de metal le llevó a Rosa el lóbulo de la oreja izquierda. Era un atentado contra el general Borges, preparado por los italianos. Se produjo con un año de retraso. Rosa salió en periódicos y revistas, le brotaron numerosos pretendientes, y al fin, como siempre estaba pensando en volver a Noya o a Betanzos, se casó con un marino, que no quería navegar, sino trabajar como relojero. Así es la vida.

DON FELICIO ESCRIBE DESDE EL OTRO MUNDO

LA casa de los Pardo, en Lourido, la construyó don Felicio a finales del siglo pasado, una casa grande, con hermosa piedra, con su gran solana, en un alto, sobre el verde praderío y el río. Pero don Felicio se murió sin estrenarla. Hace pocos años que sus nietos lograron que en Lugo hicieran una buena ampliación de una fotografía de don Felicio, que le sacaran en La Coruña al regreso de su viaje a La Habana: traje claro y sosteniendo la pajilla sobre la rodilla derecha. Y en una cómoda, debajo de la fotografía, pusieron la escribanía de plata alemana de don Felicio: una escribanía con tintero, vaso para la arenilla secante, y pluma imitando pluma de ave. Pero, todo esto aconteció después de lo que voy a contarles. Manuel de Seixo, nieto político de don Felicio, tenía una pequeña mesa en la habitación en que dormía, y en esa mesa estaba la escribanía de don Felicio, sin limpiar, medio olvidada debajo de periódicos atrasados. Una noche Manuel despertó a causa de un ruido raro, como si alguien estuviese arañando en los papeles que había en la mesa. Encendió la luz, y vio que la pluma de la escribanía se había salido de esta e intentaba escribir algo en un pliego de papel de barba que Manuel tenía allí para hacer una instancia solicitando que le concediesen una parada caballar, que era la ilusión de su vida. Todos los años mandaba la instancia a Valladolid, y todos los años se la devolvían con un sello que decía «Denegada». La pluma, al darse cuenta de que era observada por Manuel, volvió a su sitio en la escribanía. Por la mañana, Manuel consultó el asunto con su mujer y sus cuñados, y todos coincidieron en sospechar que bien pudiera ser don Felicio el escritor. Llevaba sesenta años muerto, pero podía tener algo urgente que decir a los descendientes, y permiso para decirlo. Manuel lim-

pió la escribanía, puso tinta en el tintero, y a la pluma una plumilla nueva, de coronilla, y al lado, varios pliegos de papel de barba. Se establecieron turnos de vigilancia nocturna, y a la quinta noche, estando la nieta Eduvigis de guardia, alumbrándose con una lamparilla de aceite, la pluma salió de la escribanía y rasgueó rápida en el papel de barba, tras mojarse en el tintero. Eduvigis despertó a toda la familia, y Manuel leyó en voz alta lo escrito por la pluma. Decía así el recado: SOLADME LOS ZUECOS.

Y nada más. Ni firma. La familia se preguntaba qué zuecos serían aquellos, y dónde estarían, que ella no sabía de zuecos ningunos en la casa. Pasó una semana larga de lluvias, y una mañana yendo la Eduvigis a soltar las gallinas y darles el desayuno de unos granos de maíz, se encontró un par de zuecos viejos a la puerta del gallinero. Estaban sucios, uno sin cordón, y las suelas de ambos con grietas, como las que propiamente se hacen en las suelas de los zuecos cuando el que los usa acerca los pies en demasía al fuego, estando los zuecos mojados. La familia limpió los zuecos lo que pudo, compró nuevos cordones, y los llevó a solar al zoqueiro de Baltar. La verdad es que los zuecos eran de muy buena piel, y quedaron como nuevos con ayuda del betún. Pero, ¿qué hacer con ellos? La familia, por unanimidad, decidió dejarlos donde habían sido encontrados, a la puerta del gallinero. Los dejaron al anochecer, y a la mañana ya no estaban. A la noche siguiente, la pluma volvió a trabajar, sin que nadie la viera ni oyera, pero dejó en el papel de barba escrito, con letras de fardo, la palabra GRACIAS, y sobre la palabra, media onza de oro, de Fernando VII. Una de las onzas que don Felicio decía que tenía «en reserva de patrimonio» y que no habían sido halladas nunca, ni en la casa vieja, ni en la nueva... Yo tuve la media onza en mis manos, un día por el San Martiño, en el que fui invitado a comer a Lourido. Caía una dulce lluvia otoñal. Sentado en la solana con Manuel de Seixo, le dije por qué no se paraban, en las tardes de invierno, a escuchar si don Felicio estaba contando sus monedas de oro. Nunca tal hiciera. Creo que toda la familia anda desde entonces con el oído atento al oro del difunto.

NACHO DE CRUCES

CRUCES está en un alto, mismo sobre la puente del Azú-mara, más allá de la fraga de Beres, tan espesa, cubil del lobo, y refugio del jabalí. Cuando yo escribí esto una vez en el periódico de Lugo, lo de «cubil del lobo y refugio del jabalí», el hijo de Nacho de Cruces, el Severino, me dijo al encontrarme ante un puesto de pulpo en la feria de Villalba:

—¡No hay duda de que es usted un escritor!

Y de esta alabanza y una larga conversación sobre mis parientes de por allí, que él conocía, nació mi amistad con Severino. Cuando iba a los baños a Foz, en las Mariñas luguesas, con su mujer y sus hijos, paraba en Mondoñedo para regalarme un queso y una botella de miel, y yo le correspondía con una tarta. Nos dábamos las novedades familiares y quedábamos en vernos para el próximo otoño, cosa que no solía acontecer. Un día nos saludamos en Lugo, y fuimos a comer unas cañas recién salidas del horno y beber una copita de vino dulce a la confitería de Madarro.

—Usted sabe —me dijo cuando iba por la tercera caña—, que mi mujer tuvo un tío sastre muy conocido en toda la Terra Chá, y que les hacía los trajes para las bodas a los señoritos de Meira y de Cospeito, y si había un difunto que no tuviera un traje decente para ir a la caja, el tío de mi mujer, que se llamaba Andrés de Portonovo, le hacía uno en tres o cuatro horas, un traje que él llamaba «de pantal-la», muy decente con cinco botones. Esto del «traje de pantal-la», lo aprendiera en el Brasil, y lo de los cinco botones era porque así los gastaban allá los de la aristocracia.

Remojó con el vino de Málaga, y me confesó que hacía tiempo que quería contarme una historia, por saber de mi parecer, y porque la historia le parecía a él bastante rara y

digna de ser contada por escrito, aunque si yo lo hacía en el periódico debiera cambiar los nombres.

—Verá usted, uno de los señoritos de Loboso vendió siete lugares, y con los dineros que juntó fue a París a buscar mujer, que se le había metido en la cabeza el casarse con una francesa, a causa de las novelas que había leído. Las cosas le fueron bien, y antes de un año regresó con su mujer que era una delgadita rubia que andaba siempre de sombrero adornado con plumas y zapatos de alto tacón. La francesa venía en estado, y a los dos meses de llegar dio a luz un niño. A los dos años el niño tenía un bigote negro y mesto como el de un adulto, y cada semana había que pegarle un afeitado. La francesa se reía y decía «*C'est très joli*», pero el señorito de Loboso dio en sospechar que aquel bigote negro no era de su familia, que todos tiraban a rubio, y cavilando, cavilando, llegó a la conclusión de que su mujer tuviera algo que ver con un primo suyo, que era teniente de cazadores ligeros, y el bigote del niño y el del teniente eran dos gotas de agua. El señorito de Loboso llamó al señor Andrés de Portonovo y le encargó un traje de teniente de cazadores ligeros. El señor Andrés lo sacó por una postal y le salió muy lucido. El señorito de Loboso le dijo a su mujer que tenía que hacer un viaje, y a la noche vino *de occultis* vestido de uniforme, entró en la habitación silenciosamente y se metió en la cama de la francesa. Esta en su lengua parece que dijo:

—¡Ay, Federico, que nos van a ver!

El señorito de Loboso, sin decir palabra, al día siguiente facturó para París a la francesa y al niño, dando por probadas sus sospechas.

—Yo mismo, de mozo, me probé el uniforme de cazadores ligeros, y a fe que me acaía. ¡Uno no sabe donde la tiene!

LA OREJA DERECHA DE ANTÓN DE LEIVAS

ANTÓN de Leivas vivía con sus padres y hermanos en Vilarelle, en la casa más cercana a la fraga de Unces. Era mozo de unos veinticinco años, de mediana estatura, y arrubiado, como suelen los de Vilarelle. Los de Leivas tenían una buena labranza y era suyo el hayedo de Portela. Un domingo, al salir de misa en la iglesia de San Juan de Unces, un amigo suyo lo llamó aparte y le dijo:

—Estuve detrás de ti en la misa, y no me cansaba de mirarte la cabeza. Tienes la oreja derecha mucho más grande que la izquierda, y antes no la tenías así.

—Pues en el servicio no me dijeron nada —replicó Antón llevándose la mano a la susodicha oreja derecha.

Ya en casa, consultó con su madre y hermanos, y todos encontraron que la oreja derecha le había crecido algo, y engordado en el lóbulo, que también lo tenía más colorado que el izquierdo. Según el parecer de la familia y de los vecinos, la oreja derecha le seguía creciendo a Antón. Este andaba preocupado, y se fue a ver a un curandero que había en Liñades, que se llamaba Secundino e iba a Lugo a hablar con los médicos. El señor Secundino observó las orejas de Antón, las midió, le dio unos tirones y comentó:

—¡De buena te libraste! Tú ibas a tener una enfermedad con hinchazón en alguna parte interior, y en un descuido te pasó a la oreja, donde quedó benigna.

—¿En un descuido de quién?— preguntaba Antón.

—En un descuido de tu propio cuerpo—, le contestó el señor Secundino.

Antón regresó a Vilarelle más tranquilo. La oreja le había dejado de crecer, según los que lo observaban. Un día, una vecina, viuda de un guarda forestal, coruñesa ella, muy blanca

de piel y todavía de buen ver, admirando la oreja de Antón preguntó si se oiría algo dentro de ella, y acercó su oreja izquierda a la derecha de Antón, juntando su mejilla a la del mozo.

—¡El mar! —exclamó — ¡Se escucha el mar, como en las caracolas marinas!

Y desde entonces mucha gente quería, especialmente niños, escuchar el mar en la oreja derecha de Antón. Hasta María de Don, una moza muy garrida, que nunca le hiciera caso. María se extasiaba oyendo el mar en la oreja de Antón, y tal fue la cosa que se hicieron novios y se casaron. María le prohibió a Antón que la viuda del guarda, la coruñesa, volviese a escuchar el mar del Orzán en su oreja.

María tenía un hermano en Venezuela, y el verano siguiente al mayo de su boda con Antón, llegó a Vilarelle de vacaciones. Venía moreno, muy elegante, con zapatos blancos y fumando tabaco rubio, y con gran variedad de sombreros. Abrazó a su cuñado Antón, lo miró y remiró, comparó sus orejas, y lo llevó aparte, junto a la higuera de la era.

—¡Oye, chico, esto es una vaina! ¡Tienes las dos orejas iguales!

—Pues todo el mundo me ve la derecha mayor que la izquierda...

—Eso es lo que los periodistas de Caracas llaman «un caso de sugestión colectiva».

—¿No se lo dirás a nadie?

—¡Qué vaina! ¡Yo como un muerto, cuñado!

Antón respiró porque le estaba sacando cuartos a su oreja derecha. Las madres traían a sus hijos raquíticos o que crecían lentamente, y los frotaban a la oreja de Antón. Antón cobraba tres duros por sesión, y las madres agradecidas le dejaban un queso o un pollo de regalo.

El cuñado, a solas, insistía:

—¡Un caso célebre! ¡Un caso de sugestión colectiva!

FÉLIX LOURIDO

ESTE Félix Lourido, de un lugar que llaman Muimenta en las cercanías de Lalín, era un gran cazador, y tenía fama de haber dado muerte a dos docenas de lobos. Salía, solo, sin perro, con una escopeta que él había comprado a la viuda de un veterinario, en bandolera la bota de vino y un zurrón con pan, jamón y queso, y pasaba un par de días por los montes en busca del lobo. No se sabía donde se echaba a dormir, aunque lo más probable es que no durmiese en parte alguna, y todo el tiempo lo consumiese en rastrear al lobo. Solía decir que el lobo, sabiendo que él lo buscaba, no huía, pero daba vueltas a su alrededor, en un radio de media legua, a cubierto de tojales y xesteiras. Pero, según Lourido, había un momento en el que el lobo tenía necesidad de beber, por ejemplo, o de hacer sus necesidades, y en ese momento aparecía ante él Lourido, la escopeta presta, y le daba el alto. El lobo domina el arte de las marchas y las contramarchas, pero Lourido dominaba el arte del flanqueo. Surgía ante el lobo cuando este menos lo esperaba, alto, la boina hasta las cejas, la barba crecida, la mirada suya fija en la del lobo. Y para decirle al lobo que iban de igual a igual, Lourido abría la boca y le mostraba al lobo sus grandes dientes, blancos, fuertes, que cuidaba tanto. Esto lo sé por lo que él contaba a sus sobrinos, que de su matrimonio con una pulpeira de Silleda no tuviera hijos.

Lourido, digo, aparecía ante el lobo y le daba el alto. El lobo levantaba la cabeza, y cazador y bestia se miraban fijamente. Lourido levantaba lentamente la escopeta, apuntaba y disparaba. Generalmente los lobos que mató, cayeron de un solo tiro. Muerto el lobo, Lourido mandaba recado por un sobrino al Ayuntamiento de Lalín, participando la buena

nueva. En dos o tres ocasiones le mandaron algún dinero de premio, desde Pontevedra.

Una vez Lourido salió al lobo como solía, y no daba con él. El monte le oía a lobo, pero muy escondida tenía que estar la fiera que no la lograba. Franqueaba las xesteiras, se ponía una hora larga a sotavento, imitaba el balido del cordero, y decía gritando, como si se dirigiese a otro cazador del otro lado del río, que se iba para casa, que aquel día no había pieza a su alcance. Y nada. El lobo no aparecía. Lourido se sentó a comer algo, y estaba remojando con el vino tinto de su bota, cuando el lobo, un gran lobo viejo y hostil apareció ante él. Se miraron. Lourido tenía la escopeta en el suelo, y ya había guardado el cuchillo con el que cortara el jamón del bocadillo. Lourido no se movió. Lo único que hizo fue mostrarle los dientes al lobo. Este, entonces, haciendo como un gran esfuerzo de garganta, le dijo a Lourido lo mismo que este decía a los lobos:

—¡Alto!

Lourido sintió que no podía mover ni pie ni mano, que estaba inerme, indefenso ante el lobo. Lourido estaba vencido, y el lobo se había dado cuenta de que tenía la presa a su sabor. Pero el lobo no atacó. Contaba Lourido a sus sobrinos que el lobo dio la vuelta, despacio, mostrando indiferencia, saltó a una cómora y desde allí se rió de Lourido con dos o tres carcajadas. Lourido ya tenía la escopeta en las manos, pero no podía disparar al lobo porque era este y no él quien había dado el alto.

LA TÍA REMEDIOS

LOS sobrinos que se quedaron a vivir en Portonovo ninguno había conocido a la tía Remedios, que se marchó con su madre al Brasil cuando tenía catorce años. De vez en cuando la tía Remedios mandaba algún dinero, recomendando que el más de él lo gastasen en arreglar la casa y comprar mejores vacas. También mandaba ropas para las sobrinas, unos trajes de falda larga, muy bordados, de una moda antigua, que la modista se veía y se deseaba para acordarlos con la moda nueva y lo que las sobrinas veían que se llevaba, cuando viajaban a Pontevedra. Mandó por uno de Pontecal-delas un reloj de oro para el sobrino mayor, y un fonógrafo, que dio que pasar en la Aduana de Vigo. El fonógrafo era uno de gran bocina, como los de los anuncios de *La Voz de su Amo* del año mil novecientos diez, y lo mandó justamente en el año 1931. Poco después de enviar el fonógrafo y algo más de dinero para que le comprasen una mecedora para las siestas, anunció que llegaba para las fiestas de la Peregrina. Y llegó. Había pasado cincuenta años de doncella de guardarropa, primero, y de asistenta de llavero después, según su terminología, en casa de una condesa que sólo salía a la calle en coche de caballos, llevando junto a la puerta derecha un lancero imperial, con casaca verde y un casco con plumas. Vivía en un palacio que está a diez leguas de Río de Janeiro, en medio de un campo rodeado de palmeras. A la muerte de la condesa se deshizo la casa, y la tía Remedios pudo regresar a Portonovo. Era una mujer menuda y morena, hablando muy graciosa brasileiro, y por disposición testamentaria de la condesa, obligada a vestir de batista colorada y encajes negros el resto de su vida. Recogía el pelo en un gran moño, y miope, miraba muy atenta a las personas que iban y venían. También

traía en el equipaje, herencia de la condesa, el perro Napoleón. Era un lanudo blanco, pequeñito, de cuarta y media de largo, el hocico azul, y los ojos dorados. Vaya, el ojo izquierdo dorado, redondo como una moneda cortada por la raya negra de la pupila, y el derecho lo tenía postizo, que lo había perdido en un accidente, y en su lugar le habían puesto un cascabel. El perro despertaba sudando, miraba para donde estaba la condesa, y entonces el cascabel sonaba. La condesa mandaba que bañasen a Napoleón... Cuando regresó la señora Remedios, toda la vecindad acudió a admirar al perro. Este miraba con su único ojo a los presentes, levantando con mucho cuidado, lentamente, la cabeza, y era cierto lo que decía la tía Remedios, que buscaba que en sus movimientos cuando había visita no sonase el cascabel de oro, que lo era, del ojo derecho. Sin embargo, alguna que otra vez levantaba la cabeza, inquieto, y la sacudía. Entonces el cascabel sonaba, y la tía Remedios acudía a acariciarlo, a darle una galleta *María*, a recomendarle calma. El perro se dejaba sosegar y volvía a su interminable siesta, pasando la lengua roja por el hocico azul. La tía Remedios entonces explicaba a los sobrinos:

—¡Es que está viendo a la difuntiña en el paseo del otro mundo!

Y entonces Napoleón, que parecía dormido del todo, pero que estaba escuchando a la tía Remedios, daba dos síes seguidos con el cascabel de oro, confirmando lo que la antigua asis-tenta de llavero de la señora condesa de Itaquimí había dicho.

RAMIRO DA BARCA

LE llamaban a la familia de Ramiro *os da barca*, porque su bisabuelo y su abuelo tuvieron barca sobre el Miño, entre Portomarín y Belesar. Mucho antes, claro, del famoso embalse, y de que la antigua villa de Portomarín de los Caballeros de San Juan, pasase a dormir bajo las aguas. Y con la villa, las famosas viñas, de las que se obtenía el más graduado de los aguardientes de bagazo del país gallego. La barca del bisabuelo y del abuelo de Ramiro no era una barca propiamente dicha, sino una especie de cajón, que se sirgaba a favor de la corriente, ayudado el patrón por una larga pértiga, con la que enderezaba hábil la marcha. En la barca pasaban personas, pero también cerdos, terneros, algún caballo. Y alguna vez algún extraño viajero, que se le veía por la vestimenta y por el habla que no era, como se dice, de tierra de garbanzos, sino de país exótico. Una vez llegó al embarcadero de la orilla izquierda un hombre muy alto, envuelto en una gran capa azul con vueltas coloradas, y cubierta la cabeza con una birreta muy galoneada de oro. Botas de brillante cuero le llegaban hasta la rodilla, y las manos las llevaba metidas en guantes de cabritilla amarilla. Por lo que se veía viajaba a pie, y no llevaba equipaje alguno, a no ser una trompeta en bandolera, muy brillante el metal, como si a cada hora le pasaran un paño. Ramiro contaba según la versión que dio su bisabuelo.

El forastero, muy barbado y con los ojos de mirar inquieto, dio los buenos días y preguntó si podía pasarlo a la orilla derecha, donde lo aguardaban con un caballo para seguir viaje a Orense. El barquero, bisabuelo como digo de Ramiro, le dijo que tenía que esperar media hora, que estaba aguardando a que llegase un pariente suyo con unos cabritos. El forastero, inquieto, nervioso, autoritario, dijo que tenía prisa

y que no era hombre de esperar por unos cabritos de un feriante. El bisabuelo erre que tenía que esperar por los cabritos, y el forastero que tenía prisa y que había que pasarlo. Si hubiese alargado la mano con alguna muestra de moneda, cuatro pesetas por ejemplo, el bisabuelo de Ramiro lo hubiese pasado sin esperar al pariente de los cabritos, que la feria de Chantada era al día siguiente. El forastero espumeaba, murmuraba palabras en lengua extranjera, y viendo la terquedad del bisabuelo de Ramiro, echó mano de la trompeta, y tocó. Tocó un aire de alarma que debió de oírse en Sarria y en Lugo. Se levantó un gran viento frío, y de la otra orilla saltó al agua un caballo negro, que galopaba sobre el agua. El forastero dio ahora un toque de trompeta más suave, un aire cariñoso, que advertía al caballo donde él se encontraba. El bisabuelo de Ramiro vio un cuchillo ensangrentado en la mano derecha del forastero y se santiguó, aterrorizado. Y el santiguó lo salvó, que el caballo se hundió en las aguas por las que galopaba como por prado de mayo, y el forastero salió volando, literalmente echando fuego, y se perdió hacia el Páramo, dejando una estela de humo negro. Sería un demonio vagabundo.

—*Un demo tolo!*—decía el bisabuelo de Ramiro.

Años después, cerca de Triacastela, encontraron la trompeta. Limpia, brillante. En el reverso de la bocina, en una plaquita, se leía: «England». El forastero sería, pues, un demonio inglés. ¿Y qué se le perdería en Orense?

FLORIANO PÁRAMO

FLORIANO Páramo bajó al Corpus de Orense, y en compañía de su cuñado Eusebio, entró en un teatro ambulante a ver bailar a una que se decía ser sobrina de La Bella Otero, a un alambrista italiano y al profesor Magnum, hipnotizador de los reyes de Inglaterra. Así rezaban los carteles. La sobrina de La Bella Otero era una pequeña gordita y movediza, que cantaba «El relicario», echaba besos a la concurrencia, y bailaba francés, levantando la pierna, que la tenía muy fina, a la altura de la cabeza, dejando ver unas bragas negras. El alambrista era un tipo escuálido, y lo de más mérito que hacía era servirse un vaso de vino en el alambre, y después fingirse borracho; parecía que iba a dar con sus huesos en el suelo, pero no llegaba a caer. Apareció, al fin, el hipnotizador de los reyes de Inglaterra, un caballero alto, bien puesto, de barba rubia, y muchas medallas en el pecho. Floriano Páramo estaba sentado en primera fila con su cuñado. El profesor Magnum hizo juegos con una baraja, se sacó dos palomas de los faldones del frac, y al final pasó al hipnotismo científico, para lo cual necesitaba un sujeto que, saliendo de entre el público, se prestase a ello. Floriano Páramo estaba en primera fila, mirando tanto al profesor laureado como a su secretaria, una rubia con traje de cola, muy escotada, que ya de entrada le echó unas miradas seductoras a Floriano, el cual se quitó la boina y se alisó el pelo. Y estando en este timoteo con la rubia, sin darse cuenta se encontró de pie en el escenario, dispuesto a ser hipnotizado por el profesor Magnum. La rubia le dijo:

—*Soyez-vous très gentil!* ¡Te llamas Floriano!

Floriano quedó boquiabierto de que aquella francesa supiese su nombre. El profesor le dio unos golpes en las orejas, le pasó un paño negro por delante del rostro, y Floriano

quedó hipnotizado. Lo que pasó a continuación lo sabía por su cuñado Eusebio. A las preguntas del profesor Magnum contó su vida, anduvo a gatas por el escenario imitando un gato con maullidos y todo, imitó en el baile a la sobrina de La Bella Otero, y finalmente pasó lo que dejó avergonzado a Floriano para el resto de su vida. La secretaria trajo una bacini-lla de porcelana blanca, y Floriano obedeciendo a las órde-nes que de pensamiento le mandaba el profesor Magnum, comenzó a bajarse los pantalones y los calzoncillos, dispo-niéndose a sentarse en la bacinilla y hacer de cuerpo. Cuando ya mismo iba a bajar los calzoncillos, el profesor Magnum sus-pendió el experimento, y despertó a Floriano, quien se encon-tró en el escenario con los pantalones desabrochados y caí-dos. El público reía a reventar. La rubia le dio un beso en la mejilla y dijo:

— *Très bien!*

Floriano se subió los pantalones, y se retiró avergonzado, entre las risas y los silbidos del público, sin aguardar a ver cómo el profesor Magnum hipnotizaba a un clarinete de la banda de música del Puente. La vergüenza de Floriano fue tan grande, que tardó once años en volver a bajar a Orense, de miedo a ser reconocido. Su cuñado Eusebio le decía:

— *Non debía importarche, porque estabas mui natural!*

HISTORIA DE UN PARAGUAS

LUCINDA García fue a casa de su tía la señora Andrea do Carrizo a buscar una docena de huevos bien galleados, que tenía una gallina clueca, una gallina de cuello pelado, que daba muy buena madre. Se entretuvieron tía y sobrina comentando las cosas de la aldea, y con la tarde se pusieron unas nubes, que como por allí suele en aquel tiempo, traen una ligera tormenta con lluvia. La señora Andrea le ofreció a Lucila un paraguas que tenía.

—¡Lleva el paraguas por si acaso! ¡Lo estrené en la boda de tu primo Severino!

Lucila aceptó el paraguas, y se fue con los huevos camino de su casa, pensando en no más llegar en acostar la clueca famosa. Al llegar a la vuelta de Melín empezó a llover. Vino súbita la lluvia, medio granizo. Lucila posó la cesta de los huevos en el suelo e intentó abrir el paraguas, pero no lo lograba. La lluvia arreciaba, y el paraguas, por mucho que Lucila forcejeaba, no se abría.

—¡Abrete, condenado! —gritó Lucila, haciendo un último esfuerzo.

—¡No me abro! —respondió el paraguas— ¡No me mojo por nada de este mundo!

La voz era de hombre, más bien gruesa, y prendía algo en las emes.

—¡Ábrete que me mojo!

—¡No! —Insistió el paraguas— ¡Además, que aún no estoy pagado!

Y no se abrió. Lucila llegó a su casa, como se dice en el país «*mollada como un pito*». Puso el paraguas en un rincón del portal y se fue a acostar la clueca a la cocina. Al terminar fue a ver si el paraguas se había movido, y lo encontró abierto.

—¿De modo que te abriste? —le preguntó, airada, al paraguas.

El paraguas se cerró solo y se subió a la percha, colgándose junto a la gabardina del marido de Lucila.

—Es que no estoy pagado —comentó—, y esto me avergüenza. Yo estaba muy bien en el escaparate de la tienda, en el Toural, en Santiago, con un letrero que decía «Seiscientas veinte pesetas», y ya me tenía echado el ojo la mujer de un médico, para regalárselo a este el día de su santo. Ya me había manoseado, abierto y cerrado. Una señora muy perfumada. Y en esto que viene tu tía, me compra casi sin verme, y me deja a deber. Bueno, es de confianza de la tienda, y tiene crédito, pero me deja a deber, y me lleva a una boda, y después me cuelga al lado de un paraguas viejo y remendado. ¿Por qué me trata a mí así la vida?

Dijo esto último con acento tan lastimero, que Lucila se echó a llorar. Lo cual debió de conmover al paraguas.

—¡No te pongas así! ¡Si quieres me sacas ahora a la era, me abres y me dejas mojar, que contra tí yo no tengo nada! ¡Pareces compasiva! ¡Si te perfumaras como la señora del médico de Santiago!

Lucila le tuvo miedo al paraguas, el cual se había bajado de la percha, y se movió alrededor de ella, rozándose contra su cuerpo.

—¡Estate quieto, que viene ahí mi marido! —le dijo al paraguas.

El cual se volvió para la percha. Al día siguiente se lo devolvieron a la señora Andrea.

—Dice que no se abre ni se moja, que no está pagado —dijo Lucila.

—*Non lle fagas caso!* —comentó la señora Andrea do Carrizo— *Ten esa teima!*

Y colgó el paraguas en el perchero, junto al paraguas viejo, sin darle la menor importancia al asunto.

VITORIO LENCE

COMO regresó de Cuba con un panamá, reloj con cadena de oro, anteojos para leer el periódico y hablando castellano, comenzaron a darle el don, don Vitorio Lence. Tendría sus cuarenta y cinco años, más de mediana estatura, el pelo arrubiado y rizo, y era muy amable conversador. Empezó a dar consejos a los vecinos enfermos, los cuales sanaban si atendían a sus instrucciones. Don Vitorio Lence aseguraba que en Santiago de Cuba había aprendido ciencia médica con un sabio negro.

—Aquí levantan la paletilla —decía—, pero en Cuba levantaban el aliento.

Don Vitorio Lence levantaba el aliento a sus vecinos enfermos, y también acertaba con las vacas y los cerdos. No cobraba nada, acudía siempre que lo llamaban, y era muy apreciado. Un día lo llamaron para que viese al sacristán de Pol, que tenía un cólico. Don Vitorio Lence le tomó el pulso y le dijo:

—Estás mal, pero yo puedo curarte, que tengo fuerza medicinal para ello, pero para pasártela, tengo que ponerme desnudo y tú también.

Don Vitorio Lence se desnudó y se puso a los pies de la cama del sacristán, haciendo con las manos pases en el aire. Terminada la sesión, recetó una infusión de flor de tojo. Al sacristán le pasó el cólico, y nunca más volvió a tener otro. El caso fue muy comentado. Hubo muchos enfermos a los que don Vitorio Lence curó desnudándose ante ellos para que de su cuerpo saliesen con facilidad las virtudes curativas. Muy respetuoso, antes de desnudarse pedía a las señoras que cerrasen los ojos. A veces explicaba que si hubiese la instalación adecuada, que podía probar que tenía en su cuerpo corriente eléctrica suficiente para encender una bombilla de cuarenta.

Una tarde de invierno lo llamaron para que fuese al pazo de Meza, que la más joven de las señoritas estaba muy mal. Un médico había dicho que era cosa de estómago y otro que tenía mal el hígado. El caso es que estaba muy mal. Era la más joven de las tres hermanas solteronas, y aún estaba de buen ver. Pasaba el día bordando, cuidando las flores y tocaba algo el piano. Don Vitorio Lence aseguró que aquel era precisamente uno de los casos en los que no tenía más remedio que desnudarse. Las tres hermanas celebraron sesión en el comedor de la casa, y decidieron que lo más importante en esta vida es la salud y que un desnudo de hombre tomado como medicina, que no suponía deshonestidad. ¡Si vivieran sus padres y lo vieran! Pero los tiempos cambiaban y las ciencias adelantaban. Don Vitorio Lence se desnudó a los pies de la cama de la señorita Delia, hizo los pases de rigor, le frotó los pies, y finalmente, dándole un beso en uno de ellos, le dijo:

—¡Ya está usted curada!

Lo que estaba era mejorada, pero de vez en cuando le venían los dolores y unos sofocos, y había que llamar de nuevo a don Vitorio Lence. Un día don Vitorio les dijo a las hermanas:

—Para una curación completa, no hay más solución que el cuerpo a cuerpo. Y como se trata de una señorita muy decente, no tengo inconveniente en sacrificarme y pasar al matrimonio.

Y como la salud es lo más importante de esta vida, doña Delia se casó con don Vitorio, y con el matrimonio curó del todo. Por pedido de su mujer, don Vitorio se retiró de la medicina de señoras, y últimamente se dedicaba al ganado lo que no le obligaba a desnudarse.

PEDRO DE ANDEIRO

DESDE los dieciocho años gastaba sombrero. Lo había comprado en La Coruña, cuando fue a despedir a un hermano que embarcaba para La Habana, y aquel sombrero gris perla le duró una docena de años; cuando ya estaba descolorido y la badana medio podre, se compró otro, más oscuro que el anterior. El viejo lo llevó algunos días yendo a pescar al río Mandeo o a segar la hierba en el prado, y luego lo tiró. Mejor dicho, lo dejó colgado de una rama de una abidueira, a orillas del río. Pasaron cuatro o cinco años. Estaba Pedro de Andeiro afilando la *fouzaña* con la piedra, cuando vio moverse algo por entre la hierba del prado. Era su sombrero.

—¿Quién va ahí? —preguntó el de Andeiro.

—¡Servidor! —le contestó el usuario del sombrero.

Era un zorro viejo y desdentado, la piel amarillenta, quien llevaba puesto su sombrero viejo, muy metido en la cabeza, y lo había desgarrado en la copa para que pudiesen salir al aire las dos orejas puntiagudas.

—Si no te molesta, podemos hablar algo —dijo el zorro al de Andeiro.

Este se sentó en un chanto, lió un cigarro, lo encendió, echó dos grandes bocanadas de humo, y le dijo al zorro que hablase lo que quisiese.

—Voy viejo, amigo Andeiro, y todo me sienta mal, el sol y las humedades, y hasta la carne de gallina. Siempre te veía pasar con tu sombrero puesto, y me decía si no tendría yo algún día la suerte de usar uno. En la raposería estamos muy atrasados. Tenemos buena piel, y un pelo muy decente, pero algo de ropa no nos vendría mal. El día que dejaste el sombrero en la rama de la abidueira cerca del río, me hiciste un gran favor.

—¡Pues que lo use usted muchos años! —le dijo el de Andeiro al zorro.

—¡Y tú que lo veas! —repuso este muy educado— ¡Y aún podías hacer algo más por mí!

—Usted dirá, don...

—Llámame Bieito. Podías, cuando vienes al prado, si no te es mucha molestia, traerme una taza de leche de tu cabra. Yo puedo pagarte llevándote en el monte a donde hay un conejo, como si fuese tu perro de caza. Los conejos saben que voy viejo y no los alcanzo, y no me escapan. También saben que se me indigesta su carne. ¡Otra cosa que no tenemos los raposos es cocina, carnes guisadas y leche frita! Una vez comí leche frita en casa del cura de Sigrás. El ama puso la fuente con ella en la ventana de la cocina, y yo que estaba velando la entrada del gallinero, viendo que no había nadie en la cocina, me comí media fuente. ¡Mira si te conviene el trato!

Pedro de Andeiro convino con el raposo Bieito, le llevaba leche de cabra tres veces a la semana, y aun a veces arroz con leche, y si iba a una romería y compraba roscas, pues le llevaba a Bieito roscas del santo. Y por si fuera poco le regaló un segundo sombrero, porque había comprado un tercero. Pero se lo regaló ya preparado, con un barbuquejo para que no se le cayese al correr, y además con dos buenos agujeros para las orejas.

—¡Eres un buen cristiano! —le dijo Bieito al de Andeiro.

Este sonrió y ofreció un pitillo al raposo, pero este dijo que no fumaba. Aquel invierno apareció muerto cerca de la iglesia con el sombrero puesto.

FUCO DE PEDROSA

A primeros de septiembre Fuco de Pedrosa se quedaba solo en su casa, cuidando por una anciana parienta, que la mujer bajaba a las Mariñas de Lugo, al mar de Foz, como *canóniga*, es decir, como bañista. A estas señoras aldeanas, que van los días setembrinos a baños, en La Coruña les llaman *catalinas*. Yo iba de paseo hasta su casa y siempre llevaba conmigo un libro. Fuco me pedía que leyese algo, lo que yo hacía complacido, sentados ambos a la sombra de la higuera miguelina, en la que ya comienzan a madurar los pequeños higos. Fuco era pequeño, fuerte, los ojos negros, y cuidaba mucho un bigote entrecano que tenía. Se lo había dejado en Buenos Aires cuando allá andaba de amores con una asturiana. Esta, llamada Covadonga, heredó de un tío suyo dinero contante, y al salir de la Chacarita de darle nicho al finado, se llevó aparte a Fuco y le dijo que antes de un mes que ya sabía que había que celebrar matrimonio. Fuco le tuvo miedo a la asturiana, al verle de repente tan exigente, tan mandona, y encima celosa. Fuco dejó el trabajo que tenía y se escondió en casa de un paisano. La asturiana lo buscó por todas partes, y al no dar con él se embarcó para Gijón. Poco después Fuco conoció a una de Monforte, llamada Benita, muy suave y calma, muy dulce, muy blanca, muy cariñosa, y casó con ella. Antes de casarse le dijo que el bigote se lo había dejado por la asturiana, pero que si quería ella que se lo afeitaba. Benita se echó a reír como solía, y dijo que Fuco le gustaba con bigote.

Lo que le gustaba a Benita era que Fuco le contase de las exigencias de la asturiana, y Fuco le contaba, exagerando:

Un día, cuando ya Fuco y Benita vivían en la casa paterna, en Galicia, llevaba yo en mi paseo un libro con historias árabes, y le leí la de Hind, hija de Utba, casada con un hombre

rico que tenía una fonda para las caravanas. Un hombre entró en la fonda, vio a Hind dormida sobre una alfombra, y se fue sin despertarla. Pero el marido, que vio salir al forastero, tuvo celos, y repudió a la mujer, la cual negaba haber visto entrar a hombre alguno. Hind y su padre fueron a ver a un adivino famoso, y también fueron el marido y gentes de su tribu. El adivino le puso a Hind la mano derecha sobre la cabeza y dijo:

—¡No eres culpable de adulterio! Un día darás a luz un príncipe que se llamará Muavija.

El marido se le acercó y quiso cogerla de la mano, pero Hind le rechazó, diciendo que era su deseo tener ese hijo de otro hombre. Y lo tuvo, y el tal Muavija llegó a ser califa de los creyentes de Bagdad.

—¡Vaya! —me decía a mí Fuco—. Ahora ya puede usted ver la diferencia entre mi Benita y la asturiana Covadonga. Mi Benita, llegando el caso, me cogería de la mano, y lo pasado, pasado. La asturiana, en cambio, haría como esa Hind de su historia, e iría a tener con otro el rey Pelayo, por ejemplo. ¡Claro que el capital era suyo, en moneda nacional!

Me convidaba Fuco a leche cuajada, y los dos esperábamos que regresase morena de Foz la tranquila, cariñosa, reidora Benita.

MARÍA, A PENEIREIRA

LE llamaban a Peneireira porque estuviera casada con José o Peneireiro, un artesano muy hábil en hacer peneiras, cedazos y borteles de diversos tamaños, los mejores que se pudieran comprar en cualquier feria de la Galicia interior. El propio señor José o Peneireiro se alababa, diciendo que sus piezas eran mejores todavía que las del Peneireiro Compostelano, que nunca logré saber quien pudo haber sido tan excelente fabricante de cedazos. Muerto el marido, María se dedicó a hacer asientos de rejilla para las sillas, para lo que se daba mucha maña. Era muy curiosa de vidas ajenas, y se hizo medio Celestina, contándose varias historias de su intervención en ciertos amoríos, que dieron mucho que hablar. Andaba todas las casas de la villa, y se la temía, porque se la sospechaba sabedora de muchos secretos. Cuando yo la conocí andaba por los setenta, y era una mujer encorvada, con el pelo blanco, la piel todo arrugas, pero los ojos negros muy despiertos, y siempre en la boca una sonrisa. Por entonces, una vecina suya me contó que fuera a casa de la Peneireira a llevarle el asiento de una silla para que le pusiese rejilla nueva, y que ambas se pusieron cuentos. La visitante de pronto, se acordó de que había quedado citada a las seis con su marido en una tienda para comprarle un pantalón. La Peneireira se levantó, fue hacia la cómoda, abrió un cajón y sacó un espejo de mano, echó el aliento en él, y miró. Y dijo:

—Llegas a tiempo, que tu marido aún está en la revancha de la partida de dominó.

Y volvió a guardar el espejo, sin dar ninguna explicación sobre el asunto. Y por este caso, y por otros, se supo en la villa que la Peneireira tenía un espejo en el que podía ver lo que hacían las gentes, y no sólo en la calle, sino encerradas en lo

más recóndito de sus casas. En seguida fueron solicitados sus servicios, y los más por mujeres celosas que querían saber los apaños que tenían sus hombres. Uno que trató mucho a la Peneireira me contaba que esta hacía trampa, no diciendo de la misa la media de lo que veía en su espejo. Eso sí, iba a ver al marido de una de las mujeres clientes suyas, y le decía lo que había visto en el espejo a petición de su mujer, y cómo lo callara, y que le debía cinco duros. Por si acaso, el marido pagaba, considerando que merecía la pena el estar a bien con aquella adivina. Otras veces, la Peneireira decía que lo que estaba pasando sucedía un poco lejos, y sólo veía sombras en la niebla. Presumía de no meter guerra en las familias, aunque, eso sí, cobraba la paz. Un sábado a mediodía apareció la Peneireira en la funeraria de la villa a encargar un ataúd para ella, y lo quería muy lujoso y con asas, y forrado, que quería estar cómoda en él, según dijo. Y que se lo tuvieran listo para el lunes siguiente, a las once de la mañana, pago anticipado. Y contó que el espejo le había anunciado su muerte para tal día y tal hora, y que en el velatorio tuvieran cuidado del velón que encendían a los pies. Murió la Peneireira a su hora, y en el velatorio no había manera de encender el velón que estaba a los pies de la difunta: el pábilo chisporroteaba, pero no prendía, y trajeron otro velón.

No se encontró el famoso espejo en la casa, y la Peneireira dejó tal recuerdo en la villa, que todavía hoy, cuando alguien cuenta una cosa que estaba secreta, siempre hay alguien que comenta:

—*Seica cho dixo o espello da Peneireira!*

LA ZUECA DE ORO

EN donde llaman Prados, en Duarriá, al pie mismo del castro, y en la carretera de Lugo, estaba la casa de Manuel Cardide, zoqueiro de profesión y solador de zuecos, y también carpintero de ocasión. Era un tipo pequeño y flaco, ceji-junto, la nariz acaballada, y pocos son los que podían decir que lo habían visto sonreír. Cada tres o cuatro semanas, una tarde cualquiera le entraba la ventolera y se iba a la taberna, se sentaba en un rincón, y pedía jarra tras jarra de vino hasta que se embeodaba. Entonces el tabernero avisaba a la mujer y a la hija, las cuales venían con el carro tirado por la vaca, subían en él a Manuel Cardide, envuelto en unas mantas, y se lo llevaban a casa. Manuel dormía aquella noche en el carro, sudaba la borrachera, y a la mañana siguiente se ponía de nuevo al trabajo, y ni la familia ni él se referían para nada a lo que había sucedido la tarde anterior. Sólo una vez, en que estuvo a punto de emborracharse en Lugo, a donde había ido a la feria de San Froilán, comentó con la mujer:

—¡Si por un casual me emborracho en Lugo, hay que ir a buscarme allá con el carro, como de costumbre!

La mujer se lo prometió, pero no se dio el caso.

Una tarde de octubre estaba Manuel zoqueando, poniendo a punto un par de zuecas chinelas en madera de álamo, cuando entró una señora en el cobertizo donde zoqueaba. Traía un velo sobre la cabeza rubia, y se cubría con un manto negro. Asombraba por lo pálida. Dio las tardes muy cortés y le dijo al señor Manuel que quería la zueca aquella del pie derecho que estaba puliendo.

—¡Sólo vendo por pares y de encargo! —dijo el zoqueiro.

La señora repuso que ella pagaba lo que fuera, que solamente quería la zueca del pie derecho, y precisamente aque-

lla, y que la del pie izquierdo, que la tirase, si quería, o que le añadiese otra para hacer un par. A la señora parecían saltársele las lágrimas, y hallarse en verdadera necesidad de la zueca. El señor Manuel se rascó la frente:

—¡Si tanto necesita esta zueca, llévesela, y gratis! Espere que se la envuelvo en *El Progreso* de Lugo.

—¡No, que ahora me la calzo! —dijo la señora.

Y en su pie derecho, blanquísimo y muy fino, se calzó la zueca de álamo, que al instante se convirtió en una zueca de oro. El señor Manuel estaba sin vino, y juraba que había visto a la zueca convertirse en oro de dieciocho quilates.

—*Seica lle viches o contraste!* —le decía el señor cura, consultado en el caso.

—¡Oro fino! —comentaba el señor Manuel.

Y la señora se marchó, y era coja, faltándole una pierna, que no se le veía bajo las faldas, y por ello solamente necesitaba una zueca. No llevaba muleta, ni andaba a saltos. Era una cojera muy especial. Y se marchó hacia el castro, dejando al señor Manuel estupefacto.

A veces, en los mediodías dorados de septiembre, hay quien ve brillar una cosa entre las rocas de la corona del castro. Hay quien llega a distinguir que es una cosa en forma de zueca chinela. Que es la famosa zueca de oro. Pero, es mucho distinguir desde allá abajo, desde las veigas de Prado donde engordan las mazorcas de maíz.

LOS LOURENZO DE LOUSADA

ALGO pasaba con aquella familia de los Lourenzo de Lousada, y aun con los otros vecinos del lugar: cada vez eran más cortos de talla. El abuelo dio la de quintas, pero el padre ya se libró, que no llegó al metro y medio, y ahora los hijos de este ya aparecían enanos de vez: anchos, eso sí, y barrigudos pero a los quince años, sobre el metro de estatura. Los otros vecinos eran algo más altos que los Lourenzo, pero poco más. Los más, también librarían del servicio por cortos de talla. El abuelo veía aquella descendencia de los Lourenzo tan reducida de tamaño y se dolía.

—*Vádesvos ter que ganar a vida coma nanos!*—le decía a los nietos.

Pero eso no le gustaba. Un día reunió a la familia y les explicó el proyecto que venía meditando desde hacía largo tiempo.

—Lousada —explicó—, es una tierra muy buena, y las veigas del fondo, en la bajada del río, son de las mejores de la provincia. Ya veis lo que pasa con las patatas. Traemos simiente de la montaña, que son tierras duras y pobres, sembramos aquí en la valiña, y cogemos unas patatas hermosas. Si hiciéramos lo contrario, si llevásemos simiente de patata del valle a la montaña, la cosecha sería mala, ya que nuestras patatas iban de estas tierras viciosas a las tierras abesías, de allá arriba. Pues lo mismo que pasa con las patatas, pasa con la familia de los Lourenzo, cuyos somos, dispensando. Así, pues, hay que renovar la simiente, y tú, Francisco —dijo dirigiéndose al nieto mayor—, nada de amores con la hija del Vilán, que es de tu talla. Yo la quiero bien, que es muy reidora y trabajadora, y me gusta escucharla cantar cuando viene del prado, pero tienes que buscar novia entre las más altas

de Fornelos, que ya buscaremos en la feria del 23 la que más te convenga.

El nieto Francisco se resistía, porque le gustaba Autiña del Vilán, que le había bordado un pañuelo y era en verdad muy graciosa y pensaba hacerse peluquera de señoras. Pero el abuelo de los Lourenzo se puso serio, amenazó con desheredar, con vender tierras y marcharse a La Coruña donde tenía una sobrina, y al fin Francisco aceptó buscar novia en Fornelos, o permitir que se la buscasen, para comprobar si en humanos era cierta la teoría que acerca de las patatas sostenía el abuelo. A este, en la feria del 23, le gustó mucho una que se llamaba Cristina, alta, blanca, con mucha pechuga, piernas gordas y pie grande, muy seria, y lo que tenía de hermoso eran los ojos verdes. Era de familia conocida, y tenía muchos hermanos y primos. La fecundidad parecía asegurada. Volvieron a verse en otra feria del 23, comieron pulpo juntas ambas familias, y Francisco dio un paseo a solas con la Cristina por detrás de los toldos. Me dijo uno de Rocés, que pasó cerca de ellos, que la Cristina tenía al Francisco en brazos, como quien le da un colo a un bebé. Habladurías, y quizás envidia de una moza tan hecha como aquella Cristina. Hubo boda, y vinieron hijos, que probaron, con su talla, lo acertado de la tesis del abuelo. A los diez años, los dos mayores ya le pasaban unos dedos al padre, y el tercero iba para gigante si seguía así. El abuelo le llamaba Sansón.

El abuelo se murió feliz viendo el excelente resultado que había imaginado, y la buena simiente que había traído de la montaña al valle. Debe haber una ley que lo rijá todo desde las patatas a los humanos.

OTILIA PAREDES

OTILIA Paredes, era una sabia de la aldea de San Mamede de Beiras, eficaz «arresponsadora», muy sabia en todo lo que toca al mal de ojo, y llamada para que opinase, cuando un vecino estaba enfermo, si la dolencia que tenía era de médico o no. Vendía *allos machos*, y *pelos santos*, que se los facilitaba un peluquero de Santiago de Compostela, tonsurador del clero. Metía los *pelos santos* en bolsitas de tela, en las que bordaba una cruz. También se decía que veía las ánimas aun antes de que abandonasen los cuerpos que habitaban en este mundo terrenal. Un día vino a visitarla un hombre de una aldea vecina.

—Pues, señora Otilia, en el cruce de Sandiás, cuando volvía de la feria de Boimorto, me salió una sombra.

—¿Por la derecha o por la izquierda?

—Por la derecha. Sentí un soplo frío en la cara, y luego se me puso delante. Era como niebla, muy blanca. Me sangüé, pero como si nada. No se movió de donde estaba. Entonces le pregunté si era hombre o mujer, y si le debía algo. En aquel momento llegó con los faros encendidos el coche de Damián, el de los cerdos, y la sombra se fue. Pero desde aquella noche, me pasan cosas. Llaman a la puerta de mi casa, salgo a abrir y no veo a nadie, y me voy a meter en la cama, y la encuentro abierta y deshecha, como si alguien hubiera dormido en ella.

Según la sabia, lo que pasaba era que, en un momento de su vida, el consultante había dejado de cumplir una promesa grave, y ahora venían a reclamarle. El consultante juró que no debía ni una peseta a nadie, que nunca había tenido un pleito, y que siempre había sido puntual en sus obligaciones. Salvo, quizás, una vez... Meneó la cabeza, sorprendido de que no se le hubiera ocurrido antes ello.

—Fue en Vicálvaro, haciendo el servicio militar. Dejé embarazada a la sobrina de un sargento de Pavía, pero me licenciaron a tiempo, y aunque ella me escribió y vino a verme a Órdenes un capellán castrense, yo hice aquí mi vida.

La sabia fue al cruce de Sandiás y convocó a la sombra, metiéndose antes en un círculo santiguado. La sombra apareció, larga y blanca.

—¿Preguntas por Secundino Folgoso García?

Y la sombra, confesada en forma, confesó que no preguntaba por Secundino Folgoso propiamente, sino por un sobrino suyo, que no sabía donde paraba y que igual que había hecho su tío con la de Vicálvaro, la había dejado a ella embarazada en Segovia. Maña que se daban estos Folgoso con las castellanas, lo que no es tan fácil. El Folgoso, tranquilizado, le dio a la sabia la dirección de su sobrino, que estaba trabajando en Alemania de electricista, y la sabia le pasó la dirección a la sombra, que no volvió a aparecer por allí. Pero el Secundino Folgoso tío, que había quedado viudo y sin hijos de una del país, comenzó a pensar en la de Vicálvaro y en el fruto de aquellos amores, y un buen día, en septiembre, después de recoger las patatas y antes del vareo de las castañas, se fue a Madrid, donde tenía un primo panadero. Buscaron al sargento, que ya era teniente retirado, y dieron con la sobrina, que era pantalonera en un taller de confección, y aún estaba de buen ver. El hijo iba por los dieciocho años, estaba empleado en un restaurante y tocaba el clarinete. Hubo lágrimas y perdones, y Fulgencio volvió casado y con hijo a la aldea. Folgoso le dio dinero al hijo para que, con otros amigos músicos, montase una orquesta.

—La primera serenata —le dijo al hijo—, hay que dársela a la señora Otilia Paredes.

Asistió toda la aldea, y la sabia convidó con una botella de anís.

EL MURIGANTE Y EL VELAGUJAS

EL Murigante, uno de los animales de la fauna mágica gallega, no ha sido visto modernamente. En algunas aldeas de la montaña gallega, donde hace cien años era visto todos los días, especialmente en invierno, acercándose al fuego en las cocinas, ya ni saben su nombre. Porque el murigante siempre tiene frío, y por su afición a acercarse al fuego, en algunas partes se les llama murigantes a los frioleros.

El murigante es una especie de murciélago, de ratón con alas; pero no sabe volar. Sólo utiliza las alas como paracaídas, cuando se tira desde lo alto de la chimenea o de una alacena, o de la rama de un árbol a la que subió un mediodía de agosto a tomar el sol. También utiliza las alas para abinar el fuego en la lareira. Es muy curioso de cuentos, y está muy atento a los que cuentan en las noches en la cocina, escondido en un rincón. Y se sabe que está allí, atendiendo, porque si el cuento le gusta, al terminar de contarlo el narrador, golpea con las tapas de las tarteras, silba, y baja a atizar el fuego. Es entonces cuando se le ve. Entonces, y en verano, en los días de la canícula, en los que sale al campo a espiojarse. Se sube a la rama de un árbol, o se tumba en la hierba; pero para que haga esto último es necesario que sea un día de verdadero calor, de los que caen pocos en las canículas gallegas.

El murigante tiene color negro muy lucido, es gran bebedor de leche cuajada, y en primavera teje telas, como las arañas, y come las moscas que caen en ellas. Aseguran que su mirada es muy humana y anda a brincos. Algunos contaban que lo habían escuchado hablar, y que si había muerto en la casa, se le escuchaba llorar, despidiendo al difunto.

Lo mismo si era persona de la familia, que si era una vaca, un cerdo o un perro. De si hablaba o no, se cuenta que una

vez se apagó el fuego en la lareira de la cocina en la que moraba. Entró el dueño de la casa, e hizo fuego nuevo. El murigante salió de su escondite, y le dijo al hombre:

—¡No hay oro en todo el mundo que pague el saber hacer fuego!

Se lo dijo en gallego: —*Non hai ouro no mundo que pague o saber facer lume!* —, que es el idioma que habla.

El velagujas es un trasno pequeño, que está sin trabajo desde que fue inventado el acerico para sastres y modistas. El velagujas estaba al servicio de la gente de aguja, y buscaba, para restituirlas a la mano del dueño, las agujas perdidas en el suelo, o en las telas. Por sus servicios no cobraba nada, pero se dice que algunos sastres lo trataron y le hicieron monteras, y algunas costureras camisas. Por San Juan desaparecía y no regresaba hasta el otoño. Dicen que desapareció de nuestro país cuando llegaron las primeras máquinas de coser. Un sastre de Lugo, que tenía muy perfecto el corte del entalle de las levitas de los aristócratas, compró una. Un velagujas que andaba por allí, hizo aguas menores por la máquina. En el Brasil hay trasnos muy semejantes al velagujas que deben ser parientes emigrados del nuestro, que habrán ido a Río o Bahía entre la ropa de uno de Pontecaldelas.

EL *MOURO* DE PENA AMIGA

EL primero a quien se le apareció fue al señor Marcelino de Pousadas. El señor Marcelino iba a un pastizal que llamaban do Outeiro con las cinco ovejas y la cabra, y llevaba en el bolsillo de la chaqueta una baraja. Cuando le apetecía, la sacaba, barajaba, y se ponía a hacer solitarios. Sabía tres, que los había aprendido de vérselos hacer al señor cura de Moncide cuando, de niño, fue su monaguillo. Pocas veces le salían. Una tarde soleada, estando con el más difícil de los solitarios, una voz dijo a sus espaldas:

—¡Qué bien te venía el cuatro de copas!

El señor Marcelino se volvió para ver quien hablaba, y se encontró con el *mouro* de Pena Amiga. Desde aquel día, el *mouro* solía acercarse al señor Marcelino y le ayudaba a hacer los solitarios. Además de hacer solitarios, hablaban de cómo iba el mundo. Un día el señor Marcelino se quejó al *mouro* de que se le había estropeado el reloj de bolsillo, un Carpentier de Ginebra, al que se le daba cuerda levantándole la tapa trasera, y los dos relojeros que lo habían examinado le dijeron que ya no tenía arreglo, por viejo, y que comprase otro.

—¡Sin reloj parece que me falta el sentido de la vida! — dijo el señor Marcelino.

El *mouro* se rascó la pernera. Era un pequeñajo gordo, con un bigotito, muy colorado de mejillas y con una verruga en la punta misma de la nariz, los ojos pequeños y muy azules.

—Voy a soñar —le dijo al señor Marcelino—, donde hay un reloj perdido que puedas ir tú allá y encontrarlo.

El *mouro* debió de andar muy ocupado, porque tardó varias semanas en presentarse ante el señor Marcelino. Lloviznaba y estaba este con el paraguas abierto pensando si volver para casa con la hacienda que pacía en el Outeiro, cuando apare-

ció el *mouro*, el cual para protegerse de la lluvia traía la chaqueta roja cubriéndole la cabeza.

—¡Ya di con el reloj, amigo Marcelino! ¡Hay años en los que no se pierde reloj alguno en este país! Pero es un reloj muy bueno, con tres tapas de plata, y muy puntual. Lo perdió un abogado de Arzúa cuando fue a una vista en un monte. Por mucho que todos los presentes buscaron el reloj, no lo encontraron, que yo pasé una mano de sombra por donde estaba caído, en unos helechos, y nadie lo vio. Puedes usarlo con confianza, que no es producto de robo. El abogado perdió el reloj y todo lo que yo hice fue evitar que lo encontrara.

El señor Marcelino fue a donde le dijo el *mouro* que estaba el reloj, y lo encontró en seguida. Con el reloj nuevo, el señor Marcelino parecía más contento, y no se cansaba de apretar en la cebolla abriendo la tapa para ver qué hora era. Pasados días, el señor Marcelino se dio cuenta de que el reloj tenía tendencia ya a adelantar, ya a atrasar. Era un reloj muy poco puntual. Se lo dijo al *mouro*.

—Te estoy muy agradecido por el reloj, pero es un reloj poco puntual.

—Es que es un reloj de abogado —le contestó el *mouro*—. Adelanta o atrasa según le convenga al abogado para las pruebas de la justicia. Pero es el único reloj que se perdió en Galicia este verano. Tú procura cogerle el tranquilo y guíate por el sol, que lo de sacar reloj para ver la hora, no deja de ser una fantasía moderna.

El *mouro* le dio una palmada en la espalda al señor Marcelino.

—Lo decente en el hombre es andar por el sol.

MARCELINO PARDO

DE niño, a los cuatro o cinco años de su edad, a Marcelino solía visitarlo ese animal de la fauna mágica gallega que se llama gatipetro. Y con las visitas del gatipetro, Marcelino Pardo se meó en la cama hasta que tuvo casi doce años cumplidos. El gatipetro es como un gato gordo, que no tuviese patas de atrás, y en medio de la cabeza tiene un pequeño cuerno. El gatipetro se arrastra hacia la habitación donde duerme un niño, y comienza a echar agua por el cuerno, que gotea en el suelo. El niño, en sueños, escucha el ruido del goteo, que parece invitarlo a orinar, y de hecho casi le obliga a ello. Eso, repito, le pasaba a Marcelino Pardo. El padre le pegaba, la madre desesperaba, los hermanos se burlaban de él, y lo mismo los compañeros de escuela a los que había llegado la noticia de las humedades nocturnas de Marcelino. Un médico de Betanzos les dijo a los padres que aquello era enfermedad, y recetó unas pastillas que no surtieron efecto. Marcelino tomó agua de ortigas, entre otros remedios considerados eficacísimos, y le pusieron sobre el riñón cataplasmas de huevo y tila. Nada sirvió de nada. Hasta que un curandero de cerca de Pontedeume indicó que quizás se tratase del gatipetro.

—Ahora —dijo el menciñeiro—, no acostumbra a andar por el país. La verdad es que desde la epidemia de gripe del año 18 apenas ha sido visto, y aunque haya habido mortandad entre ellos alguno debe haber quedado en algún lugar acasurado.

El curandero explicó como era el gatipetro, y como para andar, se apoyaba, además de en las dos patas delanteras, en la lengua, que la tenía enorme, como de vaca, pero muy colorada y con dos puntas. Para echarlo de la casa en la cual

moraba —y sin duda había un gatipetro en la casa de Marcelino Pardo—, bastaba con sembrar de sal gorda la entrada a la habitación donde dormía Marcelino. El gatipetro no aguanta el amargor de la sal, y viendo además que ha sido descubierto, se va con la música, con la música del goteo del cuerno, a otra parte.

Ya con este diagnóstico, los padres de Marcelino extendieron sal por el pasillo de la casa, y por la habitación hasta la cama donde dormía el rapaz. Y fue un éxito. Aquella misma noche, por vez primera desde que tenía cuatro años, Marcelino no se orinó en la cama. Y no volvió a hacerlo nunca más. Cuando llegó la de ir al servicio militar, que le había tocado Caballería de Farnesio, en Valladolid, por si había gatipetro por las Castillas, en la maleta llevaba cuatro kilos de sal fina para, llegado el caso, echar disimuladamente alrededor de su catre.

Pero, en Valladolid no había gatipetro, o estaba ocupado con el niño de un sargento o de un cabo furriel.

Con los años, Marcelino llegaba a creer que había visto el gatipetro, y cada vez, en las descripciones que hacía a los hijos y a los nietos, el animal era más grande, su lengua de casi una vara de ancho, y el cuerno daba agua como una buena fuente en el mes de marzo, que es cuando suelen abrir las fuentes, tras el lluvioso invierno.

BUSTELO DO CAÍNZO

XOSÉ Bustelo Parada, conocido por Bustelo do Caínzo, quiso saber lo que había sido de un sobrino que doce años antes emigrara para la Argentina. Bustelo le había adelantado el dinero para el pasaje. El sobrino no daba señales de vida, no devolvía los cuartos con los intereses legales, y nadie del país lo había visto en Buenos Aires. Parecía que a Antonio Bustelo se lo había tragado la tierra. Su única hermana, Priscila, le dijo a su tío Bustelo do Caínzo que en La Coruña había una mujer conocida por la Vilanova, que por setenta y cinco pesetas, daba por el naípe francés las señas de los ausentes. A Bustelo do Caínzo le parecía algo caro, máxime si luego resultaba que su sobrino estaba de vago en Buenos Aires, o no tenía un peso, y no iba a devolverle el dinero del pasaje. Pero la hermana del emigrado soñaba que este pasaba hambre y frío en Buenos Aires, y que le robaban los zapatos, y llovía, y el pobre se perdía en el camino de regreso a su casa de Berezal, que en el sueño de la hermana había un camino desde Buenos Aires a la aldea gallega pasando por una fraga en todo semejante a la de Valeiras.

—¿No habrá otra más barata que esa Vilanova de La Coruña? —le preguntaba Bustelo a su sobrina Priscila.

Priscila quedó en enterarse. Había otra mujer en Ferrol, que se llamaba doña Pura, y era viuda de la Marina de Guerra, pero parece ser que solamente daba las señas de los difuntos, y hubo quien le avisó a Priscila de que cuidado con doña Pura, que echando las cartas por uno que estaba en Río de Janeiro, si andaba sano o enfermo, por hacer tanta búsqueda de él le mandó sus soplos, y el buscado, que estaba en sus cabales de cuerpo y alma, enfermó, y se puso a la muerte, y cuando regresó a la aldea sin un cruceiro, dijo que había visto a una

naipeira en sueños, y la pintó tal como era la doña Pura del Ferrol. Buscar en una persona por las cartas, si está sana o enferma, puede meterle de verdad en el cuerpo la enfermedad que se sospecha le tiene tumbado. En fin, Bustelo do Caínzo y su sobrina Priscila juntaron las pesetas necesarias, y fueron a La Coruña a ver a la llamada Vilanova. Esta era una mujer muy gruesa, que se abanicaba constantemente, porque se sofocaba, decía. Puso una taza de agua encima de la mesa camilla, le echó un puñado de sal, y les dijo a los consultantes que aquello figuraba el mar. Luego, poniendo cartas alrededor, hasta que salió la sota de copas. Miró para Priscila y le dijo:

—¡Tu hermano Antonio se te parece mucho en la boca!

—¡Todos somos algo dentones en mi familia! —comentó Priscila.

Y tras la sota vinieron unos oros atravesados con unos bastos.

—Tu hermano está sano y salvo, sigue soltero, y por lo que dice este tres de bastos que cierra el campo, todavía no piensa en volver, aunque se acuerda mucho de vosotros. Ahora viene delantero el caballo de oros. Esto quiere decir que hay giro. ¡Podéis marcharos tranquilos!

—¡Naípe infalible! —me comentaba Bustelo do Caínzo—. Siete días después de la consulta, apareció en casa de Priscila uno de Moirás, que regresaba de Buenos Aires, con noticias de Antonio, que estaba de mozo con uno de Padrón, que tenía almacén de comestibles, y mandaba los dineros debidos, y algunos pesos más y un bolso de piel de cocodrilo para la hermana.

—*Si non preguntamos por él, é hoxe o día en que aínda non contestaba!*

BENIGNO VELLO

BENIGNO Vello, porque era de los Vello de Soutelo, pero era un hombre sobre obra de cuarenta y cinco años cuando yo lo conocí, era el segundo del famoso *fogueteiro* de San Simón, señor Manolo Vides. Benigno había sido seminarista en Tuy, pero no le entraban los latines. Tuvo que dejar el seminario con harto sentimiento de su madre, que sólo soñaba con verle ordenado, y diciendo la primera misa en la iglesia de Santa Margarida de Soutelo, que está en lo alto de un castro con un gran tejo en el atrio. Del seminario de Tuy pasó a escribiente de un notario en una villa de la provincia de Pontevedra, pero tampoco daba mucho de sí, y además un día que fue con el notario a levantar un acta, conoció al señor Manuel Vides, el *fogueteiro* de San Simón, que estaba comprando mimbres para algunas de sus obras pirotécnicas. Precisamente el señor Manuel Vides necesitaba un ayudante en su taller, que uno que tenía hasta entonces, se había marchado a Venezuela, porque le habían dicho que allí alguien que supiera medianamente de bombas y ruedas, y especialmente bengalas de colores, que se hacía rico en un par de años. En Venezuela la pirotecnia estaba muy atrasada. Benigno Vello dejó al notario, y se marchó a San Simón con el *fogueteiro*. Aprendió en seguida los elementos del arte, y muy especialmente el cartucho de la bomba de palenque, que cebaba con el dedo gordo de la mano derecha. Nunca se había fijado, hasta entonces, que tenía en la mano derecha un pulgar más grueso y redondo que en la izquierda, y que entraba justo en el cartucho, apretando el explosivo. Esto le supuso un aumento de sueldo. Además era muy hábil en atar en las ruedas, y su curiosidad por el arte fue tanta, que el señor Manuel Vides tuvo un día que decirle que se limitase al trabajo ruti-

nario, y nada de experimentar con cloratos y azufres y detonantes chinos, que un día volaban por los aires con el taller y San Simón entero.

Es que a Benigno Vello se le había metido en la cabeza que, según había bengalas silbadoras, que podía haberlas habladoras. Es decir, una bengala que al estallar en el aire, dijese alguna cosa de mérito. Por ejemplo, en latín.

—Lo que yo quería —me confesaba Benigno Vello en el atrio de Penabad, terminando de montar una rueda de fuego que representaba el martirio de la patrona, santa Catalina—; lo que yo quería, era una bengala que gritase algo, o una rueda que llevase de presente una figura, que entre el estruendo de la petardería, dijese algo, que podía ser «*ei carballeira*», o «¡Viva el Celta!», o una frase en latín. Por ejemplo, la figura sería el canónigo Nabal, que fue mi profesor de latín en Tuy y dijo que el alumno más burro que había pasado por el seminario que era yo. Por ejemplo, el canónigo Nabal, entre chispas y truenos, diría por la boca: «*Ego sum asinus*», «Yo soy el burro». ¡Una venganza como otra cualquiera!

Pero el señor Manuel Vides redujo a sus justas proporciones la capacidad pirotécnica de Benigno Vello, quien siguió con su pulgar de la mano derecha cebando los cañutos de las bombas de palenque. Un año, estando el señor Manuel Vides con un gran catarro, fue Benigno Vello al Puente de Orense al frente de toda la sesión de fuegos artificiales, y a escondidas del maestro *fogueteiro* llevó una pieza que era un cura bailando con el ama, según él, pero nadie se dio cuenta del asunto, ni el significado de las vueltas y revueltas de aquellas dos figuras que se movían en lo alto de los palos. Pero regresó satisfecho a San Simón porque la Comisión de Fiestas del Puente lo felicitó:

—¡Muy bien —le dijo el presidente—, por esa batalla naval! ¡Hay que repetirla con más cañoneo en los próximos años!

Benigno Vello no se atrevió a decir que era la *muiñeira* del cura con el ama.

EL BOLIMARTE

ESTE animal de la fauna mágica gallega lo había inventado yo hace unos años, y recientemente un amigo mío me habló de él, preguntándome si lo había oído nombrar porque le habían contado del bolimarte. Yo me regocijé, porque a uno le gusta que las imaginaciones suyas pasen a la memoria popular, lo que es prueba de que ha acertado en algún punto de la fantasía propia nuestra, y que lo inventado corresponde, más o menos, a una realidad apetecida, o soñada. Pues bien, el bolimarte, mi bolimarte, era en imaginación algo así como una salamandra o un alacrán, pero se diferenciaba de ambos en que tenía en el medio y medio de la cabeza una cresta roja, como de gallo, de cinco puntas. Medirá el bolimarte algo así como media cuarta, y lo más de su cuerpo es rabo. Pone un huevo cada siete años, y precisamente en el nido del mochuelo, del moucho, que decimos los gallegos. Los huevos del moucho son blancos y el del bolimarte es negro, pero el moucho no se da cuenta. Cuando el bolimarte rompe la cáscara y sale fuera, lo primero que hace es comerse las crías del mochuelo.

El bolimarte se ve pocas veces, pero siempre se ve cuando va a haber eclipse de sol. El bolimarte le tiene miedo al fin del mundo, y con ocasión del eclipse, que sabe con días de anticipación que va a haberlo, busca la compañía del hombre. Para lograr que un hombre lo reciba en su casa, el bolimarte da cualquier cosa; es decir, da oro que escupe por la boca, o dice donde lo hay. Recibido en la casa, hay que alimentarlo bien: dos pollos y dos pichones por día. Alguna vez pide huevos con torreznos. Los pollos y los pichones no hay que guisarlos; basta con desplumarlos, y el bolimarte los come crudos. De todas formas, como paga en oro, sale barato

como huésped. Parece ser que desde que yo he inventado el bolimarte, se sabe de más de una familia gallega que se ha hecho rica dando de comer al bolimarte cuando tiene miedo. No hay que darle cama y nadie sabe donde duerme.

El bolimarte, expliqué yo, trae por encima del cuerpo una especie de camiseta, y entre la camiseta y el cuerpo, hilo de oro puro, que lo regala a quien le da cobijo y comida. Pero este hilo, desde que el bolimarte lo entrega al hombre, en una hora no hay que tocarlo, porque quema.

¡¿Y cómo dice el bolimarte que hay oro?!

Pues muy sencillo: salta a la ventana, tan pronto como pasó el eclipse, y escupe; lanza una salivaza fuerte, que parece que tuviese en la boca un tirabalas de estopa. Donde cae la saliva, brota una pequeña llama, y se ve algo de humo. Hay que ir allá, abrir un agujero, y en seguida, a menos de media vara, aparece el oro. Cuando el hombre regresa con el oro, ha de mostrárselo al bolimarte, el cual se impone en las patas traseras, y silba. Desde que yo lo inventé, que tenga noticia lo han visto en Pontedeume y en Santa Uxía de Ribeira. Si hubiera pronto un par de eclipses de sol, es seguro que sería visto en otros lugares de Galicia.

AURELIO Y LA GITANA

UN tal Aurelio, vecino de Boimorto, iba a primera hora de la tarde un día de diciembre a paso ligero camino de Mellid, donde había de tomar el autobús de Lugo a Santiago, cuando en el medio y medio del camino se le apareció una gitana. Está bien empleada la palabra aparición, porque la gitana se plantó ante Aurelio como brotada de la tierra. Y no era una gitana cualquiera, que vestía como las bailarinas de tablao, y recogía la punta de la falda con la mano derecha, no se la manchase en el lodo de la carretera. La gitana, además, era muy hermosa, y llevaba collares al cuello, y pulseras en las muñecas, de plata de ley. Se plantó, digo, la gitana delante de Aurelio, y le dijo con el acento que suelen las de su raza:

—¿Te la digo, resalao?

Aurelio le respondió con un «no», señora, que llevo mucha prisa, pero la gitana se le ponía delante y no le dejaba seguir camino.

—¡Por dos pesetas, te echo un baile, precioso!

Aurelio temía perder el autobús, y apartó, quizás con malos modos, a la gitana, y siguió su camino. La gitana le gritó:

—¡Toda esta desconsideración la vas a perder en quesos!

Aurelio llegó a tiempo de tomar el coche de la empresa Freire que había de llevarlos a Santiago. Dos días después regresó a su casa. Cuento como él contaba el suceso en Mellid, al boticario Taboada Roca, o en Arzúa, al juez Raimundo Aguiar, por citar sólo personas de respeto. Regresó Aurelio a su casa, y a la puerta lo estaba esperando, llorosa, su mujer, a la que acompañaban unas vecinas. Aurelio y su mujer hacían muy buenos quesos, que los mandaban por un tratante a Vigo, a la viuda de Melchor, quesera muy afamada. Quizás los mejo-

res tetillas que se comían en Vigo se vendían en la tienda de la viuda de Melchor, en la calle del Príncipe.

La causa de los lloros de su mujer era que teniendo preparados dieciocho quesos para mandar al día siguiente a la feria de Cuntis, entraron súbitamente en la cocina dos docenas de ratones negros, brincadores, hambrientos, y sin temor a los presentes, se echaron a los quesos y los devoraron en un santiamén. No valieron de nada gritos ni escobazos, ni echarles un caldero de agua hirviendo. Los ratones devoraron los quesos, y se fueron.

El castigo de la gitana: «¡Ya lo perderás en quesos!»...

En Boimorto, al parecer, estaban divididas las opiniones. Unos creían en la eficacia de la maldición caló y otros no. Y uno sugirió que a lo mejor la gitana era la mora guardadora del tesoro que había en un castro vecino, y que salía a probar a Aurelio, el cual por un duro que le hubiese dado, la mora disfrazada de gitana le habría echado la buenaventura, y le habría dado las señas del tesoro escondido. Esta última opinión, porque era la más mágica, por decirlo así, de todas las opiniones de Boimorto, fue la que prevaleció. Y Aurelio y su mujer quedaron inmensamente tristes. Aurelio salía de paseo en las tardes de invierno, camino de Mellid o de Teixero por ver si salía de la tierra la gitana, pero nunca más volvió.

SORTES E RESORTES

ESTO de *as sortes e resortes*, las suertes y resuertes, no es sólo propio de Galicia, que lo es de muchas partes de Europa. Se sigue el tiempo que hace en los días de enero, del siete al doce, del quince al veinticinco, o del catorce al veintiocho, y tal como fueron esos días, serán los meses del año, de sol o de lluvia, de frío o de calor. Hay aldeas en las que viven verdaderos expertos en interpretar las *sortes e resortes*, que son muy escuchados, y los más de los vecinos acompañan las tareas agrarias según lo vaticinado. Yo he conocido a uno de estos expertos, un tal Lamego de Mouriz. Un tipo pequeño, inquieto, pechisacado, que desayunaba tocino crudo con pan y una copita de coñac. Allá por el año cincuenta y seis o cincuenta y siete, sacó por las *sortes e resortes* que por Pascua Florida vendrían grandes lluvias, poco menos que un nuevo diluvio universal. Lamego, habiendo estado operado en Santiago, conoció a otro experto en *sortes e resortes*, que era de Muros, y vaticinado lluvias como otras no se vieron, viajó a Muros a consultar con su colega. El cual, sin que Lamego le preguntase nada, como si le leyese la consulta en el pensamiento, le dijo a modo de saludo:

—¡Aguas nunca vistas, Lameguiño!

Lamego regresó a Mouriz, cambió de lugar los dos palleiros que tenía, poniéndolos asegurados en un alto, y abrió un canal al pie del hórreo, que llevase el agua de la eira al río. Para más seguridad se compró un impermeable con capucha y unas botas altas de caña, de pescador, retejó la casa, e hizo una especie de rampa de madera, que le había de permitir, en caso de inundación, llevar las dos vacas y los cerdos desde las cuadras al segundo piso. Acopió leña y bacalao, y espero a que llegase abril.

Y abril llegó florido, soleado, tibio, sereno los más de los días, y cuando no, unas ligeras lloviznas con viento sudoeste. Lamego no daba crédito a sus ojos, y cuando acabó la luna de abril, volvió a viajar a Muros, a discutir el asunto con el entendedor de allá. Lo encontró leyendo un periódico que había comprado en la villa aquella misma mañana.

—¡Pudimos hacernos ricos, Lameguiño! ¡El diluvio anunciado cayó en Italia! ¡Pudimos avisarles, previo pago!

Y el de Lugo le mostraba a Lamego una fotografía que venía en primera plana del periódico y en el que aparecían lanchas por las calles de Florencia inundada. Lamego se rasgó la cabeza, y le pidió prestado el periódico al experto de Muros, para enseñarlo por las ferias de Palas de Rey, de Sarria, de Monterroso, en Lugo y en Becerreá, y en toda parte donde le habían escuchado el pronóstico del nuevo diluvio, para que con aquella prueba de las terribles inundaciones toscanas no padeciese su fama. Así pararía las burlas, y recobraría el respeto perdido.

Ahora no conozco ningún experto en *sortes e resortes* de la categoría de Lamego de Mouriz, aunque como dije antes los hay en muchas aldeas gallegas. Tampoco sé si vivirá todavía el experto de Muros, quien interpretaba las *sortes e resortes* a escala universal, y para él era lo mismo que lloviese en Negreira que en Florencia, la flor de Toscana.

LOMAS DE PONTIGO

SIENDO Gervasio Lomas niño, y estando en su cuna en el primer piso del molino paterno, vino una tromba de agua, hubo una súbita crecida y el agua llegó a donde dormía el mamoncete, el cual salió navegando por la ventana. Lomas era muy crío para acordarse del suceso, pero de tanto oírlo contar a sus padres, le parecía que era él quien recordaba la inundación y la navegación en la cuna de madera de castaño. Y ya mayor, Gervasio Lomas tenía una gran curiosidad por todo lo que se refería a inundaciones, y sobre todo por la mayor que ha habido nunca, que es el Diluvio Universal. Salíamos juntos de la escuela, y me señalaba la desnuda cumbre del frío monte Carracedo.

—¡Y pensar que quedó debajo de las aguas!

El Carracedo, para uno de Miranda, en la diócesis de Mondoñedo, es como el Everest, y hay un refrán que dice en gallego: *O Carracedo, que a todos los montes pon medo, a non ser ao Montiral, que é seu igual*. Pero nadie de por allí ni de ninguna parte, sabe donde es el tal Montiral. No debe haberlo. Debe ser un monte de fábula, o de romance antiguo, de don Gaíferos o del paladín Roldán.

En la familia de Lomas hubiera varios zurupetos y agrimensores aficionados. Quizás por eso Gervasio Lomas sostenía que el mejor oficio que un hombre pudiera tener, para después del Diluvio, era el de perito. Porque había que volver a medir las tierras, que las aguas se llevaran los mojones, que el lodo cubriría los linderos.

Lomas contaba haberle oído al señor cura de Bretoña, que el zorro no había subido al arca de Noé. Y que convenía saber, para usar sus mañas mismas, lo que hiciera el raposo para no morir ahogado.

Gervasio le llamaba al raposo Rabisco. Sólo le escuché a él este nombre del zorro, que tiene tantos. Parece ser que para animarlo, el propio Noé desde una ventanilla del arca le gritaba:

—¡Vente amigo, que hay gallina dentro!

Pero el zorro no subía y le respondía a Noé:

—¡Me huele a perro!

Cuando el arca entró en la marea, quedaba el raposo sobre una roca, con el rabo levantado.

Lomas también andaba muy inquisidor del viaje del arca. Me llevaba delante del Mapamundi y me decía:

—¡Igual pasó por encima de La Habana!

Pasaría... Ya hombre, yo he visto siempre a Gervasio Lomas con un cigarrillo en la boca y otro detrás de la oreja, y jugando a la brisca entre seis, era un estratega genial, un mil tretas, con los ojos muy abiertos, la cabeza movediza, cazando señas de amigos y enemigos. Estoy seguro de que más de una vez se preguntó en qué pasarían las noches largas del arca Noé y los suyos, si entonces, como parece, aún no habían sido inventados los naipes.

TÍA GERVASIA DE FONTES

VIVÍA sola en una casa vieja más allá del empalme de Fontes; en una casa vieja, de planta baja, medio cubierto el tejado por las ramas de la higuera que había crecido torcida y desparramada frente a la puerta, y que daba en los días de San Juan unos higos verdascos muy sabrosos. La tía Gervasia salía con la vaca, dos ovejas y una cabra al pasteiro vecino. Tenía algo de huerta, recogía un carro de patatas y cebaba un puerco. Tenía algunos dineros ahorrados, y aunque vivía muy pobremente, todos los años iba a Guitiriz a tomar las aguas, dejando la hacienda a cargo de unos vecinos, y cinco o seis veces al año daba misas en la parroquia de San Cosme de Petín por las almas de sus difuntos. Todos los suyos habían muerto, y el último un sobrino, de dieciséis años, Cosmiño era un muchachito callado y obediente, que un día empezó a toser, con aquella misma tos honda y ronca que parecía propia de la familia de los Fontes, y en un mes enflaqueció, escupió sangre y se puso a morir. El médico dijo que no había nada que hacer, que Cosmiño estaba sin pulmones, y sólo un milagro le daría la vida. Cosmiño tosía y tosía, y en los descansos, miraba con sus grandes ojos negros para la tía Gervasia e intentaba sonreírle. Una tarde echó más sangre que de costumbre por la boca, quedó como en un pasmo, y cuando salió de él le dijo a la tía Gervasia:

—*Vou a morrer sin ter andado en bicicleta!*

Y así fue. La tía Gervasia quedó muy dolida, tanto por la muerte de aquel sobrino, que era tan buen compañero, como por no haberle comprado a Cosmiño una bicicleta.

Se la llevaba pidiendo desde los diez años, y la tía Gervasia siempre le decía que para el verano siguiente que se la compraría, si salía bien el parto de la vaca y vendía bien la cría.

Ahora se dolía de lo tacaña que fuera, y lloraba por haber dejado a Cosmiño ir al otro mundo sin haber corrido en bicicleta. Se le metió en la cabeza que había cometido una mala acción con su Cosmiño, y que este, donde estuviera, que sería en el Cielo, por bueno y obediente, le guardaría rencor. Y tantas vueltas le dio al asunto en el magín, que se decidió a comprar una bicicleta, la mejor que hubiese en las tiendas de Betanzos donde las vendían. Compró una bicicleta azul, con un timbre en el manillar que sonaba alegre a poco que se le pulsase.

En Fontes había un molinero que tenía un hijo que andaba muy bien en bicicleta, y se llamaba Ruperto. La tía Gervasia consiguió de Ruperto que la acompañase al camposanto, montado en la bicicleta azul, y tocando el timbre de vez en cuando.

Se detuvieron delante del nicho en el que reposaban los restos de Cosmiño, y la tía Gervasia, tras santiguarse, le habló al difuntío:

—Cosmiño, meu Cosmiño, parió la vaca y te compré la bicicleta. La mejor que había en Betanzos. Y aquí viene conmigo Ruperto, tu amigo Ruperto el de Cabanas, que te va a enseñar a montar en ella.

Ruperto montó en la bicicleta, dio unas vueltas por el camposanto, tocó el timbre en cada una, e hizo unas pruebas de freno mismo delante del crucero de la entrada.

Aquella noche la tía Gervasia durmió tranquila. Al fin, aunque tarde, le había cumplido el gusto a Cosmiño. Dormía profundamente cuando sonó el timbre de la bicicleta y despertó. La bicicleta estaba a los pies de la cama. Seguramente que andaba en ella el alma de Cosmiño, y estrenaba el timbre. La tía Gervasia volvió a dormirse, sonriendo por vez primera en muchos años.

EL SEÑOR ESTANISLAO DE MONTES

A CONTECIÓ que estaba labrando una tierra para luego sembrar centeno un labriego de Ariz, y de pronto el arado se negó a seguir abriendo el surco. No es que las vacas que tiraban de él se negasen a andar; es que el arado se levantaba, la reja salía de la tierra, y no había manera de surcar. Allí pasaba algo raro. El labriego llamó a una vecina *meiga*, la cual le dijo que era que el arado tropezaba con un misterio, que podía ser bueno o ser malo, lo mismo podía ser un tesoro o algo portador de desgracia. Decidieron entonces cavar donde el arado se negaba a seguir trabajando, después de tomar las precauciones debidas, hacer un círculo, trazar unas cruces, verter agua bendita y marcar los cuatro puntos cardinales con ramas de romero. La *meiga* llamó al secreto:

—¡Si estás vivo, sal a la luz, y si eres maligno, vete por Jesús!

No pasó nada. Se pusieron a cavar, y a medio metro de profundidad aparecieron unos huesos humanos, un fémur, unas costillas, una mandíbula, y todos los de una mano, que estaban apretando una piedra colorada. Fueron avisados el juzgado y el señor cura, y hubo acuerdo en que los huesos pertenecían a un ser humano que había vivido hacía por lo menos trescientos años. Cómo estaban allí era un misterio, y lo del arado daba que pensar. No hallando mayores explicaciones, se decidió que los huesos fuesen metidos en una caja y enterrados en el camposanto de Ariz, que está al lado de la iglesia, mismo junto a la puente, y los difuntos, si tuviesen oído, podrían escuchar el canto de las aguas del alegre río, y toda la pajarería de los sauces de la ribera. El cura, por si acaso, echó unas bendiciones *sub conditione*. El caso fue muy comentado en toda la comarca, y llegó a oídos del señor Estanislao de Montes, componedor de huesos muy famoso y sabio

en hierbas medicinales. Se acercó a Ariz y pidió permiso para examinar los huesos. Después de hacerlo detenidamente, cambiando de gafas y mirándolos al trasluz, sentenció:

—Son de mujer. De una mujer sobre los treinta años, más bien pequeña. Y desde luego son unos huesos de una mujer que no era del país. La mujer gallega tiene otros huesos. Tampoco la piedra de la mano es gallega.

Con estas declaraciones del señor Estanislao de Montes creció el misterio y aumentaron los comentarios. ¿Qué fue a hacer a Ariz una extranjera, una francesa, por ejemplo? Era seguro que se trataba de un crimen, pero, ¿dónde iban los otros huesos de la víctima?

¿Y lo del arado, negándose a abrir la tierra sobre los restos?

Todos esperaban que el señor Estanislao de Montes diese una respuesta, pero no la hubo. Una y otra vez estudió los huesos, con ayuda del sacristán y de la meiga, y aunque cada día precisaba más sobre los huesos, y se afirmaba en que no eran de gallega, no llegó a solucionar el caso. Parece ser que incluso llegó a encerrarse una noche con el arado, que era un arado romano, construido por el carpintero de Boán. No había novedad ninguna en el arado. Para sonsacar al arado, si es que tenía algún secreto, le dio a beber vino tinto. Eso se dijo por Ariz. Pero ni con el vino el arado habló, diciendo cómo se enterara de que en aquella leira estaban huesos humanos. Todavía están a disposición de los que quieran estudiar el asunto, en el cementerio de Ariz, los que llaman los vecinos «*os ósos da francesa*».

FULGENCIO PARADA

ESTE Fulgencio Parada era de Asados, en la vecindad de la ría de Arosa, y cuando iba, en la tarde del domingo, a pasar unas horas a Rianxo, solía llevar unas cuantas naranjas de un naranjo que tenía en su huerta, y que él tenía por las más sabrosas del mundo.

—¡Ríete de las valencianas! —decía.

La verdad es que para él aquellas naranjas de Asados tenían un sabor especial, y en primer lugar porque fueron las primeras naranjas que había comido, y en segundo lugar porque su padre las dejaba en el naranjo de un año para otro, y las que no hacía caer el viento, endulzaban en la rama. Cuando Fulgencio fue a hacer el servicio militar en El Ferrol, pedía a su casa constantemente unas naranjas para que amigos y aun sus superiores pudiesen comprobar que las naranjas de Asados tenían algo que no tenían ninguna de las otras naranjas del mundo. Y el entusiasmo de Fulgencio Parada por sus naranjas era tan contagioso, se le veía tan gozoso cuando llevaba un gajo a la boca, que todos terminaban poniéndose de acuerdo en que aquellas naranjas podían ser mejores o no que las valencianas, pero tenían algo que les hacía merecer el calificativo de únicas. Eso dijo el capitán de corbeta don Severino Sierra, al que servía Fulgencio como asistente. Don Severino era gran conocedor de la Historia de España, y tenía en Fulgencio un atentísimo oyente. Don Severino quería deshacer las que él llamaba «trampas de la Historia», y para comenzar, se oponía a que don Pedro I de Castilla fuese titulado el Cruel. Había leído una «apología» de don Pedro, que para él era el justiciero. Y le explicaba a Fulgencio que no era verdad que fuese un francés, el condestable Du Guesclín, quien en Montiel, cuando se encontraron los dos hermanos,

que hacía años que no se veían, y a don Pedro tuvieron que decirle quien era don Enrique, gritándole:

—¡Ese es! ¡Ese es!

Dijo que no era verdad que fuese el francés quien en la pelea puso al bastardo Enrique encima de Pedro, el legítimo, diciendo aquello de:

—¡Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor!

No, no fue el francés como se sabe por el licenciado Molina y por el P. Gándara, aunque lo digan todos los libros de Historia. No, que fue un gallego, uno de Pontevedra, Fernán Pérez de Andrade, que andaba en el bando de don Enrique. Y don Severino Sierra daba como prueba la astucia gallega del dicho, no quitar ni poner rey, pero ayudar a su señor.

—¡Yo ayudo a quien me paga, y allá ellos que se maten!

Fulgencio Parada se hizo del bando de don Pedro el Cruel o el Justiciero, y sabiendo por su jefe que el rey había paseado por Galicia, se imaginaba verlo llegar a Asados una tarde cualquiera, e iba Fulgencio y se cuadraba y saludaba militarmente, y le ofrecía las mejores naranjas de su naranjo.

Y como le había quedado en la memoria la famosa frase de Fernán Pérez de Andrade o Bon, Fulgencio la modificaba en la ocasión:

—¡No quito ni pongo valencianas, pero chufo las naranjas de mi naranjal!

Y el rey don Pedro le daba a Fulgencio de propina cinco duros que como Pedro era sobre todo rey de Sevilla, serían cinco duros sevillanos.

EL CABALLO DE ALBERTO MERLO

UNA tarde en la eira de su casa, Alberto Merlo le dio una merienda de hierba fresca a su caballo, y se sentó en el cepo de partir la leña a leer el periódico.

El caballo dio fin a la hierba, y pasó su cabeza por encima del hombro derecho de Alberto, y le preguntó con voz humana:

—*Como anda o mundo?*

Este fue el comienzo de las largas conversaciones que durante varios meses sostuvieron Alberto Merlo y su caballo. Hablaban, según Alberto, de política, de las contribuciones, de como habían ido los precios en la feria de Noya, y de bodas y difuntos. Un día, el caballo le dijo a Alberto que no le gustaba que le llamase Moro, y que mejor sería que le buscara un nombre más decente, aunque fuese francés. Alberto consultó con un maestro de Muros, muy amigo suyo, y este le dijo que le llamase simplemente como se llaman los caballos en Francia, *cheval*. Al caballo le pareció bien, y por consejo del caballo, Alberto Merlo fue avisando a todos los vecinos que su cruzado de percherón y morisco, ya no se llamaba Moro sino Cheval, y que hiciesen el favor de tomar nota a todos los efectos. Pasando los meses, Cheval se iba mostrando exigente. Se celaba de que Alberto hablase con otras gentes, de que le silbase al perro Tirol, y de que le leyese el periódico en voz alta a la mujer, que no sabía leer.

—¡Bastante haces con dormir con ella! —comentó Cheval disgustado.

Iba a cumplirse un año desde la primera conversación de Alberto con su caballo, cuando este, una tarde, regresando ambos amigos del molino con un par de sacos de harina, Cheval se detuvo y le dijo a Alberto con voz grave:

—Va a hacer un año que nos hablamos, y si quieres que sigamos comentando el mundo, tienes que prometerme que solamente vas a hablar conmigo de ahora en adelante. ¡Después de todo soy el único caballo en Galicia que habla con su amo! Y no me fío de tu palabra, que ya te he oído contar alguna mentira. Tienes que hacerme un documento. Si no me lo haces, me callo para siempre.

A Alberto le parecía muy difícil consultar este asunto con un abogado. Lo tomaría por loco si entraba en su despacho diciendo que hablaba con su caballo Cheval y que este quería que solamente hablase con él, y que se entendiese por señas con el resto del mundo. Fue a Muros a hablar con su amigo el maestro. Este le dijo que le escribía cualquier cosa en papel de barba, que lo más seguro era que Cheval no sabría leer.

—*E si sabe?* —insistía Alberto.

El maestro, en papel sellado de dos cincuenta, escribió una declaración en la que se comprometía a no hablar con la gente si no era con permiso de su caballo Cheval, antes conocido por Moro. Firmó y rubricó, Alberto Merlo...

Alberto llegó con el documento a su casa y se lo mostró al caballo. Este hizo que se lo leyese dos veces.

—¡Muy bien! ¡Ahora tienes que llevarlo al Registro!

Alberto se quedó boquiabierto al escuchar a Cheval.

—¡Al Registro! ¡Conozco el procedimiento! Piensa que antes de ser tu caballo, fui el caballo del procurador Abeledo.

Y Alberto está con el papel en la mano, paseando por los caminos, sin saber qué hacer, si ir al Registro de Noya o no.

EL LORO DAS ESMELGAS

YO fui muy amigo de Felipe das Esmelgas. Ya su padre y su abuelo se apodaban así, das Esmelgas, y quizás su bisabuelo y su trisabuelo, porque debió haber alguien de la familia especializado en esmelgas, es decir, en extraer la miel de las colmenas. En Abeirón, en la cara del sol, al abrigo del Norte, son muchas las colmenas, al arrimo de un cómaro o junto a los grandes chantos de pizarra que cierran una chousa o un souto. Uno de la familia das Esmelgas que anduvo por el Brasil y asistió a una sesión de espiritismo en Bahía de Todos os Santos, en la que había comparecido cantando ópera el tenor Caruso, trajo un loro, un lorito real que causó sensación en la comarca. Era un gran hablador en portugués, y el señor cura de Moade, don Paco Silvestre, gran cazador y partidario fanático de Joselito, —a quien viera torear una tarde en La Coruña—, le enseñó al loro unos versos virgilianos, naturalmente que en latín. El loro estaba continuamente diciendo como se llamaba:

—*Eu só Café Filho!*

Café Filho era un político muy conocido en el Brasil. En el invierno del año 1921, el lorito comenzó a enflaquecer y a toser.

Trajeron un médico de Meira para el loro, sin resultado. El cura de Moade decía que el loro estaba tísico. Se trató seriamente de que el loro cambiase de clima, y fuese a pasar una temporada a tierras altas y secas, lejos de las bromas meiregas. El señor cura ya le había escrito una carta al párroco de Panticosa, en el Pirineo aragonés, donde había un sanatorio famoso para tuberculosos. El cura, el citado don Paco Silvestre, se ofrecía a pagar seis meses de pensión completa por el loro, pero antes de que llegara carta de Panticosa, Café

Filho cayó redondo. Los de las Esmelgas lo metieron en una lata de galletas *María*, y lo enterraron decentemente junto a la puerta del camposanto. Trataron con el cura de decir unas misas por su alma, y el cura, que había dicho siete por Jose-lito cuando lo mató el toro Bailador en Talavera de la Reina, se resistió. En el entierro hubo mucho público, y los de las Esmelgas, como si se tratase de un finado de la familia, dieron limosna de pan. En paz descanse Café Filho, tan locuaz. Y recordando a Cicerón cuando fueron ejecutados los catilina-rios, don Paco Silvestre comentó lloroso:

—*Fuit! Fuit!*

Ahora en Moade cambiaron de lugar el camposanto, y al desmontar los sillares de la puerta, que va a ser la misma del camposanto nuevo, fue encontrada la lata de galletas, muy oxidada, y dentro un polvo amarillento, restos del loro. Los llevaron a enterrar al camposanto nuevo. En Abeirón hay vecinos que saben muchas frases en brasileiro porque se las han escuchado al lorito real Café Filho en las tertulias de las anochecidas invernales. Y si había una chica joven y agraciada de visita en casa de los de las Esmelgas, con el más puro acento baíno, el lorito, como un humano galanteador, decía:

—*Meu anjo! Meu bem! Eu gosto muito de você!*

FELISA DE LONXE

TAMBIÉN, esta Felisa de Lonxe, era conocida por la Viveiresa. Vivía en una pequeña casa en la carretera de la Tolda, en Lugo, y era cartomántica muy acreditada. Para su trabajo tenía una baraja marsellesa muy usada, con los arcanos mayores del tarot, y sacaba del naipe todas las venturas y desventuras del consultante, le decía cosas de su pasado que este consideraba muy secretas, y le declaraba los horizontes del porvenir. Era muy buscada para decir si vivía o había muerto un ausente en Cuba o en la Argentina, y para saber si habría o no herencia de un tío lejano. Estudiante yo de bachillerato la conocí, y me mostró su baraja, que fuera de un cura de cerca de Ortigueira, y me explicó que en caso de consulta de cierta gravedad, encendía tres velas, e invocaba los Poderes. No logré saber si estos Poderes eran ángeles o demonios, u otra clase de fuerzas invisibles. Era una mujer muy alta y morena, que debió haber sido muy guapa, y en sus ojos negros tenía una extraña luminosidad, que no era brillo de fiebre, sino una extraña y verdadera luz. Hablaba un gallego muy bueno, pero también un castellano vivaz y coloreado.

Había tenido que venirse para Lugo desde una aldea cercana a Viveiro. Me contaron que allí además de tirar las cartas hacía pequeños hechizos de amor, y a pedido de alguna cliente, echaba a otra vecina el mal de ojo. Por ejemplo, una tal Josefa quería hacerle daño a una tal Antonia, porque esta había ido con cuentos o había hecho algo que la ofendiera. Entonces la Viveiresa, que era bastante medida e imparcial, —y quizás a esto se debiera su éxito, porque cierta mesura y nada de extremismos, es cosa muy propia de gallegos—; digo que entonces la Viveiresa, para castigar a Antonia, le malojaba las gallinas, que dejaban de poner, aunque fuese en enero.

Ya saben el refrán nuestro: *xaneiro, oveiro*. La Antonia suponía, o sabía, que la Josefa era la que había solicitado de la Viveiresa que le echase el malojo a sus gallinas. Entonces era la Antonia la que iba a visitar a la que, sin más, llamaremos meiga. Le llevaba un regalo, una libra de chocolate, por ejemplo, o unos chorizos, o manteca fresca muy bien puesta entre dos berzas, o una botella de jerez. Y le decía la Antonia a la Viveiresa que tenía que tomarse una venganza de su vecina Josefa, culpable de que sus gallinas no pusieran, por lo cual no había podido hacer el roscón de Reyes.

La Viveiresa meditaba sobre el asunto, y buscaba una venganza moderada, proporcionada a la ofensa.

—¿Y qué le parece, señora Antonia, si hago que la vaca teixa de la señora Josefa deje de dar leche durante tres semanas?

La Antonia aceptaba, y la Viveiresa se arreglaba para que la vaca teixa de Josefa dejase de dar leche, durante tres semanas. Misterio de misterios.

La Viveiresa era también muy apreciada por las consultas que daba en caso de viuda que quería pasar a segundas nupcias. Le ponía lo que llaman un *semblante* al pretendiente de la viuda, el cual *semblante* esta veía en sus ojos, y así sabía si el novio iba a ella por amor, o por aprovecharse del capital del difunto. Lo del *semblante* lo saben hacer muchas meigas gallegas, pero nadie sabe muy bien de qué se trata.

AMADEO DE SABRES

SALÍA de su casa para la feria de Negreira, y se dio cuenta de que con las prisas se le olvidaba el paraguas, que solía tenerlo colgado detrás de la puerta. Mejor dicho, tenía dos paraguas uno nuevo, comprado en Santiago, en una tienda del Preguntoiro, y guardado en el armario de su habitación, y otro ya viejo y amañado varias veces, un paraguas fuerte, un catorce varillas, que era el propio para cubrirse teniendo que salir en días de lluvia. El nuevo lo usaba Amadeo de Sabres nada más que para ir a los entierros o de consulta de médico o de abogado. Descolgó el paraguas viejo, y este silbó. Amadeo entendió el silbido. El paraguas, silbando, decía:

—*Creín que me deixabas!*

O algo parecido. Amadeo se encogió de hombros, no dándole importancia al asunto del paraguas, y se puso en camino de la feria de Negreira. Pero aquel silbido del paraguas fue el anuncio del silbido de muchos otros objetos propiedad de Amadeo. Por ejemplo, estaba sentado a los pies de la cama dudando si en calzar los zapatos de goma o los zuecos, cuando estos silbaron. El silbido quería decir algo así como:

—¡A ver si nos das gastado!

Sentado a la mesa, dudando entre comer los callos con tenedor o con cuchara, —esto era en una taberna de la rúa del Franco, en Santiago—, la cuchara le silbó a Amadeo. Amadeo tradujo:

—*Con cuchara máis se acapara!*

Llegó un momento en el que Amadeo no podía tomar libremente una decisión, porque todos los objetos le silbaban; le silbaba una silla diciéndole que se sentase en otra parte, y el reloj de bolsillo, diciéndole que no mirase tantas veces las horas, y un día le silbó el estómago, pidiéndole arroz

con leche, y qué casualidad, se le había antojado aquella mañana a Amadeo, quien le había dicho a la mujer:

—¡Mucho tiempo hace que no me das arroz con leche!

Le silbaban a Amadeo los cajones de la mesa, que los abriese con más cuidado, y la navaja, que quería afilarse. Pensó en ir al médico, pero se dijo que él no estaba en estado anormal, que las anormales eran las cosas que le silbaban. Pero no iba a llevar él al médico el paraguas, los zuecos, el estómago, los cajones de la mesa y la cuchara de comer los callos... Ahora, además, le silbaban las personas. Estaba hablando con su mujer o con su tío Venancio, y por debajo de las palabras escuchaba, suave, suave, un silbido. Decidió taponarse los oídos, y que el que quisiese hablarle que lo hiciese por señas. Pero sucedió entonces que quien silbaba era él. Quería decir:

—¿Dónde dejaría la boina?

Y en vez de las palabras le salía de la boca un silbido, que era la respuesta de la boina a la pregunta formulada:

—*Derriba da cómoda!* —, entendía Amadeo que decía la boina.

Tanto silbido de las cosas llegó a ponerlo nervioso, a excitarlo, y golpeaba las mesas, las sillas, tiraba al suelo la navaja y la cuchara, y tiró los zuecos, que eran unos silbadores incansables, al fondo del pozo. Y era el propio Amadeo quien más silbaba ahora, silbidos que ordenaban ¡silencio! ¡Silencio! ¡Silencio!

Lo llevaron a descansar una temporada a Conxo.

JOSÉ LIÑEIRAS

ESTE José nació con seis dedos en la mano derecha y otros seis en el pie izquierdo. Era conocido en su aldea por Pepiño Seisdedos, aunque él sostenía que, en puridad, debían llamarle Pepiño Docededos. Una tía suya que vivía en La Habana vino a pasar una temporada a Galicia, y le contó a Pepiño que ella le había oído a su abuela que su padre y su abuelo, —es decir, el bisabuelo y el trisabuelo de Pepiño—, habían tenido seis dedos en la mano derecha. Lo de los seis dedos, pues, era herencia familiar, y Pepiño, que se acababa de casar con una guapa moza de Xuanceda y celebrado la boda por todo lo alto en Órdenes, —la primera boda de por allí en la que hubo helado de postre, por consejo de la tía habanera—, ya estaba pensando en hijos con seis dedos, y en llegar a ver un nieto con la misma novedad. Con esto de que los seis dedos, y que eran herencia familiar, Pepiño dejó de avergonzarse de los suyos, los enseñaba a propios y extraños, y si algún interlocutor mostraba curiosidad, se descalzaba y mostraba los seis dígitos del pie izquierdo. Había comprado en La Coruña, en un comercio de la calle de San Andrés, una docena de calcetines muy floreados y calados, y eran los que se calzaba cuando sospechaba que iba a tener que hacer una exposición del pie izquierdo, y además el pie muy lavado, y con mucho espolvoreo de polvos de talco perfumado a la lavanda.

Pepiño Liñeiras iba mucho a ferias y mercados, desde Arzúa a Órdenes y desde Vilar de Frades al Mesón do Vento, y aun se acercaba a Ponte Sigüeiro y algún jueves a Santiago de Compostela. Y buscaba entablar conversación con otros feriantes intentando averiguar si conocían a alguien que tuviese seis dedos en una mano o en un pie.

No aparecía nadie con esta anomalía. Pero un día Pepiño Leiñeiras tropezó en Arzúa con un tratante de Dacón, que andaba a los jamones, quien le contó que en Bande había comprado un hermoso jamón de un cerdo que tenía la parte delantera de la pezuña normal, pero atrás cuatro uñas, y que nunca viera él otro cerdo del que se pudiera decir, dispensando y fuera el alma, que era un seis dedos. Pepiño dijo que le gustaría ver el tal jamón, pero el tratante de Dacón le explicó que se lo había vendido a un veterinario de Orense, quien lo había estudiado y después comido.

Pepiño le explicó al tratante que si él buscaba gentes de seis dedos es porque estimaba que todos los seis dedos del mundo debían descender de un antepasado común, y conocer un seis dedos era conocer un pariente, y todos los seis dedos por lo menos los gallegos, podían juntarse a comer un día al año, y si fuera posible que se casaran entre sí los de familias en las que hubiese seis dedos, habría muchos más de esta condición, y a lo mejor se imponían a las otras gentes. Pero el caso del cerdo de Bande caía fuera de sus preocupaciones. Incluso le disgustaba el asunto. Aunque eso sí, en las ferias no dejaba de acercarse a los cerdos, y si podía les levantaba las patas para ver si tenían la uñada reglamentaria, o si estaban excedidos. La mayor satisfacción que tuvo Liñeiras en su vida fue saber que un senador de Minnesota en los Estados Unidos, tenía seis dedos en la mano izquierda. Hablaba de él, y decía:

—*Ese parente de meu que é senador en América...*

GARCÍA DE MOURENTE

ERA ya muy viejo cuando yo lo conocí. En su rostro ennegrecido por muchos años de sol y de mar, arrugado como más no pudiera serlo el de un humano, profundamente hundidos brillaban sus pequeños ojos azules. Esos ojos azules y los labios sensuales y carnosos, eran lo vivo en toda aquella obra muerta. Conservaba una blanca dentadura, y se gozaba en hablar claro y cantarín. Se sentaba a la puerta de su casa, bajo la parra, esperando compañía: otro viejo marinero como él, algún vecino que regresase de laborar en las viñas de albariño, la mujer que a mediodía pasaba repartiendo el pan, algún forastero en el verano o su nuera Matilde, cuyo marido, su hijo mayor, se perdiera con su dorna en la mar, más allá de Sálvora. Si el viejo García se ponía a contar una historia, la seguía contando aunque lo dejaran solo, y se hacía a sí mismo preguntas aclarando alguno de los extremos oscuros, o prorrumplía en exclamaciones de sorpresa o de incredulidad cuando llegaba a un punto que podemos definir como raro o asombroso. Cada año sus historias eran más complejas y extrañas. Contaba, por ejemplo, que iba en un ballenero noruego y había avistado unas ballenas al Noroeste, cuando se les echó la noche encima. Una noche oscura, con niebla, y con una rara calma en aquellas latitudes. Decidieron aguantar en el lugar que se hallaban, porque uno de los marineros, un danés, decía que escuchaba las ballenas pasar y repasar a menos de media milla del barco, o más cerca todavía. El danés, que pasaba toda la noche a la escucha, avisó, de pronto, que las ballenas estaban hablando entre ellas de una gran tempestad que se avecinaba, la mayor en aquellos parajes desde hacía muchos años.

Aquí hacía García un inciso para decir que las ballenas hablan en su lengua, pero que cada uno de sus oyentes la

entiende en la suya, como ya es sabido por la ballena que tragó a Jonás y le sirvió de posada. Así, pues, García tumbado a proa con el danés, mientras este escuchaba a las ballenas en la lengua de Dinamarca, él las escuchaba en gallego. Y eso decían, que en cuarenta y ocho horas no habría quien parase en la mar. El capitán del ballenero ante tales avisos, decidió navegar rumbo Nordeste, buscando un socaire en Islandia. Aunque como decía el capitán noruego se perdían la caza ballenera del siglo.

Las ballenas, decía García, que escuchamos aquella noche, tenían un acento en su habla, para mí la gallega, que me era conocido. Yo me preguntaba: ¿A quién me recuerdan? Me daba con los puños golpes en la frente, intentando recordar. Hasta que caí en la cuenta de que hablaban con mi propio deje, con el acento de Mourente. ¡Hablaban con el mismo deje que mis tías las Felisas, que en paz descansen! Ahora pienso que las ballenas nos quisieron salvar, y aquel hablar suyo fue un aviso, y quizás el danés que las escuchó primero, las escuchó hablar con el acento de unas tías Felisas suyas, que vivirían en Dinamarca. También pudo haber ocurrido que no hubiese tempestad, y que las ballenas la hubiesen inventado para alejarnos. Porque en la mar, las más de las cosas que hay son inventadas.

PENEDO DA SILVOSA

JOSÉ Pillado Cruces, conocido por Penedo da Silvosa, contaba muchas historias en la taberna de Silleda a donde iba a echar la partida. De gran parte de ellas había sido testigo, —por ejemplo, en Barbastro, cuando fue a hacer el servicio militar—, o en Zaragoza, donde remató sus estudios de sastre con un cojo muy famoso especializado en chaqués para novios. ¡Lástima que en Silleda no se usase el chaqué, que Penedo había aprendido muy bien la ciencia del corte en Zaragoza! Cuando Penedo llegó a Barbastro, andaba la población revuelta, que en los montes cercanos había sido visto uno como oso, sólo que con grandes cuernos, y que era muy corredor. Las gentes temían salir a la atardecida al campo, porque alguien había dicho que el tal oso, o lo que fuese, había estado, de la parte de Francia, donde había dado muerte y devorado a la mujer de un gendarme, que le llevaba a este la cena al puesto fronterizo que guardaba. Penedo fue uno de los voluntarios que salió al monte a la busca y captura de la bestia, de la que un sargento andaluz decía que no venía en los libros, y que a lo mejor era una cría perdida del abominable hombre de las nieves. La bestia no fue encontrada, pero una Junta de Damas que había en Barbastro, les dio a los cazadores voluntarios una merienda. Penedo, con las copitas de vino dulce, se animó y se arrimó un tanto demasiado a la dama que estaba sentada a su lado. Esta, que también había bebido sus copas, se dejaba querer. Era una cincuentona muy pomposa. La cual, golpeando con su rodilla la rodilla de Penedo, le dijo casi al oído:

—¡Se ve que eres un valiente!

La cosa no pasó de ahí, aunque Penedo, contando, guiñase un ojo a los contertulios. También contaba Penedo que

en Zaragoza le había hecho a la señora de un concejal los primeros pantalones que una mujer decente había usado en la capital maña. Le había tomado las medidas con mucha delicadeza, que hay que ser muy mirado en sastrería con las mujeres, por decoro del oficio, y más todavía con las aragonesas que son de genio pronto. Penedo, después de pensarlo un poco, se decidió a sujetar la cinta métrica con pinzas, y así no acercaba los dedos a la cadera de la señora, ni a la cintura, ni siquiera al tobillo, tomando los anchos de abajo de la prenda. El sastre que lo empleaba lo felicitó por aquella delicadeza, y comentó:

—¡No sabía que fueran tan finos los gallegos!

Estando en Zaragoza, el ayudante del sastre maestro, que se llamaba Juvenal, lo invitó a su casa a una sesión de espiritismo. Por aquel entonces se había cometido un crimen en Huesca, por celos, y todos querían hablar con la viuda difunta, para que dijese quien fuera el matador. Por fin, allá a las doce de la noche y cuando ya iba una hora larga de sesión, respondió la viuda. Dijo claramente:

—¡Que me mata el gallego!

—Todos miraban para mí, —contaba Penedo—, pero yo podía probar que el día del crimen estaba en Zaragoza. Luego se supo que el criminal fuera un chulo llamado Fortunato Gallego Juncal, que pintaba baturros en las botas que compraban los turistas, llenas de vino de Cariñena. Penedo comentaba:

—*Volve un vivo á casa de puro miragre!*

MANUEL SUÁREZ

HABÍA estado muchos años en Portugal, pasados trabajando como camarero en Oporto y en Lisboa, y luego como ayuda de cámara del vizconde da Abaladinha, en el palacio—quinta que este tenía cerca de Braga. Ya retirado, en su casa de Soutomaior, contaba a sus amigos de la aristocracia portuguesa que había conocido, del arzobispo—primado de Braga que iba a veranear a casa del vizconde, y de un lord inglés muy entendido en aguardentes bagaceiras, al que convidaba con aguardiente de Soutomaior, de su casa, que cuando venía de vacaciones a Galicia llevaba en una damajuana de ocho litros. El arzobispo de Braga quería tomarle el pelo a Manuel Suárez, preguntándole si él era uno de aquellos gallegos que habían ido con el arzobispo Gelmirez a su catedral, a robar el cuerpo de san Fructuoso. El señor arzobispo se reía, viendo la confusión del pobre Manuel. Con el arzobispo solía ir de invitado el vizconde da Abaladinha un canónigo bracarense flaco y estirado, muy moreno, cejijunto, las orejas grandes, y los brazos descomunales, casi dos cuartas más largos de lo que debieran ser para su talla. Paseando, las manos casi le caían a la altura de las rodillas. Era el exorcista oficial de la archidiócesis de Braga, o como le explicaron a Manuel, el canónigo que expulsaba los demonios del cuerpo del fiel cristiano que los satanases elegían como fonda.

—Parece ser, —contaba el señor Manuel Suárez—, que el canónigo sabía las lenguas en que hablan entre sí los demonios, y que tenía el oído tan fino que los escuchaba hablar en las noches, cuando el endemoniado dormía, dentro del cuerpo de este. Una vez tuvo a su cargo una endemoniada, que era una soltera muy rica, hija de unos condes, dentro de la cual había cuatro demonios, quienes de vez en cuando deja-

ban de martirizar a la joven y se ponían a jugar en su interior al tute subastado, y como los demonios se hacían trampas unos a otros, como es natural, se peleaban y se tiraban las cartas al suelo; es decir, al suelo que hubiese dentro de aquella soltera. Y un día uno de los demonios tiró la baraja con tal fuerza, que varias cartas salieron por el ombligo de la endemoniada, entre ellas la sota de oros y el as de espadas, y como sin esas cartas los demonios no podían seguir jugando, salieron del cuerpo de la víctima, por ir a comprar otra baraja y buscar otro cuerpo dentro del cual seguir jugando.

Y el canónigo tenía los brazos tan largos porque un día logró agarrar a un diablo que le había robado los zapatos con hebilla de plata, y el canónigo tiraba reteniéndolo y el demonio tiraba queriendo huir, y de aquella batalla de fe alargaron los brazos, y tuvo como testigos del hecho a su ama de llaves y al sacristán que la cortejaba con serenatas de guitarra. Por fin el demonio se rindió, dijo donde estaban los zapatos, y prometió marcharse de Portugal.

El señor Manuel Suárez abría la cartera y mostraba la tarjeta de visita, el cartón del canónigo, quien se la había dado por si un día necesitaba sus servicios. En todo caso, no hacía falta la tarjeta. Bastaba con ir a Braga, decía Manuel Suárez, y preguntar por *o tirademonhos*, que todo el mundo lo conocía.

ANGELITA DE PRADO

ANGELITA de Prado se había quedado enanita. Era muy redonda de cara, muy graciosa sonriendo, tenía los ojos azules, y en todo era muy bien hecha, y para su talla era muy salida de pechos. Vivía en la casa patrocial con su madre y un hermano casado y con hijos. No le dejaban ir a trabajar al campo, y por todas labores en la casa tenía el planchado y el ordeñar la cabra. Su padre, el señor Miguel de Prado, que en paz descansa, había querido que Angelita aprendiese a bordar, y la mandó a Pontevedra, donde le enseñaron en la *Singer*. Tenía encargos de vecinos, especialmente de las mozas que iban a casar y estaban haciendo el equipo. Fue creciendo su fama de bordadora, y hasta de Lalín le llegaban encargos. Un día cualquiera murió un primo suyo, y Angelita, en una hora corta y con hilo negro, bordó en un pañuelo blanco estas sentidas palabras:

—Adiós, que os espero a todos en el Cielo.

Y le pusieron al difunto el pañuelo sobre las manos cruzadas, de manera que todos los que iban a dar el pésame y los que hicieran velatorio, pudiesen leer el mensaje. Agradó a todos la novedad, y cuando había muerto en la aldea propia y aun en las parroquias cercanas, iban corriendo a encargarle a Angelita el pañuelo consabido, con las palabras que bordadas dejaba dicho el difunto. Angelita ya tenía preparados pañuelos con unas violetas menudas, y por si el muerto era infante, otros con cabecitas aladas de ángeles, y letras que decían: «¡Adiós papá y mamá!», por ejemplo. Pero también los abuelos y los tíos y los hermanos querían figurar en las despedidas, y así hubo niño muerto que tuvo en las manos tres o cuatro pañuelos muy doblados en los que se leía: ¡Adiós, abuelita!, o ¡Recordadme, queridos hermanos! Angelita de

Prado ganaba buenos dineros, que el de pompas fúnebres de la capital le dijo que las cosas de difuntos siempre se cobraban más, y que si él lograba imponer la moda del pañuelo de los adioses en Pontevedra y en Villagarcía, que Angelita tenía que darle comisión, que la haría millonaria.

Sin embargo, el trabajo de Angelita no dejaba de tener sus inconvenientes. Por ejemplo, una viuda vino a encargarle el pañuelo que había de poner en las manos de su marido, y quería que el pañuelo dijese: ¡Perdóname los engaños con María de Souto! Angelita se negó, que además la tal María era prima suya, y avisó a los hijos del difunto, y todo quedó en un ¡Perdóname, Josefa!, muy floreado. Cuando murió el señor Benito de Lousada, el cual había sostenido en las barberías y tabernas que fuera masón en Montevideo y aseguraba creer en la transmigración de las almas, su hermana fue a ver al señor cura:

—Benito, —le dijo al reverendo—, quería que en el pañuelo de adioses le bordasen un ¡Hasta la vuelta, compañeros! ¿Qué le parece, señor cura?

—¡No me parece nada! ¡Benito estaba loco! ¿No dejó dicho cómo íbamos a reconocerlo cuando volviese? ¡A lo mejor vuelve en figura de gallo y lo papamos con arroz!

Y con el visto bueno del señor cura, Angelita bordó el ¡Hasta la vuelta, compañeros!, y aun otro, también encargo de su hermana que decía ¡Si vuelvo de segundas, también he de volver de terceras!

Que mal sería que yendo y viniendo de ultratumba, alguna vez no fuese reconocido.

JENARO PEDREIRAS

VIVÍA en una pequeña ciudad gallega, no recuerdo si en Tuy o en Betanzos, o quizás viviese en una villa antigua como Noya o Ribadavia. Salía a pasear por las estrechas calles o la plaza, muy saludador de los vecinos. Y de pronto, subiendo o bajando por una rúa, o cruzando bajo unos soporales, se daba cuenta de que detrás de él venía don Fulano o el señor Mengano. No es que lo hubiese visto, ni oído hablar, ni reconocido por los pasos. No. Era un sentido especial que Jenaro Pedreiras tenía y que le hacía saber que unos metros más atrás de él caminaba don Fulano o el señor Mengano. Se volvía para comprobarlo, y efectivamente, se encontraba con don Fulano o el señor Mengano. Eran amigos. Se saludaban, conversaban del tiempo o discurrían sobre las noticias del mundo que venían en el periódico. Jenaro Pedreiras no decía nada a nadie de este sentido suyo especial que le delataba sus seguidores. Esa era la palabra justa: seguidores. Porque ahora se daba cuenta de que esos que él advertía que seguían sus pasos, lo seguían verdaderamente. Es decir, lo vigilaban, o aun más concretamente, lo espiaban. ¿Había hecho algo Jenaro que exigía que fuese vigilado, espiado, por sus convecinos? No, no tenía nada que reprocharse. Ni de política, ni de asuntos de dinero, ni de amores clandestinos. Su sexto o séptimo sentido llegaba a advertirle, cuando se despertaba por las mañanas:

—Hoy vas a ir por la calle de San Martín, y te va a ir siguiendo el sastre Donato.

Y Jenaro Pedreiras se vestía y calzaba, desayunaba y salía a la calle, y bajaba hasta San Martín. Saludaba a la señora Mercedes que estaba poniendo a la puerta de su tienda las manos de grelos y los repollos, y media docena de quesos, y al depen-

diente de la ferretería, que sacaba los tableros del escaparate. Nadie subía ni bajaba por la calle. Doblaban la esquina de la plaza, y esperaba. Y efectivamente, saludando también a la señora Mercedes y al dependiente de la ferretería, aparecía el sastre Donato... Habiendo realizado varias experiencias de este tipo, Jenaro Pedreiras decidió burlar a sus seguidores. Se escondía en este o en aquel portal, echaba a correr y entraba en una iglesia, o se ocultaba tras el grueso tronco de los negrillos de la alameda. Pero, quizás no fuese bastante lo que hacía para despistar a sus seguidores. Tenía que disfrazarse. Adquirió barbas postizas y un bigote a lo káiser, gafas negras, y buscó en un armario ropa de mujer, que fuera de su madre. Y así un día salió a la calle de barbudo, y no lo seguía nadie, y otro día de bigotudo y con gafas, y tampoco. El barrendero municipal lo miró con alguna extrañeza, pero no lo saludó ni dijo nada. Otro día se decidió a salir vestido de mujer. Vistió ropas de su madre, que era de su misma talla, y se puso, bajo un pañuelo de seda negro, la peluca que comprara en Santiago. Y salió de medio tacón a la calle, medio embozado en una toquilla. Paseó por dos o tres calles. Era mirado con curiosidad, pero nadie lo seguía. «Me miran porque me encuentran forastero», se decía a sí mismo Jenaro. Cruzó la plaza y regresó a su casa. Y cuando entraba en ella se le acercó el carpintero que tenía su taller enfrente:

—¡Nunca creí que tuviese tanto humor, don Jenaro! ¡Mire que a sus años disfrazarse de señora viuda un martes de Carnaval! ¡Y muy apropiado, con sus medias caladas y su zapato de medio tacón!

A Jenaro Pedreiras, con tanta preocupación por el espionaje de que era objeto, se le había pasado que estábamos en Carnavales.

LAS VIUDAS DE QUINTELA

ERAN tres hermanas, y solamente una era viuda de Perfecto Quintela González y las otras dos eran solteras, pero eran conocidas por las viudas de Quintela, porque Quintela fuera un hombre de capital, y porque ellas no tenían apellido ni mote conocido del país, ya que Quintela trajo de León, donde casó, a su mujer y a sus dos hermanas. Las viudas de Quintela todas tres eran altas, gordas, blancas, grandes matas de pelo que amañaban muy en lo alto, a manera maragata, y tenían las tres un mirar amistoso, y eran muy sonrientes y calladas, con mucha humildad en el trato con los vecinos y mucha caridad con los pobres. Ellas vivían bien con el capital heredado de Quintela, e iban todos los septiembres a bañarse a la playa de Cedeira. Un año apareció de visita en su casa un primo suyo, un caballero leonés muy cumplido, vestido de negro y cubierta la cabeza con una gorra visera de hule. El leonés fue presentado al cura y al maestro, y a los vecinos todos, y cuando ya tuvo algo de confianza explicó que se ganaba la vida como zahorí, buscando minas y aguas subterráneas, y que era muy apreciado en todo el reino de León, donde había muchas tierras regadas y muchas fuentes de agua fresca gracias a su varita de avellano. Y que si había alguna necesidad de agua en la parroquia, o si había sospecha de una mina de plata, por ejemplo, que bastaba con decírselo, que él salía al campo a hacer su oficio.

Por ver trabajar a don Abundio, que así dijo llamarse, más que por necesidad de aguas, que en Lourido había muchas fuentes y tres regatos que bajaban mojando un hermoso praderío, las gentes del pueblo le pidieron que hiciese una demostración. La demostración la hizo un domingo por la tarde, buscando que hubiese la mayor cantidad de público posible.

Tenía la varita mágica en una caja de madera fina, forrada de terciopelo azul celeste. La empuñó con las dos manos, y se puso a pasear por la falda de un otero, el único lugar de Lourido en el que no había agua, y un tal Moure había hecho un pozo muy profundo, casi veinte metros, sin dar con ella. Don Abundio fue y vino, y de vez en cuando posaba la varita en el suelo y se daba aire con la gorra de visera. Se daba aire a él y se lo daba a la varita. Llevaba una hora de paseo y maniobras, cuando se detuvo y pidió a gritos una silla. Urgentemente. Se la trajeron de la casa más próxima. Luego pidió que le trajesen una niña, y se la trajeron, y la sentó en la silla. Don Abundio se tumbó en el suelo y pegó el oído en la tierra. Se levantó, se abanicó con la visera, y abanicó a la niña, que estaba sudando, y a punto de desmayarse con el calor que sentía, eso que era un día frío, con viento norte. Don Abundio mandó que le diesen una copita de vino dulce, y después se dirigió a la concurrencia:

—Aquí abajo hay agua a seis varas, y un buen caudal. Es una corriente que se abrió paso en los dos últimos años, y por eso pedí la presencia de una niña, para que el agua se confiase. No cobro nada por el trabajo, pero pido que pongan una lápida en el pozo con mi nombre, Abundio Contreras Antolín.

Efectivamente había allí abundante agua. Don Abundio se volvió al reino de León y toda la parroquia les daba a las viudas de Quintela recuerdos para su primo. Varios vecinos les preguntaban a las viudas si podrían enviar sus hijos a la escuela de don Abundio, a aprender su arte. Las viudas de Quintela recibieron proposiciones matrimoniales de algunos mozos de Lourido, quienes buscaban con el casorio influir en el primo don Abundio, que enseñase su ciencia.

UNA SIRIA EN RIBADEO

UN día, hace ya años, regresando de Mondoñedo a Vigo, entré en una panadería a comprar unas hogazas de pan de allá, —uno de los mejores panes de la cristiandad—, y me encontré allí un compañero mío de escuela llamado Carlos Pillado, más conocido por Carlos do Herdeiro. Carlos había confiado siempre mucho en mis saberes, sin darse cuenta de que los más eran hijos de mi fantasía, y no ciencia verdadera y comprobada. Siendo como era Carlos muy curioso de la población del mundo, solía interrogarme cuando me encontraba:

—¿Y cómo son los polacos? ¿Y cómo son los canadienses?

Yo le explicaba, fabulando lo más, claro es, e inventando, por ejemplo, las costumbres de los polacos:

—Lo que más le gusta a los polacos es sentarse junto al fuego, descalzarse, y limpiarse los pies con ceniza, especialmente por los entrededos. Lo hacen aunque haya visitas de cumplido, y no beben hasta después de haber dado fin a esta limpieza.

¡Vaya con los polacos! También me preguntaba mi amigo si yo sabía alguna palabra china, quien inventó las señas del juego de la brisca, y quien sería el primero de Lugo que viajó a la Argentina. Un día me sorprendió preguntándome algo de los búlgaros, y todo lo que se me ocurrió contarle fue aquella historia de Enver Pachá, el generalísimo turco en los Dardanelos en la guerra del 14. Le trajeron un prisionero, acusado de espionaje, y el pobre aseguraba que era turco y que no espionaba nada. Enver Pachá sostuvo que era búlgaro, y como algún oficial dijese que le parecía que el presunto espía decía la verdad y era turco, el generalísimo otomano mandó que lo echasen en la caldera del buque monitor en el que tenía su

cuartel general. Enver Pachá se acercó a la puerta de la caldera, y se puso a escuchar. De pronto, sonrió satisfecho, y comentó:

—¡Tenía yo razón! ¡Era búlgaro! ¡Oí perfectamente como le estallaba la cabeza!

Que esto era, al parecer, característica de los búlgaros.

Un día Carlos do Herdeiro me sorprendió en un café de Lugo, llevándome aparte, y diciéndome que yo estaba equivocado respecto a los sirios. Parece ser que yo le había contado, allá por los años treinta, que los sirios eran todos pequeñajos, casi enanos, los más jardineros y que hablaban por música, y que cuando querían salir de su país clandestinamente se disfrazaban de pájaros. Y Carlos do Herdeiro me contaba ahora que él había visto una siria de cuerpo entero. Uno de cerca de Ribadeo, empleado en Buenos Aires en una casa de empeños, se casó allá con una siria cristiana, y la trajo a conocer Galicia. Carlos, sabiendo que el matrimonio gallego-siria estaba almorzando en un restaurante, no resistió la tentación de ir a ver como era la extranjera.

—Estaba tomando helado de postre, —me dijo—, y al terminar se limpió muy bien con la servilleta, y se levantó. Era alta, la pierna larga, mucho pecho y el pelo negro. El camarero le preguntó si había comido bien, y con acento argentino, y la voz más bien ronca, quizás por un catarro fortuito, contestó ella que todo había estado muy sabroso.

Carlos se quedó pensativo, dudando en creermelo, cuando le afirmé que en la Argentina el sirio se desarrolló mucho, casi como el alemán, y también que siria que casa con gallego crece casi dos cuartas en los dos primeros años de matrimonio.

JUSTINA CONDE

A Justina Conde la trajo a su casa cerca de Cambados, un sobrino suyo. La trajo desde Buenos Aires, ofrecido el viaje, para que se realizase sin dificultades mayores, a San Benito de Fefiñanes. Porque Justina, en la capital argentina, se había vuelto loca. Eso decían, pero Justina, que escuchaba, espionando, a los suyos, solía interrumpirlos diciéndoles que no estaba loca, que lo que tenía era miedo. Andaría por los sesenta y cinco años. Era una mujer pequeña, muy arrugado el rostro, y el mirar de sus ojos negros siempre inquieto, como vigilando a alguien. Una mirada de alguien que está asustado, que tiene miedo. Se encerraba en su cuarto, y decía a sus sobrinos que si llegase algún forastero preguntando por ella, que le dijese que había vuelto a Buenos Aires. Pasados algunos meses de su regreso, y quizás por influencia benéfica de san Benitiño, se fue tranquilizando. Ya saludaba a los vecinos y hablaba con los suyos.

Según contaba, había estado en Buenos Aires en casa de un italiano, en calidad de ama de llaves, muy bien tratada por un amo respetuoso, con mucha comida de pasta con tomate, arroz a la milanesa y helados variados. El italiano, en los ratos libres tocaba el violín y le daba de comer a los dos canarios que tenía. Era dueño de un laboratorio. Era un hombre tranquilo, con grandes bigotes negros, muy arrellanado en su butacón, esperando que le dijese que la comida estaba lista. A veces hablaba por teléfono con su familia, de Sicilia, preguntando que tal tiempo hacía por allí.

Justina creía que su amo dormía todas las noches en su cama, hasta que una vez, siendo las dos de la madrugada, Justina, sintiéndose mal y con mareos, fue a la cocina a hacerse una manzanilla. Y estando hirviendo el agua, vio entrar en la

casa a su amo, envuelto en una capa negra. El italiano no posaba los pies en el suelo, que volaba. Entró en su cuarto sin ver a Justina, y esta regresó al suyo cerrándose con llave. Como había visto una vez una película de vampiros, se le metió en la cabeza que su amo era uno de estos chupadores de sangre. Justina estaba muerta de miedo. Pocos días después, vino la policía y se llevó a su amo, detenido por sospechoso de fabricante de venenos. Un banquero le había encargado una peluca envenenada para su mujer, la cual murió a las dos horas de estrenarla. También envenenaba flores, cuyo aroma mataba a quienes lo aspiraban. Todos los periódicos hablaban de sus crímenes. Pero, un día, cuando fueron a llamarlo para que desayunase, el italiano no estaba en su celda. Sin que nadie pudiese dar una explicación del hecho, se había fugado sin dejar rastro. Justina se había refugiado en la tienda de sus sobrinos, y dormía debajo del mostrador. Era, aseguraba ella, la única persona del mundo que sabía que el señor Bironelli, el italiano, volaba como los cuervos o los murciélagos. Lo estaba viendo, con la capa negra, los bigotes enormes rozando las paredes del pasillo, dirigiéndose silencioso en la oscuridad a su habitación.

Y cuando recordaba esto, se estremecía con el miedo, cerraba los ojos, sudaba en frío, y alguna vez se desmayaba. Y a parientes y vecinos les rogaba encarecidamente, por san Benito, que no pronunciaran ante ella la palabra manzanilla porque al oírla veía al amo vampiro llegar volando en el silencio de la noche porteña.

PELETEIRO DA BOUZA

EL viejo Peleteiro da Bouza toda su vida anduviera en pleitos, y los más los perdiera, con grave quebranto para el capital, que era mucho, en carballeiras, praderío y buenas tierras para el centeno. Peleteiro leía, por ejemplo, la Ley de Aguas, y ya se daba por perito en el asunto, y le ponía pleito a un vecino por unas horas de riego o de molino. Los hijos le quemaron la Ley de Aguas y el Medina Marañón, que eran sus libros de cabecera, y le prohibieron pleitear, que si seguía así Peleteiro los iba a dejar por puertas. El viejo Peleteiro perdió el humor, dejó el tabaco, apartaba a los nietos, y el más de su tiempo lo pasaba en la era, sentado a la sombra de la higuera, contemplando los prados, y supongo que imaginando qué hermosos pleitos aún le quedaban que poner a los siete vecinos de Bouza. Un año, por Pascua Florida, un pariente le regaló un par de pollos, y Peleteiro no quiso que los matasen. Los pollos andaban sueltos por la eira, y para dormir, siendo verano, se apoleiraban en una rama baja de la higuera. Esto le costó la vida a uno de ellos, que vino nocturno el zorro y se lo llevó. Quedó solo el hermano, un gallito ya muy peripuesto, la cresta muy roja y apuntando espolones, y de plumaje muy variado, cobrizo, azul y carmesí. El pollo sobreviviente estaba como asustado, y Peleteiro decidió llevárselo a dormir a su habitación. Por la mañana, cuando salía a paseo, lo soltaba, y el gallito lo seguía a todas partes. Si Peleteiro dormía la siesta a la sombra de la higuera, el quiquiriquí se subía a sus rodillas, y la dormía también, con la cabeza apoyada en la barriga del viejo pleiteante. Peleteiro cayó en seguida en la cuenta de que el gallo apoyaba la cabeza, para dormir, mismo sobre el bolsillo del chaleco de pana donde él llevaba el reloj, un grueso Roscoff Patent. Al gallito debía gustarle el tic-tac,

tic-tac, del reloj. Este no fue el único descubrimiento que hizo Peleteiro en las mañanas y en las tardes de aquel hermoso verano. El gallo lo seguía a todas partes, y al andar parecía que quería cruzar las alas sobre el obispillo, como Peleteiro cruzaba sus brazos a la espalda cuando paseaba. Todo el mundo notaba el parecido de ambos. En los largos paseos vespertinos, Peleteiro y su gallo caminaban par a par. Peleteiro le hacía confidencias al gallo, el cual se detenía para escucharlo, levantaba la cabeza y la movía de derecha a izquierda. Confidencias de pleitos, de recomendaciones fallidas y de sentencias contrarias. Peleteiro da Bouza había encontrado quien lo comprendiera.

¡Bien podía haber sido hijo suyo primogénito aquel gallo y no el Eusebio, que tan ásperamente lo había apartado de su afición a las contiendas jurídicas! Y todavía más: el Eusebio se había hecho amigo de todos los vecinos con los que pleiteara su padre, mientras que el gallo, cuando veía pasar alguno, se subía a la cancilla de la era, y le cantaba airado y amenazador. Peleteiro se alegraba de tener aquel defensor, y solamente se lamentaba de no entender los insultos que el gallo lanzaba contra sus antiguos contrincantes. Con las primeras lluvias del otoño, Peleteiro cayó en cama con unas fiebres altas y vómitos. El gallo no quería salir de la habitación. Murió Peleteiro, y no se sabe cómo el gallo apareció en el camposanto cuando le daban tierra al viejo pleiteante. Quería meterse en el nicho. El hijo Eusebio decidió matarlo y comerlo con arroz. Ya en la mesa con toda la familia tuvo un escrúpulo, y antes de probar el primer bocado se santiguó comentando que mejor hubiera sido cocinarlo con agua bendita.

LA VOLADORA DE SERANTES

ESTABA Manuel Páramo echándole un haz de hierba a las vacas, y la mujer encerrando las gallinas, a la caída de una tarde de verano, cuando ambos sintieron un silbido encima mismo de sus cabezas. Miraron qué sería lo que lo producía, y vieron pasar volando, sentada en una banqueta, a la señora María de Fontes, que era conocida por la Voladora de Serantes, aunque nadie sabía el origen del mote. Aunque era acertado, porque bien se veía que volaba. Manuel y su mujer corrieron a los vecinos más próximos, y les dijeron lo que habían visto. El vecino, el señor Bastián, comentó:

—*Non sabía que fose meiga!*

Y no le dio importancia al asunto, recomendando a Páramo y a la mujer que no se metiesen en la vida de nadie. Pero al día siguiente el señor Bastián llamó a Manuel Páramo, y le dijo que se había acordado por la noche que María Fontes se había muerto hacía más de un año. Estando hablando del asunto Bastián y Manuel, se escuchó otra vez el silbido, y se levantó una gran ventolera.

—Esa loca —dijo el señor Bastián—, cualquier día se lleva nuestros tejados y no deja una manzana en un árbol.

El señor Bastián fue a ver a su amigo Gaiteiro de Vedra, que era un gran pirotécnico, y le encargó cuatro bombas de palenque, las más potentes que Gaiteiro hiciera nunca. El señor Bastián y Manuel Páramo montaron guardia, con las bombas a mano, esperando a que pasase en vuelo rasante María de Fontes, la voladora de Serantes. Llovió cuatro días seguidos, y luego escampó y vino una tarde hermosa y soleada.

—¡Hoy pasa! —dijo el señor Bastián.

Y pasó. Se escuchaba el silbido cada vez más cerca. María de Fontes venía por el aire, sentada en una banqueta como

la primera vez que la viera Manuel. El señor Bastián sopló en el cigarro de a cuarto y encendió la mecha de las bombas de palenque, una tras otra. Cuatro enormes estampidos que debieron oírse en El Ferrol. Se escuchó un gran grito, y medio minuto después cayeron ante Bastián y Manuel y sus asustadas mujeres, una zapatilla y dos duros amadeos. Bien mirada, la zapatilla estaba hecha con plumas de cuervo. Bastián y Manuel decidieron enterrar la zapatilla en el monte, y repartirse el capital, quedándose cada uno con un duro. Pero los duros estaban enmeigados. Por la noche, salían de donde los tenían guardados el señor Bastián y Manuel Páramo, y andaban por el aire, golpeándose contra las paredes, silbando. En casa de Bastián rompieron un espejo y en la de Manuel doce copas que había en un aparador. Después de este jaleo, volvían los dos duros muy humildes al lugar de donde habían salido.

—¡Hay que cambiarlos! —dijo el señor Bastián.

Y fueron ambos vecinos a Betanzos, y almorzaron bien, con remate de café y copa de ron. Al ir a pagar, el tabernero se dio cuenta de que los dos duros eran falsos. Fue una vergüenza para Bastián y Manuel, quienes tuvieron que contar la historia al teniente de la Guardia civil, el cual rogó a los dos amigos que le regalasen los pesos falsos. Pero al día siguiente, cuando los quiso enseñar a los amigos, resultó que eran legales. Solamente eran falsos cuando se quería pagar con ellos.

FABIÁN CARBALLIDO

CUANDO tenía doce años, lo llevaron sus padres a ferias, al San Froilán de Lugo. Sus padres se detuvieron en la plaza de Santo Domingo ante un vendedor ambulante de toallas y pañuelos. El ambulante hablaba en varias lenguas diferentes, afirmando que si a su clientela le parecían caras las toallas por paquetes de una docena, que las vendía a kilo, y si era preciso las regalaba. Lo mismo haría con los pañuelos. Y como quería que nadie quedase sin sonarse los mocos en un pañuelo de la mejor fabricación catalana, admirada en los mercados extranjeros, se dirigió a Fabián y de una oreja del rapaz sacó un pañuelo blanco, y al mismo tiempo de su nariz una nuez, que envolvió en el pañuelo. Los presentes aplaudieron aquella magia. Fabián quedó admirado, y durante todo el San Froilán no sacó la mano del bolsillo de la chaqueta en la que guardaba el pañuelo, que envolvía la nuez. Ni para comer el pulpo la sacó. Ya en su casa de la Azúmara mostró el pañuelo y la nuez a sus hermanos, y les explicó como el uno procedía de su oreja derecha y la nuez de su nariz. La abuela le miró la oreja por si quedaba algún otro pañuelo dentro. No quedaba.

Por la noche, al meterse en cama, Fabián abrió el pañuelo y se puso a darle vueltas a la nuez nacida en su nariz. Fabián se preguntaba si el tener nueces en la nariz era una enfermedad o no, y si lo era, si era cosa grave. Y ya iba de nuevo a envolver la nuez en el pañuelo, cuando aquella pegó un brinco y se le fue a la nariz, intentando meterse en ella por el agujero izquierdo. Fabián quería impedirle que se le metiese dentro, pero la nuez insistía en colarse, y se adentraba en la nazcarilla lenta y trabajosamente. Fabián se asustó, gritó y acudieron sus padres y sus hermanos. La nuez parecía haber de-

sistido de seguir su penetración en la nariz de Fabián: la mitad estaba dentro y la otra mitad fuera.

—¡Hay que romperla! —dijo el padre, pidiendo la tenaza de sacar las chatolas de las suelas de los zuecos.

—¡No quiero! —gritaba Fabián, llorando.

Y entonces fue cuando Fabián escuchó que dentro de su nariz hablaba la nuez. Dijo muy claramente:

—¡Es que me gusta dormir dentro de tu nariz!

Oído esto, Fabián convenció a sus padres de que dejaran la extracción de la nuez para el día siguiente. Fabián se durmió, ya la mañana siguiente, al despertarse, ya no tenía la nuez en la nariz, que estaba muy quieta y callada encima del pañuelo muy doblado en la mesa de noche.

Y desde entonces las cosas siguieron así: todas las noches la nuez saltaba a la nariz de Fabián y se metía lo que podía en ella. No volvió a hablar. Pero cuando llegaron los primeros días fríos, las grandes heladas matinales, al amanecer la nuez se ponía en movimiento, intentando colarse del todo en la nariz de Fabián. Era que tenía frío, y quería estar al abrigo allí dentro. La nuez empujaba, y a Fabián le dolía. Al fin, aceptó que rompiesen la nuez. La nuez lo escuchaba todo.

—Si me rompéis —dijo—, que sea con elegancia. ¡Pedid prestado un quiebranueces!

Los de Carballido nunca habían oído hablar de tal cosa. Resultó que el señor cura tenía uno. Quebraron la nuez, que estaba vacía. Los de Carballido quemaron las cáscaras, por prevención. El pañuelo, en cambio, no les dio nada que hacer.

TRISTÁN GARCÍA

ESTE Tristán del que cuento, nunca supo por qué le habían puesto Tristán en el sacramento del bautismo, ni conocía a nadie que se llamara como él. Un tío suyo de Soutomaior, que trabajaba como camarero en un restaurante muy famoso de Lisboa, le decía que en Portugal conocía a dos o tres Tristanes, y todos ellos eran de la aristocracia. Tristán fue a cumplir el servicio militar a León, y allí, en un quiosco compró *La verdadera historia de Tristán e Isolda*, con los amantes muy abrazados en la portada, por una peseta y cincuenta céntimos. Al fin iba a saber quien era aquel Tristán cuyo nombre llevaba. Cuando llegó al terrible final de la historia, con la muerte de ambos enamorados, Tristán García no pudo evitar las lágrimas. Y dio en imaginar que andando por el mundo encontraba a una mujer llamada Isolda, y ambos se gustaban, se hacían novios, se casaban, y vivían muy felices en la aldea cercana a Viana do Bolo, de donde Tristán era natural. A todos sus compañeros del Regimiento de Burgos 38, les preguntaba si había en sus pueblos una muchacha que se llamase Isolda. No la había. Había alguna Isolina suelta, pero Isolina no era lo mismo que Isolda. Tristán se lamentaba consigo mismo de no dar con una Isolda, porque si no la encontraba en León, donde había tanta familia, ya no la encontraría nunca, dedicado a la labranza en su aldea de Viana do Bolo. Un día lo mandó llamar un sargento que se llamaba Recuero.

—¿Tu eres el que anda buscando una Isolda? Pues en Venta de Baños hay una viuda de este nombre.

—¿Joven o vieja? —preguntó Tristán emocionado.

—¡No lo sé! ¡Es churrera! —le contestó el sargento.

Tanto tenía metida en su magín la novela famosa nuestro Tristán, que no pudo dudar un instante de que aquella Isolda

de Venta de Baños fuese joven y hermosa, y si era churrera, podía seguir con el negocio en Viana, o en Orense capital, donde servían chocolate con churros en los cafés. También consideraba Tristán que si la viuda era vieja, lo más seguro era que tuviese una hija o sobrina joven que se llamase como ella. Tuvo un permiso, y con veinte duros que tenía ahorrados, tomó en León el tren para Venta de Baños. Ya en aquel empalme, preguntó por la churrería de la señora Isolda. Estaba allí al lado, y la señora Isolda despachando churros a un señor cura. Era la señora Isolda una anciana con el pelo blanco, con hermosos ojos negros, la piel tersa, las manos muy graciosas echando azúcar y envolviendo los churros en papel de estraça. Tristán vaciló en dirigirse a ella, pero ya había gastado cincuenta y cuatro pesetas en el billete de ida y vuelta.

—¡Buenos días! ¿Es usted la señora Isolda?

—¡Servidora! —respondió la amable viejecita sonriendo—. ¿Cuántos le pongo?

—¡Es que yo soy Tristán! ¡Venía a conocerla!

La viejecita cerró los ojos, y se agarró al mostrador para no caer. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡Tristán! ¡Tristán querido! —pudo decir al fin—. ¡Toda mi juventud esperando a conocer a un mozo que se llamase Tristán, como el de Isolda! ¡Y como no venía me casé con un tal Ismael!

Tristán saludó militarmente y se retiró hacia la estación, a esperar el primer tren para León. Cuando llegó y subía al vagón de tercera, apareció la señora Isolda, quien le entregó un paquete de churros. No se dijeron nada. Cosas así sólo pasan en los grandes amores.